

LOS MONEDEROS FALSOS

por

MAXWELL GRANT

*Colección
Hombres*

'AUDACES'

3

PTAS



Los monederos falsos

Maxwell Grant
La Sombra/44

CAPÍTULO I

SE TRAMA UN CRIMEN

EL vestíbulo del hotel Esparta estaba más concurrido que de costumbre aquella noche. Cliff Marsland, sentado en una de las butacas del vestíbulo, observó este hecho y escrutó con indiferencia los rostros de las personas presentes.

Para Cliff Marsland era evidente que se fraguaba un crimen. Hombre de aguda intuición, adivinaba tales indicios. Hallábase allí con objeto de vigilarlos. Una semana de residencia en el vetusto hotel había producido excelentes resultados.

Las personas que había en el vestíbulo podían ver a Cliff Marsland, como éste a ellas, más su presencia no provocó ningún comentario de parte de los concurrentes.

Tomaron a Cliff por lo que no pretendía ser, un gangster de lujo, millonario, habitual fisonomía de los bajos fondos. Poseía unas facciones firmes y bien modeladas. Su cabello rubio y sus ojos azules y chispeantes dábanle el aire de un atleta más bien que el de un gangster.

La mandíbula cuadrada de Cliff y su expresión enigmática le habían conquistado el respeto de la gente de bronce que frecuentaba este lugar.

Cliff Marsland tenía aspecto de hombre peligroso y se ocupaba de sus asuntos, sin inmiscuirse en los ajenos. Estas dos cualidades le habían situado entre la edite de la gente del hampa.

Cliff Marsland era el tipo de hombre que podía encontrarse viviendo en el hotel Esparta. Este vestíbulo decrepito, donde el ruido del tren aéreo penetraba constantemente desde la calle, era un lugar de dinero y un salvoconducto de la policía de Nueva York.

La morralla, los maleantes de poca monta y los pistoleros

vulgares no frecuentaban el hotel Esparta. Los bandidos de guante blanco preferían los clubs nocturnos de la parte norte de la ciudad y los vestíbulos más presuntuosos que el que ofrecía el viejo hotel del Este.

Los lugartenientes de puño de acero y los jefecillos de los bajos fondos que servían a los jefazos preferían el hotel Esparta, porque su situación les permitía estar en estrecho contacto con sus subordinados.

Los gangsters que cobraban un buen precio por sus faenas, la clase de individuos que podían permitirse el lujo de descansar, hasta que se les presentasen otros trabajos de mayor envergadura, encontraban que el hotel Esparta era un lugar provechoso, por ser un centro de operaciones.

Cuando un huésped se marchaba, se le tomaba como señal de que había recibido una llamada, un encargo de un jefazo que necesitaba los servicios de un técnico en la materia.

Cuando ese mismo huésped volvía, suponíase que había realizado su misión con suficiente habilidad para evitar las sospechas de la policía.

Cliff Marsland, desde hacía mucho tiempo, residía de vez en cuando en el hotel Esparta. Era conocido allí y poseía una envidiable reputación de hombre de acción.

La sugerencia de que podía ser un detective o un confidente de la policía habría provocado una carcajada. No obstante, Cliff Marsland estaba ocupado en un servicio que combatía implacablemente a las hordas del crimen.

¡Era un agente secreto de La Sombra!

Conservando su aire tranquilo, mientras escrutaba a un individuo que entraba en el vestíbulo, Cliff Marsland recordó de pronto la primera vez que se encontró con su misterioso jefe. El extraño encuentro ocurrió en este mismo hotel.

Al salir del presidio de Sing Sing, donde cumplió una condena por un crimen perpetrado por otro hombre, Marsland fue acusado falsamente de la muerte de un conocido gangster.

Y en un momento crítico, cuando los secuaces del gangster muerto le atacaban, el hombre de misterio conocido por el nombre de La Sombra había aparecido de repente.

Una figura vestida con una capa negra y un flexible de alas

anchas, un personaje misterioso que hablaba en un siniestro y fantasmal cuchicheo, La Sombra, ofreció proteger a Cliff. Este a su vez prometió servir a la Sombra.

Guiado por La Sombra, Cliff se abrió paso luchando, mientras una mano invisible en la oscuridad abatió a tiros á todos los gangsters que querían arrebatarle la vida.

Aquel episodio le dio una sólida fama de luchador. Desaparecidos sus enemigos, frecuentó los bajos fondos. Respetado por los gangsters, constantemente obtenía informaciones sobre crímenes que se estaban fraguando. En tales casos, avisaba a su misterioso jefe.

¿Quién era La Sombra, el rey de la noche?

Cliff Marsland lo ignoraba. Había otros agentes, además de Cliff, que servían a La Sombra en calidad de subordinados. La Sombra, un lobo solitario, que ocultaba sus secretos hasta a sus más fieles ayudantes, continuaba siendo un fantasma de la noche que luchaba implacablemente contra el crimen.

Cliff Marsland poseía la facultad de rememorar hechos pasados, sin perder de vista cuanto sucedía a su alrededor. Observó que había media docena de forasteros en el vestíbulo y que todos parecían ser pistoleros del tipo vulgar.

Dos de ellos hallábanse de pie juntos; Cliff estaba seguro de que eran compañeros. Probablemente fueron escogidos por ser hombres, contra los cuales la policía no tenía nada y se encontraban allí porque algún jefazo tenía el propósito de utilizarlos, para realizar un crimen esa misma noche.

La situación presentaba un problema a Cliff. Había algunos residentes del hotel Esparta que podrían utilizar los servicios de una banda como aquella.

Pronto el jefazo se reuniría con sus secuaces y el crimen estaría en vías de realizarse. Antes de llegar ese momento, Cliff tenía el deber de notificárselo a La Sombra, y al mandar el mensaje, sería muy conveniente que diese el nombre del individuo que promovía toda esta actividad.

El par de pistoleros del rincón del vestíbulo, eran los sujetos sobre los cuales Cliff debía concentrar su vigilancia. Cliff, incorporándose de su sillón, se aproximó calmamente al mostrador de mármol y adquirió un paquete de cigarrillos.

Los movimientos siguientes del agente de La Sombra fueron deliberados.

Abrió el paquete, sacó la cubierta de celofán y la arrojó a un cenicero.

Avanzó tranquilamente hacia el lugar donde los dos pistoleros se hallaban.

Hizo una pausa para extraer un cigarrillo. Rascó una cerilla y la encendió.

La acción fue bien calculada. Había pasado por el lado de los dos pistoleros para escapar a su observación. Más se hallaba bastante cerca para oír las palabras que pudieran pronunciarse. Un ligero gruñido llegó a sus oídos.

—¿Crees que esta es toda la pandilla? —preguntó un pistolero a otro.

—Quizá falten un par más —fue la respuesta.

—Tanto mejor. No se gana nada cuando hay demasiados.

—Déjalo de cuenta de Duffy. Es un as. Sabe lo que trae entre manos...

—¡Ya lo creo! No ha dicho nada del golpe de que se trata...

Cliff Marsland continuó su camino. Salió del vestíbulo fumando su pitillo.

AL llegar a la calle, torció a la izquierda, pasando delante de la lúgubre y mugrienta fachada del hotel Esparta. Cruzó la calle bajo el estruendo de un tren aéreo y se dirigió hacia un restaurante barato, sito a media manzana de distancia.

Cuando Cliff salía del hotel Esparta, tenía la costumbre de ir a esa casa de comidas. En consecuencia, no había nada sospechoso en su presente acción.

Tras su rostro impasible, ocultaba la exaltación que sentía.

De aquella conversación que oyera, el agente de La Sombra había averiguado cuanto necesitaba saber.

Durante su estancia en el hotel Esparta, había averiguado los nombres de los principales huéspedes del vetusto establecimiento. Había localizado sus habitaciones. Conocía a quién se referían los pistoleros.

Entre los huéspedes del hotel había un jefe de banda, de carácter huraño y muy reservado. El individuo se llamaba Duffy Bagland.

Al llegar al restaurante, Cliff Marsland penetró en el interior.

Pasando por delante de un largo mostrador, llegó a una habitación —situada en la parte trasera— había varias mesas allí, aunque pocos clientes. Un reloj de pared señalaba las ocho y, en consecuencia, había pasado la hora de poder tomar una cena especial, barata.

Cliff Marsland se sentó a una mesa y dio una orden al camarero de cara triste. EL hombre depositó un vaso de agua en la mesa y se secó las manos en su grasiento delantal.

Cuando el camarero se hubo marchado, Cliff se levantó y fue a una puerta situada en la parte posterior. Se detuvo delante de un improvisado locutorio telefónico, donde una caja para depositar las monedas sobresalía de la agrietada pared pétrea.

Metódicamente introdujo una moneda y marcó un número. La respuesta llegó en una voz reposada que Marsland reconoció al instante.

—Burbank al aparato.

El nombre, como la voz, era un signo de identidad. Burbank era el invisible agente de enlace de La Sombra, un hombre con quien los ayudantes del rey de la noche, podían ponerse en contacto a cualquier hora del día o de la noche.

En breves términos, Cliff Marsland comunicó lo que había averiguado en el hotel Esparta. No mencionó el nombre de Duffy Bagland. Simplemente se refirió al jefe de la banda diciendo: 308. Era la habitación que Bagland ocupaba en el hotel.

—Informe recibido —dijo Burbank en tono calmado—. Espere instrucciones. Llame dentro de diez minutos.

Cliff Marsland colgó el auricular. Volvió a la sala trasera del restaurante.

Cuando el camarero reapareció, Cliff hallábase sentado a la mesa, fumando aún un cigarrillo mientras esperaba que le sirviesen.

Transcurrieron varios minutos; Cliff mientras cenaba, estaba alerta. La puerta del cuarto del teléfono estaba a pocos metros de distancia. Dentro de diez minutos, Cliff tenía el propósito de telefonar de nuevo a Burbank.

Entonces recibiría las instrucciones para esa noche: el mensaje que le indicaría como debería cooperar con La Sombra, para prevenir el golpe criminal que se fraguaba por orden de Duffy Bagland.

CAPÍTULO II

LA SOMBRA RECIBE NOTICIAS

UNOS extraños rayos azules, se enfocaron sobre la pulida superficie de una mesa.

Dentro de aquel círculo de luz había dos manos blancas: dedos largos que parecían proyectarse de la nada, cual cosas vivientes.

En un dedo de la mano izquierda, aparecía una gema fulgurante. Una piedra de múltiples colores tornadizos, que radiaban de un carmesí oscuro a un brillante azul, una joya que estaba envuelta en el misterio.

Los peritos que la habían visto declararon que era un girasol sin par, el ópalo de fuego más hermoso del mundo.

La mano y el girasol que arrojaba destellos de luz constituían los símbolos de La Sombra. Señalaban su presencia. El resplandor azulado de la lámpara indicaba, que el fantasma de la noche se encontraba en su santuario.

Tan sólo en aquella morada existía una luz tan extraña: destellos azulados limitados a un rincón de un cuarto de paredes negras. Solamente los ojos de La Sombra estaban acostumbrados a aquella luz fantástica, pues el lugar del santuario era conocido únicamente por su dueño.

En alguna parte de Manhattan, en un lugar de fácil acceso, que sin embargo, era imposible encontrar, se hallaba ese santuario. Este era el fantástico piso donde el rey de la noche solía escapar del ruido y bullicio de la ciudad, un santuario secreto donde trazaba los planes de sus famosas campañas contra las hordas del crimen.

En la mesa de La Sombra había varios sobres. Los dedos largos los abrieron. Varios pliegos de papel fueron desdoblados: eran informes de los agentes de La Sombra. Estaban escritos en tinta azul

y en una clave que los ojos invisibles del rey de la oscuridad leyeron rápidamente.

Tras la lectura, las palabras escritas empezaron a desaparecer. Una tras otra, en orden misterioso, se desvanecieron de manera tan efectiva como si alguna mano invisible las hubiera borrado.

A todos los mensajes de La Sombra les sucedía lo mismo. La tinta desaparecía al entrar en contacto con el aire. Las cartas que hubiesen podido caer en manos enemigas no habrían servido de nada.

¡Antes que se pudiese descifrar la clave, la escritura desaparecía!

Un instrumento peculiar descansaba sobre la mesa, al borde mismo de la luz. Su tictac quedaba ahogado por el rumor producido al hojear los papeles.

El dispositivo, consistente en una esfera grande dotada de tres círculos sin números, servíale de reloj a La Sombra. Marcaba los segundos como un cuentakilómetros señala las décimas de kilómetro.

Cada segundo marcado por aquel reloj parecía ser un lapso de tiempo larguísimo. Aunque las manos de La Sombra parecían moverse calmadamente, sus movimientos, calculados en el extraño reloj, eran increíblemente rápidos.

En esto consistía el secreto de las fuerzas de La Sombra. Poseía la habilidad de ejecutar acciones decisivas en momentos fugaces, llevar a término hazañas que otros no osarían, gracias a una precisión hábil e infalible.

Los círculos interiores del reloj indicaban que eran poco más de las ocho.

Mientras La Sombra trabajaba, un puntito de luz surgió en la pared negra, frente a las manos blancas. Unos dedos cruzaron con rapidez la mesa y volvieron con un juego de auriculares. Estos fueron llevados a la oscuridad.

La Sombra habló en el invisible micrófono.

La llamada provenía de Burbank. El agente de enlace, conectado con el santuario de La Sombra, retransmitía el urgente mensaje de Cliff Marsland.

Una risa sibilante heló la lúgubre atmósfera del santuario. La Sombra dio unas breves instrucciones, para que Cliff volviese al vestíbulo del hotel Esparta, para esperar allí las órdenes directas de

La Sombra.

La diminuta bombilla de señales se apagó. Los auriculares se deslizaban por encima de la mesa. Las manos de La Sombra apartaron con rapidez a un lado los papeles y sus sobres. Sonó un chasquido un instante después y el escenario quedó sumido en una oscuridad completa.

Un levisísimo rumor sonó en las tinieblas del santuario. Era, el fru-frú de la capa de La Sombra, el sonido que indicaba su partida.

Una risa escalofriante brotó de unos labios invisibles, elevóse en un estridente estallido de júbilo que terminó en millares de ecos devueltos por las paredes.

Las fantásticas repercusiones finalizaron en fantasmales sollozos, como si los hubiesen emitido las gargantas de una horda de vampiros.

Cuando el último débil eco terminó, el santuario estaba vacío. El rey de la noche había desaparecido.

Rápida y silenciosamente atravesaba La Sombra, en sus extrañas excursiones, por las calles concurridas de Manhattan. Su ruta era irreposable de seguir, después de haber salido del cuarto de paredes negras que le servía de santuario.

Tan sólo a intervalos, en lugares muy alejados los unos de los otros, aparecían indicios que diesen una pista del paso de La Sombra.

Un punto que se ennegrecía en la acera, en la esquina alumbrada de una avenida y una calle transversal, una sombra que se desvanecía con la misma rapidez con que aparecía, era la señal del paso de La Sombra.

Un chofer, creyendo que su coche estaba vacío, dio un respingo al oír la voz calmosa de un pasajero, dándole una dirección.

Un billete que revoloteaba por la ventanilla en pago, era la señal de la partida de La Sombra cuando el chofer llegaba al destino ya indicado. El vehículo estaba vacío cuando el conductor miraba el interior.

Una línea larga y recortada de negrura vaciló bajo la estación de un ferrocarril aéreo; una figura movediza y evasiva pasó por delante de la ventana de la fachada del Hotel Esparta. Una mása de negrura se fundió misteriosamente con las tinieblas de una callejuela, detrás del hotel.

Unos dedos invisibles se introdujeron en las grietas, entre los ladrillos de las paredes del vetusto edificio. Una mano encontró el saliente de una ventana.

Lenta y segura, una figura envuelta en una capa negra ascendió por el costado de la pared. El fantasma de la noche trepaba verticalmente en dirección de su objetivo.

En aquella superficie áspera, La Sombra no necesitó ningún dispositivo especial, tales como las ventosas de caucho con las cuales podía escalar el paredón pulido de un acantilado. Su habilidad de hombre-mosca le permitió ascender de una manera imperturbable al tercer piso.

Allí su silueta negra tapó la luz que se filtraba por un visillo amarillento.

Seguro en el saliente, La Sombra trabajó suave y silenciosamente. Sus manos enguantadas de negro insertaron una hoja plana y metálica entre las secciones del marco de la ventana. El pestillo giró limpiamente y la parte inferior del bastidor elevóse al impulso de una mano firme.

Los visillos temblaron tan levemente, que su movimiento era casi imperceptible. Un espacio diminuto se abrió en el fondo y por él escudriñaron dos ojos ardientes.

Un hombre hallábase sentado en un rincón del aposento, de espaldas a la ventana. La Sombra conocía la identidad del individuo. Era Duffy Bagland, el jefe de la banda, al que Marsland indicara con el número 308.

La topografía del hotel era conocida de La Sombra. El rey del misterio había estado esperando que allí se iniciaran una serie de crímenes.

Duffy Bagland no tenía la más remota sospecha de que unos ojos le estaban vigilando. Aunque se hubiese vuelto a la ventana, no habría notado nada más que una negrura bajo aquellos visillos levantados parcialmente. La noche era el antifaz, el disfraz de La Sombra, un sudario negro que envolvía por completo su silueta.

¿Por qué razón esperaba Bagland allí? Su banda de pistoleros estaba preparada para entrar en acción. La Sombra divisó a los rufianes cuando pasaba delante del vestíbulo del Hotel. No cabía más que una suposición lógica: Duffy Bagland esperaba algún mensaje.

Transcurrieron varios minutos. La Sombra, agarrándose como un murciélago gigantesco, en el exterior de la ventana, cambió su posición de modo que su elevada figura negra, tapara más que la luz que indicaba los visillos de la ventana. Unos ojos, mirando desde abajo, no podrían percibir a una figura en aquella pared.

Un teléfono repiqueteó. Duffy Bagland se levantó de su silla y cruzó el aposento. Un perfil regordete y siniestro quedó visible desde la ventana cuando el gangster descolgó el auricular y saludó con un gruñido. Una sonrisa maligna apareció en los labios carnosos del jefe de la banda.

—¿Eres tú, Tim? —La voz de Bagland era baja, pero su tono áspero llegó a los oídos de La Sombra—. Naturalmente. Ya estamos listos... Sí... Ya lo tiene arreglado, ¿eh? Perfectamente, ya era hora... Entiendo... Hay que subir los escalones del salón de baile, cruzar la tercera puerta a la izquierda... Luego por la sala grande...

Duffy Bagland hizo una pausa y la sonrisa de sus labios no desapareció mientras recibía las instrucciones procedentes del otro extremo del hilo.

—Comprendo, Tim... Seguramente... Mandaré a la band... Veintiuno dieciséis... El pájaro ha salido... Bueno, si vuelve, no le arriendo la ganancia... Será mejor que no se presente —. Sí, también nos apostaremos en la torrecilla de incendios... El dibujo espera en el cuarto, y cuando oigamos el timbre sabremos que todo está dispuesto... ¿Qué te llame para asegurarnos? Lo haré...

El gangster colgó el auricular. No se dio prisa en sus movimientos siguientes. Abrió la puerta de un armario y sacó un sombrero y un gabán, que se puso. Abrió el cajón de una mesa y extrajo un reluciente revólver.

Todavía sonriendo se guardó el arma en el bolsillo del abrigo. Dirigióse pausadamente a la puerta, con el aire de un hombre que sale a dar un paseo nocturno.

Durante todo este tiempo, el gangster ofrecía un blanco perfecto a La Sombra, si el misterioso personaje hubiese querido actuar en aquel momento.

No obstante, La Sombra no abrigaba tales intenciones. Sabía solamente que Duffy Bagland se disponía a ejecutar algún crimen. Conocía que el jefe de la banda, debía dirigirse hacia un hotel aristocrático para llevarlo a cabo. Sería imprudente molestarle

ahora.

El bastidor de la ventana se cerró suavemente y la elevada figura de La Sombra inició su arriesgado descenso.

En el vestíbulo, los secuaces de Bagland esperaban la llegada de su jefe.

Todos los individuos congregados allí eran pistoleros curtidos; sin embargo, la ley no podía acusarles de nada por el momento y la policía los dejaba tranquilos. La Sombra, cuando guerreaba contra las hordas del crimen, prefería cazar a los criminales infragante. Así procedería esa noche.

El descenso del fantasma de la noche fue rápido. Su elevada figura llegó a la callejuela y entró en un pasaje trasero que conducía al vestíbulo. Había una puerta en el extremo. La barrera vaciló al empujarla La Sombra.

En el vestíbulo, Cliff Marsland, leyendo un periódico, observaba con ojo avizor la llegada de Duffy Bagland, que acababa de bajar la escalera. Pero la vigilancia de Cliff, se concentraba también en el movimiento de la puerta que había junto a los escalones.

¡La señal de La Sombra!

Cliff Marsland comprendió. Su cabeza se movió ligeramente en señal afirmativa, que era la respuesta. Duffy Bagland cruzó pausadamente el vestíbulo y conversó con el encargado; Luego, con aire fanfarrón, fue a la puerta de la calle, sin hacer ninguna seña a los congregados pistoleros.

No obstante, la partida de Bagland produjo un efecto inmediato. Uno tras otro, los hombres que esperaban salieron poco a poco del hotel. Cliff Marsland, escudriñándolos cautelosamente, observó que se dirigían hacia un costado del edificio.

Seguían, con toda probabilidad, a Duffy Bagland, que los esperaba en la callejuela, detrás del hotel.

No había necesidad de que Marsland se moviese. Unos ojos recelosos podrían haberle visto, si hubiese salido del vestíbulo. Sabía perfectamente que su ayuda no era necesaria en aquel momento.

La Sombra había desaparecido del pasillo. El rey de la oscuridad podía fácilmente haberse dirigido hacia la parte delantera del hotel, con el objeto de asegurarse de la dirección que Duffy Bagland había tomado.

Cliff Marsland acertaba al suponer eso. A decir verdad, el agente de La Sombra se había formado una imagen mental muy atinada de la situación presente.

Cuando Duffy Bagland salió del hotel Esparta, dobló la esquina y se dirigió hacia la callejuela. Pasó a tres metros de un hueco negro que había en la pared lateral del edificio. Unos ojos vigilaron desde aquel hueco sus pasos.

¡Eran los ojos de La Sombra!

En la entrada de la callejuela, Duffy Bagland esperó la llegada de su pandilla. Llegaron discretamente; formaron un grupo invisible y reducido en torno de su jefe. Todos los miembros de la banda oyeron las palabras que gruñó Duffy Bagland.

Con el último de los pistoleros surgió, andando con sigilo, una figura extraña y fantástica, una figura negra que semejaba una porción de la oscuridad de la noche.

Aquella figura rondaba junto a la esquina del edificio, donde Duffy Bagland habló.

Nuevamente, esa noche, La Sombra oyó las palabras que el jefe de la banda pronunciara.

La pandilla se dispersó. Los pistoleros se alejaron en parejas. Algunos atravesaron la callejuela; otros se marcharon por la calle. Duffy Bagland se fue acompañado de los dos individuos, a quienes Cliff Marsland oyera hablar en el vestíbulo del hotel.

Cuando la siniestra pandilla se hubo marchado, una risa suave y cuchicheada emitió un sonido escalofriante en la entrada de la callejuela. La Sombra, conociendo el objetivo del crimen de esa noche, no necesitaba más información.

En el teléfono, Duffy Bagland discutió los planes de un golpe en un domicilio desconocido. A sus secuaces no les dijo nada de sus planes finales, pero mencionó el hotel donde se encontraba la habitación número 21161.

De nuevo la figura de la Sombra atravesó silenciosamente el pasillo y se dirigió hacia el vestíbulo. Una vez más, la puerta tembló; en esta ocasión se movió tres veces.

La señal fue suficiente. Cliff Marsland se levantó de su sillón y subió por la escalera al tercer piso. Abrió la puerta de su cuarto, que tenía una ventana que daba a la callejuela. Encendió una luz en un rincón. Alzó el marco de la ventana, inhaló el aire fresco y luego se

aproximó a su mesa escritorio.

Algo pasó silbando por el lado de Cliff Marsland. Cayó contra la pared, con un chasquido seco, y revoloteó al suelo.

Cliff lo recogió: era un sobre negro. El proyectil había sido lanzado con la velocidad de una flecha desde el fondo de la callejuela, arrojado por una mano certera e invisible.

Guardándose el sobre en el bolsillo, aproximóse a la ventana, bajó el marco y luego los visillos. A la luz de la lámpara del rincón, abrió el sobre y extrajo un pliego de papel.

Unas líneas escritas con tinta azul y en clave, aparecieron ante sus ojos.

Leyó el breve mensaje de La Sombra.

La escritura se desvaneció. Cliff arrugó el papel y lo tiró en la papelera. No obstante, conservó el sobre, debido a su extraordinario color.

Abriendo el cajón de la mesa, el agente de La Sombra sacó un par de pistolas automáticas que se guardó en los bolsillos.

Saliendo de la habitación, descendió al vestíbulo, dirigiéndose luego a la calle. Hacía diez minutos que Duffy Bagland y su pandilla se habían marchado. En consecuencia, su acción ya no podía despertar sospechas de ninguna clase en aquel momento.

Fue a la estación del ferrocarril aéreo más cercano y tomó un tren para la parte Norte de la ciudad. Se apeó en una calle de mucho tráfico y llamó a un taxi, que pasaba.

—AL hotel Gargantúa —fue la orden dada, al chofer.

Mientras el vehículo se dirigía veloz a su destino, Cliff extrajo pausadamente el sobre negro de su bolsillo, lo rasgó en mil trozos y lo arrojó por la ventanilla. El joven sonrió ferozmente para sí.

Sería ésta una noche de aventuras al servicio de La Sombra. Las breves instrucciones que había recibido le señalaban una misión concreta. Estaría dispuesto a ayudar a su jefe para frustrar un osado y bien planeado golpe.

Duffy Bagland, con sus pistoleros apostados, esperaba pronto la señal de ataque a un objetivo que no había revelado todavía. La Sombra, con la ayuda de uno de sus fieles agentes, estaría allí para encontrarse con él.

¿Qué resultado daría la superioridad de fuerzas del adversario?

Cliff Marsland volvió a sonreír ferozmente al pensar en esa fase

de la situación. Entrando en juego la estrategia de La Sombra, la superioridad numérica no significaba nada. Cliff ardía de impaciencia por entrar en la acción que iba a desarrollarse esa noche.

CAPÍTULO III

EL GANGSTER DE SOMBRERO DE COPA

LAS luces de Manhattan ofrecían un magnífico espectáculo, vistas desde el piso dieciocho del hotel Gargantúa.

Por la ventana de una habitación iluminada, dos hombres tenían una excelente ocasión para contemplar la brillante vista. No obstante, estaban ocupados en otros asuntos.

Un hombre alto y de peso mediano, estaba de pie delante del espejo de un armario. Impecablemente vestido de frac, contemplaba su vestimenta.

Finalmente, se miró la cara y sonrió para sí satisfecho.

Su rostro era distinguido, bien formado. Unos ojos de color castaño oscuro asomaban debajo de sus pestañas finas y negras. Un bigote recortado aumentaba el aspecto elegante del hombre.

El otro ocupante de la habitación era un individuo regordete, de facciones siniestras vestido sencillamente con traje de calle. En sus labios apareció una sonrisa desdeñosa, mientras observaba al hombre del bigote terminar sus elaborados preparativos.

—Siempre haciendo el petimetre —comentó—. Bueno, es negocio tuyo, “Chistera”. Tú sigue con eso.

El hombre distinguido volvióse y habló sarcásticamente al escrutar a su rechoncho compañero.

—Es negocio mío —declaró—, y produce beneficios. Quizá también, Tim, ganarías más dinero si intentases desempeñar algún papel. Pero con tu careta... no te tendría de criado ni un minuto, si no necesitase tenerte a mi lado para esta faena. Tu catadura te delata. ¡Ven aquí!

“Chistera” asió del hombro al hombre rechoncho y lo acercó al espejo.

Ambos podían verse las caras. El contraste era evidente.

—Una magnífica pareja —se mofó el individuo del frac—. “Chistera” Elverton y Tim Mecke. Uno un caballero; el otro un rústico, una persona tosca, a juzgar por las apariencias.

—Pero los dos gangsters —gruñó el individuo de cara tosca.

—Ciertamente —replicó “Chistera”—. Tienes toda la razón, Tim. Las apariencias tienen mucha importancia, especialmente cuando se las usa para engañar. Fíjate en que situación nos encontramos ahora. Yo voy a un lugar donde hay mucha “pasta”... voy como un caballero. No podría llevarte conmigo ni siquiera en calidad de criado.

—Ya pasé por tu criado cuando vinimos aquí.

—Exacto. Callándote para no reír cuando... yo decía que eras mi ayuda de cámara. Tuve que traerte, y nos largamos esta noche.

“Chistera” Elverton introdujo un pitillo en su boquilla. Lo encendió y cogió un gabán y una chistera que estaban en un sillón... Echándose el gabán encima del brazo izquierdo, “Chistera” se puso el sombrero y apuntó hacia el rincón.

—¡Vamos, Tim! —dijo en tono afectado—. Tienes que darte más prisa. ¡Tráeme el bastón! ¡Date prisa!

Tim Mecke soltó una risotada mientras cogía el bastón de puño de oro y se lo entregaba a “Chistera” Elverton. El individuo de aspecto rústico, que pasaba por criado, contempló el sombrero de copa que descansaba elegantemente en la cabeza de su compinche.

—No es extraño que te llamen “Chistera” —comentó—. Ese sombrero de copa te sienta estupendamente. Tus faenas de gangster aristocrático han de salirte bien. No tienes que convencerme de ello.

—Perfectamente —repuso “Chistera” en tono brusco—. Vamos a ver, Tim. Abriste el cuarto dos mil ciento dieciséis con esta llave maestra. Duffy y su banda podrán entrar sin ninguna dificultad allí. El dibujo que hice les está esperando, ¿eh?

—Sí.

—No te muevas de aquí. Voy a preparar el golpe. Te avisaré cuando esté hecho. Luego llamaré al cuarto donde se encuentran. Si surge algún contratiempo, te avisaré. Entonces puedes encaminarte al dos mil ciento dieciséis y advertírselo a Duffy.

—¿No crees que se presente alguna dificultad?

—Es probable que todo salga bien. Eché un vistazo al lugar

anoche. Pero no quiero arriesgarme. Ten las maletas preparadas para que podamos marcharnos cuando yo vuelva. Tomaremos un barco de vuelta a Inglaterra.

—Es una buena excusa.

—Escucha —observó—. ¡Ojalá pudiese decir a esos idiotas que yo soy un duque o un barón o algo por el estilo! Pero sería demasiado arriesgado. Soy simplemente Ronaldo Elverton para ellos, pero esto ya es suficiente. Están encantados de que haya un inglés elegante en la reunión. Deberías ver la cara que ponen esos tontos cuando empiezo a hablar de nuestro viejo y querido Londres.

—Tienes todo el aspecto de un inglés, “Chistera”.

—¿Por qué no? No fingiría que lo era si no fuese capaz de desempeñar el papel. Escucha: cuando yo vuelva, nos marcharemos con toda la pomposidad necesaria. Después, puedes largarte a buscar a Duffy Bagland. Tú servirás de intermediario y yo estaré escondido hasta que reciba noticias tuyas, con mi parte del botín.

—La recibirás, «Chistera».

Los ojos de éste chispearon al clavar la mirada en Tim Mecke.

—Puedes apostar las orejas a que así será —dijo finalmente—. Nadie ha podido jamás impedirme que me lleve el fruto de mi trabajo. —Los labios de «Chistera» dibujaron una sonrisa y su voz alteró su tono—. ¡Ahora me largo! ¡Buena suerte!

Con aire arrogante, «Chistera» Elverton salió de sus habitaciones. Se ajustó un monóculo al ojo derecho y cuidadosamente se arregló la cinta que iba del cristal a su bolsillo. Se detuvo al llegar a los ascensores y entró en uno que subía y paró para recogerle a él.

Varios hombres que había en el ascensor le saludaron con movimiento de cabeza. Eran hombres de negocio de aspecto solemne y edad mediana, que, como «Chistera», vestían de etiqueta. La diferencia estribaba en el hecho de que la vestimenta de «Chistera» parecía natural en él, mientras que los otros daban la impresión de encontrarse mal en ella.

—EL piso de la sala de baile —anunció, el ascensorista.

Los ocupantes del aparato salieron. “Chistera” Elverton fue a un guardarropa y dejó el gabán, el sombrero y el bastón. Llevando aún puesto el monóculo, introdujo otro pitillo en la boquilla y se encaminó pausadamente hacia una sala situada en el extremo del

pasillo.

La sala de baile ocupaba la tercera parte central de este piso, y esa noche estaba cerrada. El corredor que «Chistera» tomó terminaba en una habitación larga y estrecha, contigua a la sala de baile.

Por todas partes veíanse pancartas anunciando que allí se celebraba una exposición patrocinada por la Asociación de fabricantes de Objetos de Plata.

Los diversos stands contenían muchos artículos de vajilla, pero en ese momento la mayoría de los expositores estaban embalando. «Chistera» Elverton continuó andando hasta llegar a una tercera habitación.

Todas las habitaciones por donde el hombre bien vestido pasaba, tenían una puerta corrediza que daba a la sala de baile, que se hallaba cerrada. Pero en la última sala había otra puerta que daba, a una más pequeña que no tenía ninguna otra entrada. Encima de aquella puerta aparecía un rótulo que decía:

EXPOSICIÓN DEL PALACIO DE INVIERNO

«Chistera» Elverton cruzó pausadamente aquella puerta. Una magnífica exhibición de reluciente vajilla de plata apareció ante sus ojos. En las mesas y en los estantes había platos y fuentes de oro macizo. También se exhibían cuchillos y tenedores del mismo precioso metal.

La plata ocupaba también su sitio en esta exposición. Había platos y fuentes de plata mayores que los de oro. Samovares rusos, enormes soperas, servicios de té y de café, de plata todo ello, constituían una espléndida exhibición.

Había varios detectives á mano, guardando las valiosas colecciones.

«Chistera» Elverton conocía la historia de estos artículos y oyó continuos comentarios de otras personas que contemplaban los objetos.

Esta vajilla procedía del Palacio de Invierno del zar de Rusia, y fue salvada por algunos criados fieles. Fue vendida para ayudar a la causa realista; un millonario norteamericano había comprado todo el servicio de oro y de plata.

Como atracción especial, se exhibía la colección en esta reunión. El valor del oro y de la plata de la vajilla, sin contar el coste de la

mano de obra, ascendía a muchos miles de dólares.

Alguien anunció que la exposición estaría cerrada durante unas horas.

«Chistera» se reunió con las personas, que se dirigían hacia la habitación exterior. Se detuvo allí y con disimulo observó que un detective cerraba con llave la sala.

Una voz apremiante avisó a los rezagados que debían salir de la serie de tres habitaciones. «Chistera», uno de los últimos en salir, observó que el detective cerraba con llave la puerta de la tercera habitación también.

Era precisamente lo que «Chistera» Elverton esperaba. Había observado la misma operación la noche anterior.

Atravesando las tres habitaciones, llegó a un pasillo y se reunió con un grupo de hombres de aspecto próspero, que sostenían una conversación.

—¡Ah! ¡Señor Elverton! —exclamó uno de ellos—. ¿Conoce usted al señor Kendall!

—Todavía no tengo ese gusto —replicó «Chistera».

Se hizo la presentación. «Chistera» estrechó la mano de un hombretón de aire de importancia y rostro severo e inflexible.

«Chistera» supo que ese hombre era Foulkrod Kendall, dueño de una de las fábricas de vajilla y objetos de plata más importantes de los Estados Unidos.

Kendall, a su vez, fue informado de que Ronaldo Elverton era el representante especial de Highby-Tyson, una casa famosa de Londres.

—Me alegro de conocerle, señor Elverton —declaró Kendall, en tono pomposo—. Ya era hora de que su casa quisiera conocer lo que hacemos los americanos.

—Soy el primer delegado británico mandado a esta reunión —reconoció «Chistera»—. Ha constituido para mí una experiencia extraordinaria.

Kendall, terminada la presentación, reanudó una discusión que se había suspendido momentáneamente. Se enfrentó, con aire retador, con uno de sus compañeros y le formuló bruscamente una pregunta:

—¿Qué es lo que usted pregunta respecto de los artículos fabricados por la casa Kendall?

—Decía, señor Kendall, que la marca de legitimidad es esencial para el comprador. Kendall no la lleva...

—Lleva el nombre de Kendall —fue la severa interrupción.

—Es un nombre excelente —reconoció el disputante—. Más ha de confesar usted que, a menos que se ajuste al tipo legítimo, que lleve el sello de legitimidad, es inferior. Si sus géneros son de ley, ¿por qué no los marca así?

—Ha visto usted los artículos que he exhibido —interpuso Kendall—. Ha notado el peso y la calidad de mi plata. Eso debiera convencerle de que es de ley.

—Sí, señor Kendall; pero usted está vendiendo géneros Kendall, a un precio extraordinariamente reducido para ser de plata de ley. No veo la posibilidad de realizar un beneficio.

—En consecuencia, pide usted la marca de legitimidad.

—Exacto.

—Muchas gracias por la sugerencia. Aparecerá en los géneros de Kendall en el futuro.

—¿Y el precio será el mismo?

—El mismo.

Los hombres del grupo movieron en señal de duda la cabeza. Kendall frunció el ceño. Le pareció notar un reto inexpresado. Exigió la respuesta.

—Espero —observó fríamente—, que nadie sugerirá que mi aleación no es de la calidad legítima. Su peso y su sonido debieran convencerles a ustedes. Recuerden, señores, que el mercado de la plata está en descenso. Yo compro grandes cantidades de ese metal.

—No puede usted vender plata de ley a ese precio, señor Kendall —afirmó uno bruscamente—. Me gustaría someter a una prueba, la plata de los artículos fabricados por la casa Kendall.

—Puede realizarse cuando gusten —replicó Kendall.

—Quizá —repuso el otro—. Pero le aseguro que si realizase una prueba, compraría las vajillas sin su conocimiento y no usaría las que su fábrica suministrase para los efectos de la prueba.

Kendall crispó los puños. Luego, con aire imperioso, y encogiéndose de hombros, se alejó del grupo. Los hombres cambiaron miradas; luego el grupo se dispersó. Quedó solamente “Chistera” Elverton.

Se aproximó a Kendall y le habló afablemente.

—Esto es muy interesante —observó—. He oído hablar mucho de los méritos de las vajillas Kendall —. Me parece que se sienten agraviados porque usted les ha ganado de mano.

—Eso mismo —rezongó Kendall. Su mirada ceñuda desapareció al mirar a su única defensor—. Debe molestarle a usted, señor Elverton, ver tanta estupidez aquí en Nueva York. Estos individuos han llegado al extremo de creer, que ya no existe competencia en el mercado de las vajillas de plata. ¡Yo se lo demostraré! ¡Plata de ley —vajillas Kendall— a dos terceras partes del precio que ellos piden! ¡Esa es mi respuesta!

—Es extraordinario —elogió Elverton—. Highby-Tyson se interesarán grandemente cuando les informe sobre el particular. Le felicito, señor Kendall. Tengo que marcharme. Espero verle a usted después.

Kendall siguió con la mirada a «Chistera» cuando éste se alejó. Una sonrisa apareció en el rostro del fabricante de vajilla de plata.

«Chistera» no vio la sonrisa de Kendall. AL alejarse, el distinguido y fino ladrón murmuró para sí:

—Ese ricachón se lleva algo entre manos. ¡Qué magnífico sería si yo pudiese sugerirle una idea! Pero yo...

«Chistera» se encogió de hombros y continuó su marcha. Le preocupaban esa noche otros asuntos de mayor importancia. Era inútil pensar en ciertas posibilidades cuando existían otras al alcance de la mano.

Pasó delante de la entrada, cerrada, de la sala de baile. Descendió lentamente por el corredor extremo y se detuvo para tirar de la boquilla su pitillo.

«Chistera» se paró delante de la puerta abierta de una habitación vacía, que había en el lado de la sala de baile, frente a la serie de las tres salas de la exposición. Este lugar iba a ser el comienzo de su trabajo.

Giró la vista a su alrededor y vio que no le observaba nadie. Kendall estaba aún a la vista, pero el hombretón hablaba a otra persona que se le había acercado.

Fácilmente, «Chistera» se metió detrás de una palmera. Luego, con paso rápido y sigiloso, penetró en la habitación vacía. De puntillas se aproximó a la puerta que daba a la sala de baile. Estaba cerrada con llave.

«Chistera» sonrió. De debajo de su immaculado chaleco blanco sacó una bolsita de instrumentos pequeños. Empezó a trabajar sobre la cerradura, que cedió al poco rato.

Cautelosamente, cerró la puerta y se encontró solo en la sala de baile. El lugar estaba a oscuras, alumbrado tan sólo por un opaco resplandor que penetraba por la claraboya del pasillo. «Chistera» sonrió al deslizarse por la sala.

La sonrisa habría desaparecido si el bandido hubiese sabido, lo que ocurría en la habitación de donde él acababa de salir. Apenas se había cerrado la puerta, cuando alguien se movió más allá de la palmera en el corredor.

Un hombre penetró en la luz tenue de la habitación vacía y siguió el mismo camino que «Chistera» había tomado.

El perseguidor esperó en la puerta que daba a la sala de baile. Estaba dando tiempo a que «Chistera» Elverton continuara su búsqueda. Mientras esperaba, el hombre seguía mirando atrás hacia el corredor, y la luz que provenía de allí reveló sus facciones.

¡El hombre que seguía los pasos de “Chistera” Elverton era Kendall, el millonario fabricante de vajilla de plata!

CAPÍTULO IV

DOS BANDIDOS SE ENCUENTRAN

“CHISTERA” Elverton estudiaba cuidadosamente la sala de baile. Conocía el llagar por haberlo observado anteriormente. Quería asegurarse de nuevo.

La abertura principal se hallaba en la parte delantera. A lo largo de los lados había puertas cerradas, con llave que daban a habitaciones. En el extremo distante había un escenario o entarimado con las cortinas bajadas.

Había dos huecos, una especie de nichos, uno a cada lado del entarimado.

Aquellos tenían ventanas, pero “Chistera” las había descartado como vía de entrada. Aquellas ventanas daban a unos altos paredones.

Detrás del entarimado había una escalera que conducía al piso inferior. La sala de baile se encontraba en el piso veintidós; en consecuencia, el fondo de la escalera terminaba en el veintiuno, donde Duffy Bagland y su pandilla debían reunirse.

Había una puerta en el fondo de la escalera. Estaba cerrada con llave.

“Chistera” no se molestó en abrirla. Duffy y su cuadrilla se encargarían de aquella cerradura.

Cruzó la sala de baile y se ocupó de la tercera puerta. Esta era la que daba a la última sala de la serie de tres de la exposición, la antesala al cuarto especial donde estaban almacenadas las vajillas del zar.

“Chistera” trabajó cuidadosamente sobre esta cerradura. Era similar a la que abriera anteriormente, pero resultó un poco más difícil de abrir. Cedió al final. “Chistera” abrió la puerta y la dejó

entornada mientras él penetraba en la oscuridad de la sala de la exposición vacía.

Dos puertas había allí. Una daba a la serie de tres salas. Probablemente, había un detective apostado no muy lejos de allí. La otra era la puerta de la habitación que contenía las riquezas.

«Chistera» esperaba que la cerradura ofrecería dificultades. Así fue.

Distintas herramientas fracasaron. “Chistera” se enjugó con un pañuelo la frente. Probó de nuevo.

Tuvo suerte. Su instrumento giró inesperadamente en la cerradura.

“Chistera” abrió la puerta y proyectó los destellos de una antorcha eléctrica sobre la reluciente vajilla.

¡Esta vía de acceso quedaba abierta más pronto, de lo que «Chistera» esperaba! Al bandido le hubiera agradado comenzar el despojo ahora.

Comprendió que le era imposible trasladar aquellos montones de plata.

¡Duffy Bagland traía una docena de hombres para realizar esa operación!

«Chistera» volvió por la tercera habitación de la serie y luego penetró en la sala de baile. Reinaba un silencio sepulcral allí.

Se aproximó de puntillas a un teléfono instalado en un rincón. Vaciló.

Luego salió por el otro lado.

«Chistera» Elverton había tenido suerte.

Se habría encontrado en un aprieto, si hubiese permanecido en la sala de baile un minuto más. Apenas hubo salido de allí, se realizó un movimiento en uno de los huecos junto al entarimado.

Una ventana se abrió; la negrura tapó el tenue resplandor de la ciudad, y una elevada figura se deslizó silenciosamente en la vasta y desierta sala.

¡La Sombra había llegado!

Escogiendo su manera de entrar, el visitante vestido de negro había escalado la pared que “Chistera” juzgara inexpugnable.

Rápida y silenciosamente, el fantasma de la noche cruzó la sala de baile. Un diminuto disco de luz vaciló. La Sombra abrió la puerta que daba a la serie de tres habitaciones comunicantes. Llegó al

cuarto, donde las valiosas vajillas estaban almacenadas, abrió la puerta y enfocó la luz sobre la plata y el oro.

La Sombra profirió una carcajada suave, cuchicheada. La luz se extinguió.

Entretanto, “Chistera” Elverton esperaba en la sala, a cuya entrada había una palmera. Tenía los nervios en tensión. Presentía la amenaza de un peligro.

Mordiéndose el labio, fue pausadamente hacia el pasillo. Pasó delante de la palmera, torció y se detuvo en seco. Se encontró cara a cara con Foulkrod Kendall.

Había otras personas en el pasillo; más se encontraban distantes y nadie se dio cuenta del encuentro. El rostro de «Chistera» Elverton mostró una mortificación momentánea; luego, con aire de afectada indiferencia, sacó un pitillo.

—¡Ah, señor Kendall! —murmuró—. Buenas noches, otra vez.

Kendall no dijo nada. Simplemente, siguió con la mirada a «Chistera» cuando éste continuaba su camino a lo largo del pasillo. Luego, con una sonrisa, le siguió. «Chistera» era demasiado prudente para mirar atrás. Fue al guardarropa y pidió su sombrero, su gabán y su bastón.

Había un cuartito a la derecha y «Chistera» sabía que contenía un teléfono.

Recibiendo las prendas de su pertenencia, lanzó una mirada rápida a lo largo del corredor. No vio a Kendall entre la gente, porque el millonario había desaparecido de la vista en el trozo que conducía a los ascensores.

«Chistera» reflexionó con rapidez. Había pasado delante del teléfono de la sala de baile y tenía intención de bajar la escalera antes de transmitir la señal.

No obstante, podría encontrarse de nuevo con Kendall. El cuartito estaba desierto. Ofrecía una ocasión excelente.

Penetró en el cuarto. Descolgó el auricular. Llamó a sus habitaciones. Dudó de sí debería decirle a Tim Mecke que suspendiera la operación. Luego pensó en el efecto que causaría a Duffy Bagland.

No; no podía suspenderse la operación; debía darse el golpe. Así, «Chistera» tendría que entretener a Kendall e iniciar una conversación que disipara sus sospechas. Quizá habría que huir

precipitadamente. Quizá era arriesgado y podría comprometerle gravemente.

Tim estaba al aparato. «Chistera» le dio la contraseña que significaba que no había novedad y todo marchaba bien. Luego llamó al número dos mil ciento dieciséis. La telefonista comunicó que no contestaba nadie.

«Chistera» colgó el auricular. Se volvió y luego se detuvo bruscamente. Esta vez no pudo disimular su consternación. Se encontraba de nuevo cara a cara con Foulkrod Kendall. EL rostro del millonario tenía una sonrisa de satisfacción.

—¡Bandido! —acusó en voz baja—. Conque representando a Highby-Tison, ¿eh? Yo podría haberle dicho entonces, que sabía lo que usted se llevaba entre manos. Esa casa londinense no habría mandado un delegado, a esta reunión de fabricantes norteamericanos.

—No lo comprendo-empezó «Chistera».

—Ya lo comprenderá cuando yo llame a la policía —repuso Kendall—. Ya me olía usted a sospechoso. Vi adónde fue usted. Entró en la sala de baile, atravesó las tres salas contiguas. Ya puedo pensar adónde fue después. No le seguí más. Me convenció.

“Ha avisado a sus compinches, ¿eh? Pondré fin á eso. Primero avisaré a la policía y luego a estos detectives que andan mariposeando. ¡El golpe ha fracasado, so ladrón!

Tras estas palabras, Kendall alargó la mano para descolgar el receptor del teléfono.

«Chistera» Elverton se llevó una mano a un bolsillo lateral. Se dio cuenta de lo fatal de su acción. No podía escapar de esta habitación.

Una lucha sería comprometedora. Al oírse disparos, los detectives acudirían rápidamente al cuarto de las vajillas.

—Espere un momento —«Chistera» trató de hablar calmosamente—. Se equivoca usted, señor Kendall...

—¿Trata de engañarme? —interrogó el millonario, lanzando una carcajada.

—No. —El semblante de «Chistera» tomó una expresión de astucia—. Quiero rebatir su primera afirmación, señor Kendall. Manifiesta usted que sospechó de mí, porque yo pretendía ser un delegado de la casa Higrby-Tyson. Esto es inexacto. Le diré á usted

por qué ha sospechado de mí.

—¿Por qué? —preguntó el millonario ceñudo.

—Porque —replicó «Chistera» audazmente—, yo fingí tragarme esas manifestaciones que usted hizo referente a las vajillas de su fabricación. Cometí un error entonces. Un error grave. Cualquiera que conozca el mercado de la plata puede decirle a usted que los precios de las vajillas Kendall son ridículos. Estropéeme el golpe, Kendall, y quizá tenga yo la ocasión de estropearle sus combinaciones.

Un resplandor siniestro apareció en los ojos de Foulkrod Kendall. Durante un momento el hombretón, estuvo a punto de arrojar el teléfono a la cara de su acusador.

«Chistera» Elverton recobró el aplomo.

—Calma, Kendall —dijo en voz baja—. Escuche lo que tengo que decirle. Tengo planeado el golpe más grande del mundo, una operación que superará a todo cuanto usted haya intentado jamás. Escuche...

Kendall colgó el auricular. Miró con fijeza a su interlocutor. No hizo ningún comentario. Observó cómo «Chistera» giraba la vista a su alrededor, para ver si había entrada alguien en el cuarto. Luego oyó la voz suave e indolente del bandido.

—Su asunto salta a la vista —continuó «Chistera»—. Tiene usted entre manos una operación de envergadura, pero no sabe como realizarla. Yo lo sé: una aleación de plata que tiene el sonido y el peso de ley; probablemente inferior aun a lo que imagino.

“Si la usa Usted en las vajillas, no puede apoderarse del mercado a menos que rebaje el precio. Si rebaja el precio, los otros fabricantes sospecharán que hay algo anormal. Los sondeó usted esta noche y oyó la respuesta que le dieron.

“Kendall, yo conozco una cosa en la que puede usarse esa aleación, si es tan buena como me figuro es. Yo soy un bandido, Kendall, de guante blanco, muy hábil. Conozco a un hombre que...

De nuevo “Chistera” hizo una pausa. Observó que un hombre pasaba por el cuarto. Acercándose á Kendall, como si celebrase una conferencia íntima y confidencial, cuchicheó unas palabras que hicieron chispear súbitamente los ojos del millonario.

—¿Puede arreglarlo con él? —preguntó Kendall.

—Sí —respondió— “Chistera” —. Está en Nueva York.

—¿Es hombre seguro?

—Absolutamente.

—¿Es hombre conocido?

—No ha sido molestado, nunca aun por la policía.

Foulkrod Kendall se enderezó. Alargó un brazo y dio unos golpecitos afectuosos en la recia espalda de “Chistera” Elverton. Dos hombres que entraban en el cuarto vieron al millonario estallar en una carcajada.

—Es un chiste muy gracioso, Elverton-declaró Kendall —. Ignoraba que ustedes los ingleses poseyesen un sentido humorístico tan fino.

—Parece que le ha hecho gracia —sonrió “Chistera”—. Tendré que recordar otros chistes que he oído en Londres.

Kendall caminaba hacia la puerta, llevándose a “Chistera”. El bandido de guante blanco cuchicheó una frase de advertencia.

—Están en camino —avisó—. No puedo impedir la faena ahora...

—No se preocupe de eso —gruñó Kendall—. No le denunciarán a usted, ¿no es verdad, amigo?

—No.

—Que se lleven la exposición entera, entonces. Eso no significa nada para nosotros. Yo soy su coartada.

“Chistera” sonrió al asentir con la cabeza.

Habían llegado al corredor. Kendall se acercaba a sus conocidos. Empezó a presentar a “Chistera” Elverton a otros fabricantes. Algunos ya conocían al supuesto inglés.

—¡Conocía de antes a este caballero! —exclamó Kendall, dirigiéndose al grupo que se formaba—. Le conocí en Londres, hace dos años. Es uno de los mejores empleados de la casa Highby-Tyson.

—Realmente, querido amigo —protestó “Chistera”—, exagera usted...

—¡De ningún modo! —interrumpió Kendall—. Diré aún más. Es Usted el mejor de todos los empleados de la casa Highby-Tyson. Va usted a permanecer una temporada entre nosotros, ¿no es verdad?

—Me gustaría quedarme en los Estados Unidos, una...

—Se quedará usted. Visite nuestras fábricas mientras esté aquí. Quiero que me dé su opinión sobre las vajillas Kendall...

La conversación continuó. «Chistera» Elverton pasó a ser el

héroe del momento. Sus modales suaves reaparecieron. Su coartada era perfecta; avalándole Foulkrod Kendall, estaba seguro, a salvo de toda contingencia desagradable.

Más, mientras conversaba con acento inglés, “Chistera” pensaba en la extraña situación producida.

A pesar de que Foulkrod Kendall conocía que iba a perpetrarse un robo, Duffy Bagland y su banda iban a robar, sin que se les molestase, la vajilla procedente del palacio de los zares de Rusia. Quizá en este momento ya estaban ejecutando el robo.

Mientras daban el golpe, “Chistera” Elverton estaba camino de un objetivo de mayos envergadura, que alcanzaría con un nuevo socio; de un plan colosal, comparado con el tesoro ruso resultaba una operación mezquina y casi despreciable.

Su serenidad le había salvado de un grave peligro hoy; su serenidad le había abierto grandes posibilidades.

¡Simplemente porque lo arriesgó todo, porque lo jugó todo a una carta cuando tuvo de súbito la impresión, de que en Foulkrod Kendall había descubierto, a un hombre audaz, capaz de grandes empresas y tan fullero como él!

CAPÍTULO V

LA SOMBRA ATACA

UNA luz vacilaba en la sala de baile desierta. Sonó un juramento ahogado; se extinguió la lámpara de bolsillo. Duffy Bagland gruñó un aviso a sus secuaces.

—Nada de luces aquí —anunció el gangster—. Ya entra suficiente luz por las claraboyas. Esperad hasta que lleguemos al sitio. Venid.

Los pistoleros formaron una falange sólida, al acercarse a la puerta que “Chistera” Elverton había abierto, para que entrasen en la habitación del tesoro.

La puerta estaba entornada, como “Chistera” Elverton la dejara. La luz escrutadora de Duffy, fulguró cuando el gangster la enfocó a través de la abertura. El espectáculo de las riquezas que les esperaban, hizo reír al bandido.

—Tenemos que trasladar esto sin ruido-dijo —. Boggy y Pogo están apostados en el fondo de la escalera. Tan pronto como llenemos un saco. Bajadlo y que ellos lo vigilen. Luego podemos todos nosotros cargar los sacos y largarnos.

Tras una pausa, añadió: —Vigilad esa puerta.

La luz de Duffy vaciló momentáneamente.

—Si alguien quisiera molestarnos, lo haría desde ahí. Vamos, no hay que perder el tiempo.

Los pistoleros entraron en el cuarto del tesoro.

Cuidando de no hacer ningún ruido, los ladrones metieron la plata y el oro en sacos que habían traído para ese propósito. Duffy Bagland vigilaba la operación; y luego se acercó a la sala de baile.

Duffy Bagland dirigió un haz luminoso en torno de la sala. Observó algo al apagar la luz. Cuando los rayos de la linterna

llegaron al punto final, al borde mismo de la puerta, descubrieron una masa peculiar de negrura una franja negra.

EL fenómeno no era suficiente para indicar la existencia de un ser humano.

No obstante, Duffy Bagland estaba tenso al encender de nuevo la luz. Tenía la antorcha en la mano izquierda; y empuñaba un revólver con la derecha.

Esta vez Duffy proyectó los rayos un poco más arriba. El resultado fue instantáneo.

Apareció de nuevo, a la vista, una masa de negrura; pero ahora la oscuridad tenía una forma.

Duffy Bagland miró con fijeza la cabeza y los hombros de un individuo fantástico, ¡Un ser humano que tenía las facciones enterradas entre el cuello de una capa negra y las alas anchas de un flexible negro!

Durante un instante, el jefe de la banda creyó que aquello era una ilusión óptica, que la vista le engañaba; luego, cuando observó el fulgor de unos ojos ardientes ¡comprendió que se hallaba frente a un ser viviente!

Sus labios se abrieron para pronunciar el nombre que no pudo reprimir y su mano derecha se alzó con el revólver.

Más antes de que el jefe de la cuadrilla pudiese exhalar el nombre de La Sombra, antes de que pudiera apretar el gatillo de revólver, el fantasma de la noche entró en acción.

En el instante en que los primeros destellos de la luz perfilaron su figura, La Sombra se abalanzó sobre el hombre que le había descubierto.

Duffy Bagland fue lanzado atrás por el rápido ataque. Una mano poderosa le asió la muñeca derecha. Un brazo de hierro agarró el cuello del jefe de la banda.

Cogido en una presa férrea, Duffy Bagland fue retorcido en el aire. Su cuerpo hizo remolino y luego cayó con fuerza contra el suelo. La antorcha eléctrica y el revolver rodaron con estrépito.

Aturdido por el golpe, el gangster quedó como inerte en el suelo. La Sombra se incorporó para volver a su puesto. Se detuvo en medio de la oscuridad.

Dos hombres venían de la última sala de la serie de tres. Llevaban al hombro un saco. Uno hablaba en voz baja.

—¿Dónde está Duffy?

—Andaba por aquí.

—Me pareció haber oído el ruido de algo que caía.

El primer individuo avanzaba con el saco, el segundo gruñó que le esperase.

Los dos dejaron sus cargas en el suelo.

El más cercano a la puerta encendió una lámpara de bolsillo. Sus rayos se proyectaron sobre el cuerpo retorcido de Duffy Bagland.

—Oye...

La exclamación del individuo se interrumpió, cuando su antorcha enfocó una mása de negrura deslizándose. Un profundo terror se apoderó de su corazón. Luego surgió la luz reveladora de la antorcha del otro gangster.

¡Los destellos entrecruzados se proyectaron sobre La Sombra!

Las dos manos que emergían de los pliegues de la capa negra, empuñaban sendas pistolas automáticas. Desde el momento en que derribara a Duffy Bagland, La Sombra esperaba que descubriesen de un instante a otro el cuerpo inerte del jefe de la banda.

Enfocado por un doble resplandor de luz, La Sombra remitió un saludo de plomo. Ambas pistolas automáticas hablaron.

La primera bala fue dirigida hacia la antorcha que un gangster tenía en la mano.

La Sombra destrozó la antorcha antes de que su dueño pudiese extinguirla.

El tiro de la otra pistola automática fue disparado con el mismo propósito; esta vez, hacia el segundo ladrón. La bala dio en el blanco.

Los proyectiles no sólo destrozaron las lámparas; encontraron carne humana. Gruñidos de dolor salieron de los labios de los ladrones heridos.

Ambos se tiraron al suelo.

Aquellos disparos significaban que se había iniciado una lucha. Ocho gangsters los oyeron desde las otras habitaciones.

¡Las bolsas llenas de vajilla de plata cayeron con estrépito al suelo! Varias antorchas se encendieron, cuando los sicarios de Duffy Bagland avanzaron para hacer frente a la inesperada invasión.

De detrás de la orilla de la puerta de la sala de baile. La Sombra inició su fulminante ataque. Las pistolas automáticas escupieron sus

lenguas de fuego.

Los pistoleros caían de bruces al salir del cuarto del tesoro.

Los que había detrás, al verles caer, huyeron por los diversos rincones del cuarto.

Disparada su primera descarga, La Sombra, había desaparecido de la vista.

Sus balas abatieron a tres de un pelotón de ocho; y podrían haber derribado a más, si los que cayeron no hubiesen servido de protección a los que iban detrás. Los cinco restantes quedaron cogidos en una trampa. La Sombra se encontraba en la puerta por donde esperaban escapar.

Ni uno de ellos osó avanzar. La Sombra, invisible, constituía una amenaza tan seria como cuando estaba a la vista. Lo primero que se les ocurrió a los pistoleros fue ponerse a salvo.

Transcurrieron algunos minutos antes de que se iniciara un ataque concertado. Cinco hombres se lanzarían sobre uno... ¡Pero este uno era La Sombra!

En el tenso intervalo que siguió a los ecos de las pistolas automáticas de La Sombra y al breve y fútil ladrido de unos revólveres que replicaron, se oyeron unas detonaciones lejanas y ahogadas.

Del silencio de la sala de baile, la risa de La Sombra resonó en tonos burlones que hicieron temblar a los gangsters dispersos.

La Sombra conocía el significado de estos otros disparos.

El ruido provenía de la escalera que descendía al piso veintiuno. Esto significaba que los dos pistoleros apostados al pie de la escalera, oyeron los disparos de La Sombra y se dirigieron hacia la torrecilla de incendios.

Cliff Marsland estaba apostado allí. EL agente de La Sombra, un valeroso luchador, esperando tras la protección de una puerta pesada, se encontraba en posición ventajosa. La Sombra sabía perfectamente que aquellos pistoleros aislados no podrían escapar por el lugar que habían escogido.

Con Marsland al acecho, esperando al enemigo, La Sombra se había propuesto deliberadamente separar a los pistoleros. Conocía a los de su calaña; sabía que huirían.

Mientras La Sombra aniquilaba a los hombres cogidos en la trampa, Cliff podría impedir la huída de otros, hasta que La Sombra

llegase siguiéndoles los pasos.

No obstante, las circunstancias facilitaron la misión de Cliff. Aparte de los malhechores a quienes La Sombra había abatido, el grupo entero que acompañaba a Duffy Bagland, encontrábase ahora cogido en la trampa de La Sombra.

EL ruido de unos gritos confusos llegaron vagamente a la sala de baile. La risa de La Sombra brotó en un cuchicheo siniestro, que esparció sus ecos por la vasta habitación. Los pistoleros tendrían que efectuar un ataque en mása ahora. El tiroteo se había oído por todo el piso.

La puerta que comunicaba con la segunda y tercera habitación de la serie de tres se abrió de pronto. La inundación de luz reveló a los pistoleros agazapados. Tres detectives, presintiendo que se disponían a robar la vajilla rusa, acudían a investigar.

Los pistoleros se incorporaron para entrar en acción. Ante ellos, veían a los hombres con quienes podían luchar.

¡Aprovechándose del estúpido error cometido por los detectives, los pistoleros se pusieron en pie de un salto disparando!

Los detectives corrieron a ponerse a cubierto; uno de ellos se alejó, tambaleándose con una bala en un brazo.

Con gritos frenéticos de exaltación, los malhechores se lanzaron hacia la puerta de salida. Sus gritos eran feroces. Los detectives que retrocedían —tan sólo dos fueron capaces de resistir— se enfrentaban con una situación desesperada.

De los cinco bandidos, solamente uno topó con La Sombra. El solo se volvió hacia la puerta de la sala de baile, mientras sus compañeros se precipitaban hacia la nueva vía de escape.

Mientras el pistolero miraba, vió a una figura negra tapar los rayos de la luz que entraban en la habitación. Alzó la mano para disparar; una pistola automática escupió una llamarada y el malhechor cayó al suelo.

Herido, el pistolero lanzó un grito, dando la alarma. Sus compinches se volvieron al oír el grito desesperado.

—¡La Sombra!

Cuatro cañones de revólver apuntaron hacia el lugar donde La Sombra se hallaba. Las pistolas automáticas tronaron. La Sombra llevaba una fracción de segundo de ventaja; pero debía enfrentarse con cuatro tiradores antes de terminar su tarea.

Un pistolero cayó mientras apuntaba. Otro se tambaleó con el dedo oprimiendo el gatillo. Su tiro fue a la pared, encima de la puerta.

La figura de La Sombra parecía empequeñecerse; un tercer pistolero vaciló momentáneamente en su puntería. Una bala de una de las mortíferas pistolas automáticas le hirió el brazo; y soltó el arma. No obstante, el cuarto malhechor empezó a lanzar plomo, con furia maligna.

Una bala atravesó, silbando, el flexible negro. Un segundo tiro, disparado más bajo, rozó los pliegues de la capa de La Sombra, encima mismo del hombro izquierdo. La figura negra vaciló, la mano tembló. El desesperado pistolero apuntó al corazón de La Sombra.

No llegó a disparar aquel tiro final.

La mano derecha de La Sombra, reculó por un fuerte retroceso cuando su pistola automática habló. El malhechor se alejó vacilando y chillando mientras soltaba su arma. Se llevó las manos al cuerpo; sus hombros toparon con la pared; luego cayó de lado. Retorciéndose de una manera grotesca el individuo se desplomó muerto.

Los bandidos de Duffy Bagland no estaban exterminados aún.

Varios de ellos, heridos, podían aún presentar batalla mientras se arrastraban para recoger sus armas. Pero al incorporarse para presentar batalla, la figura de La Sombra se desvaneció ante sus ojos.

Los dos detectives habían visto caer a los pistoleros. Sabían que alguien luchaba por ellos, aunque la silueta vestida de negro de La Sombra, estaba fuera de su radio de visión.

Ilesos, los detectives se precipitaron en la habitación. Cayeron sobre los pistoleros vencidos y heridos y terminaron la resistencia antes de que pudiesen reanudar la batalla.

La Sombra se había apartado del radio de la luz. No obstante, sus ojos escrutadores recorrieron el suelo. Observaron el lugar — ahora iluminado— donde Duffy Bagland cayera.

¡El jefe de la banda había desaparecido!

Desarmado, logró fugarse durante las etapas finales de la batalla.

Unas voces fuertes llegaron a los oídos de La Sombra. Provenían de la escalera situada detrás del entarimado.

La Sombra conocía el significado de los gritos que oía. La gente del piso inferior había oído los disparos. Acudía gente en su auxilio.

La Sombra no se entretuvo. Su silueta rápida no fue más que un trozo deslizante de negrura, que se fundía con la oscuridad.

Un sonido daba señales del descenso de La Sombra, pared abajo. El fantasma vestido de negro, con unas ventosas de caucho, en forma de discos, se acercaba a una ventana abierta.

Su silueta invisible se deslizó en el interior de un cuarto oscuro, varios pisos más abajo. La punta de un cigarrillo encendido denotaba la presencia de un hombre.

—Informe —fue el fantástico cuchicheo de La Sombra.

La punta de luz vaciló. Luego, con voz temerosa, Cliff Marsland respondió a su jefe, cuya súbita presencia escapara a su observación.

—Los paré en la torrecilla de incendios —anunció—. Se dirigieron hacia allí. Los pillé a mitad de camino y los derribé a los dos. Luego bajé por la torre a esta habitación.

—Permanezca aquí —ordenó La Sombra—. No le preguntarán nada. Recibirá usted órdenes para marcharse.

La capa produjo un ruido de roce al deslizarse por la habitación. Cliff Marsland distinguió momentáneamente una silueta en negro, cuando la puerta se abrió y cerraba de nuevo.

El agente de La Sombra encendió la luz, se quitó la americana y el chaleco, enchufó la radio y se sentó en una butaca.

CAPÍTULO VI

LA TRAICIÓN

DUFFY Bagland era el hombre que La Sombra buscaba.

El gangster de rostro siniestro, por muy furioso que estuviese, había tenido suerte esta noche. Había escapado de las garras de La Sombra, una hazaña tan rara como la consumación de un crimen audaz.

Su casual descubrimiento del vigilante vestido de negro, fue la salvación de Duffy Bagland. La Sombra le castigó silenciosamente, para no alarmar a los bandidos, y Duffy Bagland vivía aún por esto. El rugido de los disparos de revólver llegó vagamente al aturdido cerebro del jefe de la banda. Duffy Bagland, levantándose mientras La Sombra luchaba, se alejó instintivamente del lugar de donde partían los disparos.

La suerte le guió. En el momento de la partida de La Sombra — mientras algunos hombres entraban por el entarimado de la sala de baile— Duffy Bagland, al recobrase de su aturdimiento, se encontró en el otro lado de la sala.

Se hallaba en la puerta misma que «Chistera» Elverton usara para penetrar en la sala de baile. La puerta estaba aún sin cerrar con llave. Duffy la abrió y penetró en la otra pieza.

El lugar estaba sumido en la oscuridad.

EL jefe de la banda decidió investigar.

Varias personas hablaban excitadas. Duffy se aproximó a la palmera protectora. Vió las espaldas de algunos hombres que miraban hacia el pasillo del otro extremo.

Esperó con los ojos clavados en las espaldas de dos hombres vestidos de frac, este par parecían ser los miembros de un grupo pequeño, pero se habían apartado de sus compañeros.

—Quédese aquí —decía una voz baja—. Tiene usted una coartada. No se preocupe. Que se lo lleven.

Las palabras fueron pronunciadas por el más alto de los dos hombres.

Duffy vio moverse unos labios cuando un rostro áspero presentó su perfil.

No oyó la respuesta del otro.

El hombretón volvió a hablar.

—No hay más que uno que le conozca, ¿eh? —preguntó a su compañero—. ¿Cree que le delataría?

—Es posible...

Duffy Bagland apenas percibió la respuesta.

El hombretón rió de modo tranquilizador:

—Bien; quizá reciba lo suyo. Esperémoslo así. Si lo liquidan, no tendrá usted que preocuparse.

Duffy Bagland iba a alejarse cuando el hombre más bajo se volvió también.

Un gruñido salió de los labios del gangster al reconocer el semblante.

¡El hombre que había estado de espaldas era «Chistera» Elverton!

El hombretón-Foulkrod Kendall —observó a Duffy Bagland, por descuido de éste. Un aire de sorpresa, apareció en el rostro de Kendall. «Chistera» Elverton, girando sobre sus talones, se encontró cara á cara con Bagland.

EL jefe de los pistoleros vió rojo. Cruzaron por su cerebro mil pensamientos incoherentes. Oyó que golpeaban en la puerta que él acababa de cruzar. Era imposible regresar a la sala de baile: estaba interceptada. La partida estaba perdida. Más estos factores no fueron los que enfurecieron al hombre acorralado.

El ataque por sorpresa, el fracaso del plan de robo, los atribuía Duffy a su compinche «Chistera» Elverton. Allí estaba hablando con un desconocido. Se había manifestado la esperanza de que matasen a alguien, al único que conocía a «Chistera», ¡y ése era Duffy Bagland!

El rostro de «Chistera» Elverton aparecía consternado. Con un grito feroz, Duffy Bagland se abalanzó sobre su compinche.

Que lo matasen ahora, no importaba; el también estropearía los

planes de «Chistera» Elverton. ¡EL ladrón de guante blanco, que se hacía pasar por inglés, sería desenmáscarado por el compañero a quien había traicionado!

—¡Traidor! —escupió Duffy Bagland, al lanzarse sobre «Chistera»—. ¡Yo te estropearé tu jugada! Voy a matarte... —Lanzó un puñetazo sobre el mentón de su compinche.

Fue Foulkrod Kendall quien intervino. El hombretón evitó el golpe; un instante después forcejeaba con Duffy Bagland.

EL fuerte ataque de Kendall hizo retroceder hacia la palmera al jefe de los pistoleros. EL árbol fue derribado cuando el par se acercó, forcejeando, hacia la sala. Duffy se desasíó; luego asestó un fuerte puñetazo en la mandíbula de su adversario. El millonario retrocedió, tambaleándose.

«Chistera» Elverton se había apoyado en la pared. Cualquiera habría dicho por su pose que estaba asustado y sentía cobardía. Más al apoyarse en la pared, el ladrón de guante blancos se introdujo la mano en un bolsillo. Su revólver de cañón chato apareció en su mano.

«Chistera» apretó el gatillo. EL revólver vomitó una llamarada. La bala fue certera.

Duffy Bagland se retorció e hizo un poderoso esfuerzo para no caer, cuando se tambaleaba. Foulkrod Kendall demásiado excitado para darse cuenta de que se había disparado un tiro, se abalanzó sobre el jefe de los pistoleros y lo echó a empujones hacia el cuarto que estaba a oscuras.

«Chistera» Elverton le siguió rápidamente empuñando el revólver. Kendall estaba a punto de asestar un fuerte golpe a Duffy Bagland. El jefe de la pandilla no recibió el puñetazo. Su cuerpo se desplomó a los pies del millonario.

Foulkrod Kendall, inclinado sobre el cuerpo de Duffy Bagland, se horrorizó al observar el rostro agonizante del gangster. Vió los labios que manaban sangre. Sus ojos observaron el revólver, lejos de la mano de Duffy.

Automáticamente, Kendall se agachó y recogió el arma. Se enderezó medio aturdido mientras varios hombres llegaban precipitadamente del corredor. La puerta de la sala de baile se abrió y otros empezaron a averiguar la causa del disparo.

—¡Qué acto de valor! —«Chistera» Elverton hablaba presa de

viva excitación—. Imagínense ustedes... ese granuja atacó al señor Kendall con un arma mortífera. ¡EL señor Kendall se la arrebató de las manos y disparó contra el sujeto!

—Sí que disparé contra él —hubo de decir Kendall—, en defensa propia. Pude arrebatarme el arma cuando intentaba asesinarme.

Los conocidos de Kendall se le acercaron con palabras de felicitación. Era sabido ahora que los detectives, habían logrado dominar, a los ladrones que habían venido a llevarse la vajilla rusa.

—Le está bien empleado —fue el comentario general—. Se habría abierto paso a tiros si no hubiese sido por Kendall.

Se formó un grupo de curiosos; otras personas se alejaban de la escena de la muerte. «Chistera» Elverton se reunió con éstas. Se aproximó a los ascensores.

Habían aparecido varios detectives. Uno de ellos, un hombre de rostro moreno, que parecía ser el jefe, hablaba con el detective herido.

Era este José Cardona, de la policía de Nueva York. EL sabueso se dirigió hacia la habitación donde Kendall se había quedado. «Chistera» Elverton y otros que parecían temerosos se quedaron junto a los ascensores. José Cardona tardó varios minutos en volver del cuarto.

—Muy bien —ordenó—. Que baje la gente. Se ha capturado a la banda entera.

La gente se metió en un ascensor. «Chistera» Elverton tuvo que esperar a otro aparato.

—Han «liquidado» al jefazo de la banda —oyó «Chistera» que decía Cardona—. Era Duffy Bagland. Ya sabía yo que era necesario vigilar a ese pájaro. Tropezó con un fabricante de vajillas de plata cuando intentaba escapar. Un tal Kendall, le quitó el arma a Duffy y le agujereó con ella.

—¡Buena suerte! —comentó otro sabueso.

—Retendré a Kendall como testigo-continuó Cardona—. Parece estar preocupado; y en consecuencia le dije que olvidara el episodio. Si hubiese muchos millonarios como él para suprimir a algunos de estos pájaros, sería magnífico, ¿no es verdad?

La puerta de un ascensor se abrió. «Chistera» Elverton entró sin ser molestado.

Un caballero vestido de frac salía del ascensor cuando «Chistera»

entraba.

El caballero arrojó una mirada penetrante a su alrededor, y en aquella mirada observó fugazmente el rostro del ladrón. La puerta se cerró.

«Chistera» descendió con el aparato. Salió en el piso dieciocho.

Al llegar a sus habitaciones, encontró a Tim Mecke mirando por la ventana.

Unas maletas ya preparadas, indicaban que el falso ayuda de cámara había estado trabajando.

Tim se volvió rápidamente al oír entrara su supuesto amo y observó su aire preocupado; luego preguntó: —¿Qué sucede, «Chistera»?

—Muchas cosas —respondió el gangster.

—¿Sí? —preguntó Tim, con aire preocupado—. Oye, «Chistera», me pareció oír algunos disparos en algún piso del hotel...

—Así es, Tim. Escucha. Había muchos detectives arriba. La banda debe haber actuado torpemente. Yo les tenía preparado el terreno, hasta les había abierto las puertas... pero me figuro que hicieron ruido, los detectives entraron y liquidaron a toda la banda.

—¿Liquidaron a Duffy? —preguntó Tim—, aterrado.

—Sí. Lo liquidaron. Todo salió mal, Tim. Suerte que no han sospechado de mí. Vamos a mudarnos.

—Pero si Duffy está muerto —Tim hablaba con tono de aprensión— me pone en un aprieto, «Chistera». Yo pertenecía a esa banda. Me echarán el guante si me quedo en Nueva York...

—Vendrás conmigo —informó «Chistera»—. Puedo emplearte en algo, Tim. Pertenecías a Duffy Bagland; ahora que lo han matado a él, te tomo yo. Vamos a pasar la noche en otro hotel. Esto no despertará sospechas, porque se supone que estamos a bordo de un barco. Mañana saldremos de Nueva York.

—Eres un amigo, un verdadero amigo, “Chistera”... —respondió Tim, en tono agradecido.

—Ahora lo averiguas ¿eh? —rió “Chistera”. —¿Ahora te das cuenta? Participarás en el botín si trabajas conmigo.

Unos minutos después, el supuesto inglés y su falso ayuda de cámara salieron de sus habitaciones, dejando la puerta abierta para que el mozo entrara.

—Llamaremos a un coche cuando lleguemos abajo —dijo

«Chistera», de pie junto a los ascensores—. Escucha, Tim. Yo soy el jefe. ¿Comprendes?

Tim asintió con la cabeza.

—Lo primero que hay que hacer-declaró «Chistera» —, es olvidar todo esto o hablar de Duffy. Está muerto. Cuando la cosa ha terminado, no hay que pensar más en ella.

—Muy bien —asintió Tim—. Eres un lince, «Chistera».

«Chistera» Elverton aceptó el cumplido.

Estaba encantado del modo como había resultado el trabajo de la noche. Era preferible terminar con los antiguos asociados, teniendo, como tenía ahora, un magnífico plan. De todos los componentes de la pandilla de Duffy Bagland, solamente Tim Mecke conocía la relación existente entre «Chistera» y el jefe de la banda muerto.

Tim era fácil de manejar. Había sido agregado a «Chistera», puesto a sus órdenes para ayudarlo. Era un individuo útil.

Lo mejor era matar dos pájaros de un solo tiro. Reteniendo a Tim éste tampoco se enteraría de nada y «Chistera» podría disponer de un pistolero experto cuando llegase al cuartel general de Kendall, en Nueva Avalon.

Arriba, en el piso de la sala de baile, el hombre que llegó cuando «Chistera» Elverton se marchaba, se paseaba por el campo de batalla en unión de otros curiosos. La policía estaba poniendo término a esto, pero el desconocido había logrado infiltrarse.

Moviéndose a lo largo del suelo, desplazándose al compás de cada cambio de luz, una silueta negra marcaba el avance del hombre desconocido. Nadie observó la sombra extraña.

¡Aquella negrura era la señal de la presencia de La Sombra!

El hombre llegó al cuarto donde el detective José Cardona hablaba a Foulkrod Kendall. El millonario expresaba su perplejidad.

Sabía tan sólo que arrebató un revólver de la mano de Duffy Bagland. Ni siquiera recordaba haberlo disparado.

Cardona asintió con la cabeza. Comprendía. Se había encontrado en situaciones similares.

—Sea como sea que haya sucedido, señor Kendall —dijo, en tono de felicitación—, merece usted todos los honores por este acto. Este hombre era peligroso. Era un asesino, el jefe de una banda de pistoleros. Quizá ha salvado usted a algunas vidas inocentes. ¿Se

aloja usted en este hotel? Vendré a verle después. Pura rutina.

El desconocido vestido de frac estaba cerca. Sus ojos escrutadores observaron la puerta abierta por la que Duffy Bagland entrara. Su mirada se posó en el revólver de cañón corto que José Cardona tenía en la mano.

¿Dónde había adquirido aquel arma Duffy Bagland?

Este observador —La Sombra, vestido de etiqueta, en traje convencional— conocía perfectamente que el jefe de la cuadrilla no habría llevado encima un revólver tan diminuto.

La puerta abierta y el arma eran pruebas de la intervención de alguna otra persona, de alguien que preparó el terreno a la pandilla de Bagland, alguien que podría haber llevado aquel revólver debajo de un frac.

La Sombra oyó a un testigo declarar: —Kendall hablaba con el inglés. Ustedes saben a quién me refiero, a ese caballero Elverton, de Londres. El gangster atacó primero a Elverton; Kendall intervino y lo liquidó. Lo vi cuando yo venia por el pasillo.

—¿Dónde está Elverton? —preguntó alguien.

—Supongo que se asustó.

¡Elverton!

La elevada figura que escuchaba, anotó mentalmente el nombre.

La Sombra caminó lentamente a lo largo del pasillo y llegó a un teléfono; la voz firme y calmada preguntó:

—Las habitaciones del señor Elverton, haga el favor.

—¿El señor Ronaldo Elverton? —fue la pregunta de la telefonista—. Aguarde un momento... EL señor Ronaldo Elverton se ha marchado.

—¿Dónde podría comunicar con él?

—Lo preguntaré, señor. No se marche. Espere un momento.

Sucedió una pausa de medio minuto; luego la voz de la telefonista habló:

—Parte para Inglaterra esta noche.

—¿En qué barco?

—El señor Elverton no nos lo dijo.

La Sombra se alejó del teléfono. Entró en un ascensor y salió en un piso inferior. Desde allí en adelante sus movimientos quedaron envueltos en el misterio.

Media hora después una figura misteriosa, apareció en una

habitación de paredes negras, donde la súbita iluminación de una luz azul, reveló un par de manos largas y blancas.

La mano derecha escribió. Sus dedos trazaron un esquema del piso de la sala de baile del hotel Gargantúa. Aparecieron varios nombres: los de Duffy Bagland, Foulkrod Kendall y Rolando Elverton.

Duffy Bagland, un jefe de banda peligroso; Foulkrod Kendall, un fabricante millonario. Se habían encontrado en una batalla. EL gangster fue muerto.

¡Qué resultado más extraño!

Debía haber alguna explicación de este suceso. ¿Qué eslabón podía existir entre ellos? ¿Perteneecía, en verdad, el revólver a Foulkrod Kendall? No; el millonario lo habría reconocido. ¿De quién era? ¿Cómo llegó a las manos de Kendall?

La mano de La Sombra subrayó el nombre de Elverton. Constituía una incógnita. Un inglés —así se decía— que no perdió tiempo en marcharse después de los sucesos de esa noche.

Elverton, el revólver.

Para La Sombra, la relación era evidente. ¿Acaso Elverton dio el arma a Kendall? ¿La recogió el millonario después de dejarla Elverton?

Entre los nombres de Bagland y Elverton, La Sombra trazó una línea.

Elverton —especialmente en el papel de un inglés en esta reunión típicamente americana— podría haber sido un compinche de Bagland.

La mano trazó otra línea, esta vez entre los nombres de Elverton y Kendall.

El millonario había estado hablando a Kendall cuando Bagland apareciera.

Los dos hombres intervinieron en la lucha. Bagland fue muerto.

Los nombres empezaron a desvanecerse. Rápidamente los ojos de La Sombra miraron las letras de dos nombres: Foulkrod Kendall y Ronaldo Elverton. Era el par superviviente.

Había que dar con el paradero de éste; más no por medio del muerto.

Mediante una persona viva: Foulkrod Kendall. La Sombra podría encontrar al ladrón de guante blanco, que había desempeñado un

papel tan importante en el fracasado robo de esta noche.

CAPÍTULO VII

MARQUETTE ENCUENTRA UNA PISTA

DOS hombres se hallaban, a la mañana siguiente, en una habitación de un hotel de Manhattan.

Uno, un individuo robusto y rechoncho, se afeitaba ante el espejo de un lavabo. El otro, un hombre flaco y lánguido, sentado en una butaca, leía un periódico.

—Mira lo que ha sucedido en el Gargantúa, Vic —observó el hombre sentado—. Una banda de ladrones ha sido exterminada, cuando intentaban robar unas cantidades de vajillas valiosas. De oro macizo y plata maciza también; vajillas del Palacio de Invierno del Zar.

—No me interesa, Carlos —repuso el hombre que se afeitaba—. Me interesan los metales falsos, no los de ley. Esos, ¿para qué?

El hombre sentado lanzó una carcajada.

El otro continuó afeitándose; el de la butaca prosiguió su lectura.

Estos dos hombres formaban una pareja singular. Difícilmente los habría analizado un desconocido. Podrían haber pasado por viajeros de comercio.

Nadie los habría tomado por lo que eran: detectives.

Existía un motivo para ello. El trabajo de estos dos hombres exigía que dominasen el arte del disfraz. En este hotel, que escogieron como residencia en Nueva York, habían estado viviendo, modesta y oscuramente.

Eran hombres que gozaban de gran reputación, pero no alardeaban de sus hazañas. El hombre de la butaca era Carlos Dolband; el del espejo, Vic Marquette. Juntos, formaban una pareja que no había sido superada en el Servicio Secreto de los Estados

Unidos.

Mientras Dolband continuaba leyendo el periódico, Marquette siguió afeitándose, y emitiendo de vez en cuando gruñidos, al protestar de la hoja de afeitar. Al cabo de unos minutos, Dolband tiró el periódico al suelo y dijo:

—Parto para Frisco, a mediodía, Vic. Te escribiré a mi llegada.

Marquette rezongó.

—Parece que se bate el cobre por allí-continuó Dolband—. Oye, Vic, esto ha sido una especie de vacaciones. No sé cómo puedes aguantar por aquí. Hay mucho dinero falso en Manhattan, pero todo viene de fuera.

Marquette esbozó una sonrisa. Alargó una mano, extrajo algo del bolsillo inferior de la derecha. Se lo tiró a su compañero. Dolband vió que era una moneda de cinco centavos.

—Examina esa moneda —dijo Marquette.

Carlos Dolband examinó la pieza. Comprobó el sonido y su peso. La comparó con otra moneda que sacó de su bolsillo. Transcurrieron varios minutos mientras Vic Marquette se ponía el chaleco y la americana. De repente, Dolband profirió una exclamación:

—¿Qué fecha es ésta? —fueron, sus palabras.

—Eso es —comentó Vic Marquette.

—Es del año mil novecientos veintidós-continuó Dolband—. Oye, Vic, no hubo ninguna emisión de piezas de cinco centavos en aquel año.

—¿Me lo dices tú a mí? —rió Marquette—. Ya conoces el cuento, Carlos: que un coleccionista te dará cien dólares, por una moneda de cinco centavos del mil novecientos veintidós. Lo cual es una estafa, pues no hay tal moneda. Más yo he demostrado lo contrario. Mira éstas. —Echó tres piezas de real a Dolband.

Preguntó Dolband:

—Oye, Vic, ¿dónde adquiriste estas monedas? El trabajo es perfecto, ¿no es cierto?

—Me las dieron con el cambio en el “metro” —respondió Marquette—. Tengo la costumbre de examinar las monedas que me dan. Y las fechas de emisión.

—Estas monedas deben tener más de diez años...

—¿Por qué? —interrumpió Vic.

—Porque un falsificador pensaría en fechas más recientes.

—Piensa otra vez, Carlos. ¿Crees tú que estas monedas habrían estado así circulando diez años, sin que algún coleccionista les echase la vista encima? Son nuevas, Carlos, pero les han quitada el brillo. Algún vivo borra las fechas antiguas, pero otro pájaro pensó en otra cosa mejor.

—¿Qué has hecho al respecto, Vic?

—Me he puesto en contacto con la gente del «metro». Están alerta ahora. Los cajeros de las estaciones tienen órdenes de vigilar estas monedas falsas. Espero un informe hoy.

Los dos hombres salieron de la habitación. Bajaron al comedor y encargaron el almuerzo. Pocos minutos después de las nueve un botones entró en el comedor y se aproximó a Vic Marquette.

—Le llaman al teléfono, señor Marquette.

Vic se levantó de la mesa.

Vic Marquette, sonreía cuando volvió. Habló en voz baja al reunirse con su compañero.

—¡Tienen algo para mí! —comunicó—. Quieren que vaya a la oficina central cuanto antes.

Terminando precipitadamente el desayuno, Vic estrechó la mano de su amigo Dolband y prometió este, telefonearle desde San Francisco. Vic salió del hotel y se dirigió a las oficinas del «metro».

AL llegar a su destino, el detective fue introducido en la oficina del señor Blake, un subdirector. Allí Vic encontró a otras dos personas, además del señor Blake.

Uno era un individuo de cara triste a quien Blake presentó como Tompkins, cajero de una estación del Este. El otro era un italiano, pobremente vestido, al que Blake llamó Pietro.

—Dígale al señor Marquette todo cuanto sabe—ordenó Blake.

Pietro accedió con gesticulaciones. Marquette escuchó solemnemente la historia del italiano.

—Vendo verduras con un carretón—empezó el italiano—. Yo necesitaba moneda fraccionaria, cambio. Subí a la estación y dije a Tompkins que necesitaba monedas de cinco y me dijo que no me las daría.

—Pietro quería cambio —explicó Tompkins—. Le dije que necesitábamos todas las piezas de cinco para dar el cambio a los pasajeros. Le extrañó.

—Es cierto —sonrió el italiano—. Me dije que si este hombre no

quiere darme monedas de cinco, quizá las quiere tomar. Así, cuando tengo un puñado, subo a dárselas. Él me da un dólar.

Marquette asintió con la cabeza. Vió inmediatamente que Pietro debía haber descubierto algún otro medio de obtener piezas de cinco. Con una abundancia de estas monedas, Pietro simplemente había ido a que Tompkins se las cambiase.

—Esta mañana —explicó— Tompkins me preguntó de dónde sacaba yo todas estas piezas. Le dije que voy al taller donde hacen artículos de hojalata. El viejo me dio esa moneda...

—¿Qué viejo? —inquirió Vic.

—Cyrus Barbier —respondió Tompkins—. Tiene un taller a media manzana de la estación.

—Tony Cuno trabaja para el viejo—añadió Pietro —. Le dije que necesitaba piezas de a cinco y me contestó que fuese allí y me daría una puñada todos los días...

—Cuando Pietro me contó esta historia —interpuso Tompkins—, le traje aquí inmediatamente. Separé las monedas que me dio ayer. Me quedé con otro puñado esta mañana...

Vic las examinó. Eran todas del año mil novecientos veintidós.

EL detective se incorporó. Escrutó a los tres hombres y observó una expresión de ansiedad, que iba apareciendo en el semblante de Pietro. Dijo al italiano:

—No se preocupe. Quédese aquí un rato con Tompkins. Le veré después. Hizo usted muy bien, Pietro.

EL italiano sonrió. Marquette hizo una seña a Blake. El subdirector acompañó a la puerta al detective.

—Retenga a Pietro aquí —dijo Vic, en voz baja—. Creo que no está mezclado en este asunto. No quiero que vuelva a su carretón por ahora. Voy a registrar ese taller, tan pronto como me lleguen los detectives de jefatura.

—Lo retendré aquí —prometió Blake—. Tompkins lo entretendrá. Conoce al individuo.

—¿Dónde está el teléfono? —preguntó Vic Marquette.

—Allí —informó Blake.

El detective fue al lugar indicado. Sonrió al llamar a Jefatura. La pista de las monedas del año mil novecientos veintidós, estaba muy clara.

Dentro de una hora, Vic y un grupo de agentes de la Secreta

irrumpirían en una madriguera, de falsificadores de moneda en Manhattan.

Carlos Dolband recibiría una sorpresa cuando se enterara de esto.

Marquette no sospechaba que el Destino, le iba a jugar una mala pasada en este momento. Aquellos titulares que Carlos Dolband leyera no mencionaban a los monederos falsos; sin embargo, los sucesos de la noche anterior estaban relacionados con los de esa mañana.

El fracaso de Duffy Bagland y su banda cambiaba el aspecto del caso que Vic Marquette estaba investigando.

¡La pista de las monedas del año mil novecientos veintidós, iba a convertirse en una asombrosa persecución antes de terminar el día!

CAPÍTULO VIII

UN PÁJARO VUELA

MIENTRAS Vic Marquette planeaba el asalto al taller de Cyrus Barbier, un visitante matutino se aproximaba a aquel lugar con precauciones.

«Chistera» Elverton, elegante como de costumbre, descendía pausadamente de la estación aérea a lo largo de la calle transversal, donde estaba emplazado el taller de Barbier.

El ladrón de guante blanco se detuvo delante del escaparate del taller.

Contempló los artículos de hojalata exhibidos.

«Chistera» entró en la tienda. Un muchacho de cara paliducha se acercó para servirle. «Chistera» examinó al joven y luego le preguntó calmosamente:

—¿Dónde está Barbier?

—Ha salido —respondió el muchacho.

—Quieres decir que está en la trastienda —dijo “Chistera”—. Ve a buscarle. Dile que el inglés quiere verle.

El mozalbete fue a la parte trasera.

“Chistera” se puso a examinar con interés los artículos de hojalata y cobre.

Mientras los estudiaba, una puerta de la trastienda se abrió lo suficiente para que un par de ojos escrutaran la tienda. Hubo un cuchicheo detrás de la puerta. El muchacho salió y se aproximó a “Chistera” Elverton.

—El señor Barbier le recibirá —anunció—. Entre en la trastienda.

“Chistera” atravesó la puerta trasera. Entró en un taller donde se veían varios bancos y tornos parados. Había una puerta en el fondo.

“Chistera” la abrió y penetró en un taller más pequeño. Era una habitación sin ventanas, donde había algunas máquinas.

De pie, en el cuarto, había un hombre de cabellos grises y hombros caídos.

AL mirar hacia el visitante, una sonrisa apareció en el rostro del viejo bribón.

—¡Hola, Barbier! —saludó «Chistera»—. No esperabas verme, ¿verdad?

El viejo meneó la cabeza negativamente.

—Es un milagro que me veas —rió “Chistera”. ¿Recuerdas los florines y las medias coronas que hiciste para mí? Por poco me echan el guante en las Bermudas, cuando las pasé. De no ser por mi aspecto distinguido, me habrían «enchiquerado» por monedero falso.

—¿Tuviste algún contratiempo?

—Por poco me meten a la sombra. Tu idea del peso de las monedas es equivocada, muy equivocada, Barbier.

—Lo sé —el viejo movió cansadamente la cabeza—. Si acierto en el peso, entonces no me sale bien el sonido. Si acierto con el sonido, el peso me sale mal.

—Por lo tanto, el negocio de la moneda falsa es un fiasco, ¿verdad?

—Está mal —reconoció el vejete—. Pero aun me gano la vida. Mira.

Introdujo la mano en un cajón, debajo de un banco, y extrajo un puñado de monedas de cinco centavos, que pasó a «Chistera». El ladrón sonó las piezas.

—Son excelentes —declaró—. Pero, ¿dónde están los beneficios? Barbier se encogió de hombros.

—Son muy reducidos —se lamentó.

«Chistera» examinó las monedas con aire de aprobación. Sonrió al observar que eran de fechas distintas. Unas eran nuevas y relucientes; otras, parecían viejas.

—Las paso por medio de alguna persona de la vecindad —explicó Barbier—. A los buhoneros y otros vendedores callejeros. Las dan como cambio a los parroquianos. Los beneficios son buenos, pero muy lentos... y además...

—Si fuesen de plata...

Barbier extendió las manos en un gesto de desesperación.

—¿Tienes los moldes para las monedas de plata? —añadió “Chistera”.

—Aquí mismo están —repuso Barbier—. Pero los he escondido. No me sirven de nada. Nunca he podido hacer las monedas que yo quiero. Los moldes son perfectos... pero la aleación...

—¿Has usado plata en ella?

—Sí. Más nunca con buenos resultados. Otros metales dan el sonido, pero, son demasiado ligeras, a excepción del plomo. Cuando los empleo, para que las monedas tengan el peso...

—Lo sé. Pero es posible adquirir la aleación, ¿verdad?

—Sí —declaró Barbier—. Pero me ha vuelto loco. Puede obtenerse el metal; más ¿quién lo fabricaría? Tendría que ser plata, menos pura que la de ley, pero, de todos modos, plata...

—Barbier —«Chistera» habló en tono confidencial—, he adquirido el metal que necesitas. Es una aleación perfecta; pero tienes que trabajar para mí.

—¿Aquí, en Nueva York? —preguntó el viejo, en tono de ansiedad.

—En otra parte —sonrió “Chistera”—. Bastante lejos. Un lugar donde puedes vivir tranquilo. Hay una fortuna en esta faena, Barbier. Sacaremos grandes beneficios los dos, y otros también. Te harás rico.

—Estoy seguro aquí.

—Relativamente. Adonde te llevo, Barbier, puede adquirirse la plata. No habrá necesidad de que la remitan. Se mezclará en el mismo lugar.

—Iré contigo —declaró Cyrus Barbier.

—Inmediatamente —repuso “Chistera”.

El viejo empezó a frotarse las manos al recorrer con la vista el lugar.

Meneó la cabeza lentamente, en señal negativa.

No veía la posibilidad de partir inmediatamente.

Mientras «Chistera» le observaba, se oyó llamar suave y rápidamente a la puerta. El vejete abrió. Un italiano bajo y moreno entró.

—Este es Tony Cuno —presentó Barbier—. Ya le conoces.

—Oh, el inglés, ¿verdad? —rió Tony, tendiendo una mano.

«Chistera» Elverton se la estrechó.

Tony Cuno se volvió de repente hacia Barbier.

—¿Has estado hablando del negocio de las monedas?

Barbier asintió con la cabeza.

—Esto se está poniendo peligroso —continuó Cuno—. Hemos estado trabajando con poca cautela. ¿Qué opinas tú?

La pregunta de Cuno fue dirigida á “Chistera” Elverton. El ladrón de guante blanco aprovechó rápidamente la situación, observó:

—Acabo de hablarle a Barbier de una verdadera ocasión. Monedas de diez centavo, de veinte, de medio dólar —la sonrisa de Tony Cuno se fue ampliando a medida que «Chistera» elevaba la escala—, en lugar de piezas de a cinco. Yo tengo la aleación. Yo dispongo del lugar. Tengo, además, la protección necesaria.

—¿Qué te parece, Tony? —preguntó Barbier con afabilidad.

—Yo opino —respondió el italiano en tono serio—, que cuanto antes mejor. Este negocio de las monedas de cinco, el modo de hacerlas pasar, está poniéndose mal. ¿Conoces a Pietro, el del carretón? Pues bien, no está en su puesto esta mañana. Alguien le vió muy temprano; pero no se encuentra en su esquina en este momento. Quizá ocurra alguna cosa... Lo ignoro. Pero venía a decirte que escondieras esos “moldes”...

Las palabras de Tony Cuno eran prudentes. “Chistera” Elverton aprovechó la oportunidad: Vió que la influencia del italiano podía hacer decidirse a Cyrus Barbier.

—¿Cuánto tiempo se tardaría en embalar el equipo? —preguntó a Tony.

—Media hora —respondió el italiano.

—Manos a la obra —ordenó «Chistera», con gran aplomo—. Tú y Barbier trabajáis conmigo desde este momento. No me preguntéis nada más; ya lo veréis bien pronto. Sacad toda la maquinaria de este lugar y trasladaos.

»Esto es muy importante para mí. Vosotros sois los dos hombres que me hacen falta. Ganaréis mucho dinero. Lo dejo de tu mano, Tony. Mirad. —El ladrón extrajo un fajo de billetes de su bolsillo. Sacó cinco de cien dólares y los dio a Cyrus Barbier—. Esto cubrirá los gastos de viaje —aseguró—. Recibiréis mucho más cuando lleguéis a Nueva Avalon, donde os esperaré. Daos prisa y no dejéis

nada que pueda servir de pista.

—No te preocupes —sonrió Tony Cuno—. No dejaremos rastro. Escucha —se dirigió a Barbier—: corre a ver a Cleghorn. Siempre ha querido comprar este establecimiento. Dile que te marches por motivos de salud. El ya ha ofrecido una cantidad. Cóbrala y déjame a mí hacer el embalaje.

“Chistera” Elverton se echó a reír cuando el viejo hubo salido.

—Eres muy grande, Tony —observó—. Tráete al viejo contigo. Alójate en el hotel Nueva Avalon y espera hasta recibir noticias mías.

—Este es un buen asunto, ¿verdad?

—Seguro. Espera hasta llegar allí.

El italiano ya desmontaba una máquina. Trabajaba rápida y metódicamente.

En calidad de ayudante de Cyrus Barbier, Tony Cuno era algo más que auxiliar.

“Chistera” Elverton sonrió al ver a Tony abrir un cajón, meter unos puñados de monedas en un maletín y guardarse un revólver en el bolsillo del pantalón.

—Hasta la vista, Tony —dijo “Chistera”—. Lo dejo de tu cuenta.

Un cuarto de hora después de la partida de “Chistera”, Cyrus Barbier volvió a la trastienda del establecimiento de artículos de hojalata y aluminio, llevando un puñado de billetes. El viejo contaba el dinero cuando Tony Cuno le interrumpió:

—Guárdate esa “pasta”. Voy a subir para bajar un par de maletas. Nos largaremos inmediatamente.

—Pero no es posible correr tanto —protestó Barbier—. Tengo que asegurarme de que recojo todas mis cosas sin dejar rastro.

—Yo llevaré bastantes—interrumpió Tony—. Ya has cobrado el dinero de la venta de la tienda. Larguémonos cuanto antes. Quizá el viejo Cleghorn empiece a sospechar que hay algún gato encerrado en esto. Vamos, antes de que venga a darnos la lata—Tony señaló unas cuantas cosas que no había terminado. El italiano cruzó el taller y ascendió unas escaleras. Bajó con dos maletas. Llamó al muchacho—: Corre a buscar un taxi. Date prisa.

El muchacho despertó. Cuando Tony había acabado de amarrar unos paquetes en el taller sin ventanas, el muchacho había vuelto. Con la ayuda de Cyrus Barbier y del muchacho, Tony organizó el

transporte de los bultos.

—Nos detendremos en mi casa —gruñó a Barbier—. Un instante para recoger unas cuantas cosas-Volviéndose hacia el muchacho, habló con voz más alta.

Anunció:

—Me llevo de viaje al señor Barbier. Necesita unas vacaciones. El doctor dice que no se encuentra bien. El señor Cleghorn es tu nuevo amo, mientras estemos ausentes.

El taxi arrancó veloz, dejando al muchacho con la boca abierta en la puerta del establecimiento.

El joven entró en la tienda, se sentó en una silla y empezó a bostezar. A los diez minutos, dormía.

Despertó cuando una mano le sacudió por el hombro. Alzó la vista y vio a un hombre regordete, de rostro severo, probablemente un cliente.

—Quiero ver al señor Barbier —dijo el hombre.

—Ha salido —respondió el muchacho, soñoliento.

—¿Sí? —Era Vic Marquette el que interrogaba al dependiente—. ¿Adónde fue?

—Se ha marchado. De viaje. Un amigo suyo llamado Tony Cuno se fue con él...

Vic Marquette se volvió hacia la puerta, e hizo una seña. Dos agentes de la Secreta entraron. El detective se dirigió hacia la puerta de la trastienda. La abrió y penetró en el taller.

Vió la puerta del fondo. Entró en el taller más pequeño. Encendió la única luz que había.

A los pocos minutos, Vic comprendió lo ocurrido. Observó las señales de una partida precipitada.

Llamó a los agentes que le acompañaban. Entraron. Vic inició un examen meticuloso de la maquinaria.

Era obvio que se habían sacado algunos artículos. El ojo experto de Vic observó la maquinaria. Aparentemente como maquinaria para fabricar artículos de hojalata, este equipo podía haber servido muy bien para hacer monedas falsas.

—Registraremos el establecimiento —dijo—. Entretanto, que un par de agentes busquen el paradero de Tony Cuno.

Mientras Vic Marquette seguía en posesión del establecimiento, un detective llegó para informar que Tony Cuno había

desaparecido.

El muchacho había dicho a Marquette que Barbier y Cuno se marcharon en un taxi. La investigación comprobó que el vehículo se había detenido un rato suficiente, para que Tony entrase y saliese de la casa donde vivía.

Mientras los detectives notificaban a Jefatura la desaparición de los fugitivos, Vic Marquette interrogó al muchacho que se cuidaba de la tienda.

Pronto descubrió que el joven no sabía nada, de lo que se había estado haciendo allí. EL establecimiento servía simplemente de pantalla, para cubrir las actividades de los monederos falsos.

De vuelta en la tienda de Barbier, Marquette encontró que los detectives suponían que Barbier y Cuno se habían refugiado en algún escondrijo en Manhattan.

Había motivos suficientes para detenerlos, si la policía los encontrase.

Marquette se quedó solo en el establecimiento.

Cleghorn apareció al oscurecer. Era un hombre de rostro tranquilo, que presentó muestras de preocupación cuando Vic Marquette empezó a interrogarle. No tardó mucho el detective en averiguar que Cleghorn había realizado simplemente una transacción comercial con Cyrus Barbier.

Explicó Cleghorn:

—Vino a verme cuando me disponía a salir. Yo le había ofrecido comprarle el negocio y él había rehusado en distintas ocasiones aceptar mi precio. Me dijo que quería marcharse y que, después de todo, aceptaba mi oferta. Así es que le pagué al contado.

—¿Le dijo algo más?

—Sí. Yo no comprendía por qué motivo quería marcharse tan de repente. Empecé a retirar mi oferta, temiendo que sucedía alguna cosa anormal. Entonces me suplicó, diciendo que tenía que visitar a su hija (sé que tiene una), porque ella estaba enferma. Le pregunté adónde iba.

—¿Qué respondió?

—Mencionó una ciudad llamada Nueva Avalon. Manifestó que su hija residía en un pueblo cercano. Me convenció de que la operación de venta no era sospechosa.

—Muy bien —observó Vic Marquette—. Creo que no puede

usted facilitarme ninguna otra información. Si Barbier vuelve o tiene usted noticias de él, notifíquelo a jefatura. ¿Comprende?

Cleghorn asintió con la cabeza.

Marquette se marchó, con una expresión de enojo en su rostro estólido.

CAPÍTULO IX

EN NUEVA AVALON

UN joven se apeó de un tren que paró en la estación de Nueva Avalon. Entregó dos maletas y una cartera a un mozo y le siguió a través de la espaciosa estación.

El recién llegado de Nueva York caminaba con paso ágil y con mirada escrutadora al atravesar la estación. Al llegar a la parada de taxis, recorrió con la vista las calles iluminadas, con él objeto de examinar por primera vez la ciudad.

—AL hotel Nueva Avalon-ordenó, subiendo al coche y acomodándose en el asiento trasero.

El hotel Nueva Avalon era un edificio moderno, dotado de un vestíbulo muy espacioso. El joven entró y se aproximó al mostrador de la oficina. Escribió el nombre de Harry Vincent en el libro de registro.

Una vez en su cuarto, Harry Vincent miró por la ventana. Sus ojos se posaron de nuevo sobre un rótulo eléctrico que ostentaba el título: «Teatro Kendall».

El nombre de Kendall era de verdadera importancia para Harry Vincent.

Este joven había ido a Nueva Avalon, con el propósito definido de averiguar todo cuanto pudiese de la vida y milagros de Foulkrod Kendall. En carácter de ayudante de La Sombra, Harry Vincent poseía marcada habilidad para realizar tal investigación.

La empresa Vajillas Kendall, reconocida, como la primera industria de Nueva Avalon, había adquirido tal importancia, que otras empresas dependían de ella.

Encima de algunos edificios más bajos, Harry Vincent vio otro rótulo eléctrico que ostentaba el nombre: “Hotel Kendall”.

Harry Vincent sonrió. Kendall y Nueva Avalon eran prácticamente sinónimos. Era extraño que la ciudad no llevase el nombre de su vecino más prominente. No sería difícil localizar a Foulkrod Kendall. El problema consistía en cómo establecer contacto con el millonario.

Descendiendo al vestíbulo, se aproximó al mostrador de la oficina. El dependiente parecía estar dotado de inteligencia.

—Me gusta su ciudad. Es mi primera visita. Me sorprende encontrar que es un lugar tan floreciente.

—Nueva Avalon prospera —fue la respuesta.

—Kendall —musitó Vincent—: He visto ese nombre desde que he puesto los pies en esta ciudad. ¿Es ése, el fabricante de vajillas de plata?

—El mismo —confirmó el dependiente— con sequedad.

—Es extraño que no dieran a la ciudad el nombre de Kendall —rió Harry.

—Lo crea o no —repuso el dependiente, con sobriedad—, querían cambiar el nombre de Nueva Avalon por el de Kendall, pero la idea no cuajó.

—Kendall debe ser una potencia en la ciudad.

—Lo era. Y sigue siéndolo. Un hombre no puede tenerlo todo, aunque lo quiera. Kendall participa en muchas empresas de esta ciudad.

—¿Es el propietario del teatro que he visto en el fondo de la calle?

—Es el mayor accionista, como de otros negocios. Pero existen otros accionistas de la Empresa Teatros Kendall. Poseen seis o siete teatros en Nueva Avalon y otros en los pueblos cercanos. Creo que tienen unos veinte.

—¿Y Kendall los administra?

—Es el accionista más importante, el “mandamás”. El director de esa serie de teatros es Clayton Landow, hijo de Hiram Landow, el nuevo gobernador. Está prometido a la sobrina de Kendall. En consecuencia, todo quedará en la familia.

Harry Vincent sonreía al alejarse del mostrador.

El hotel Kendall, rival del Nueva Avalon, era probablemente obra del millonario. Eso explicaría la actitud del dependiente a quien hablara Harry Vincent. Sea lo que fuere, era de su agrado.

AL deambular por la calle, se dio cuenta de que su misión de establecer contacto con Foulkrod Kendall, se había simplificado por lo que acababa de averiguar.

El teatro le interesaba. Desde la acera de enfrente escrutó el vestíbulo iluminado. De regreso al hotel, volvió a entrar en el vestíbulo, con la intención de subir a su cuarto.

Al dirigir una mirada hacia el mostrador de la oficina, observó que el dependiente hablaba con un hombre regordete. Le pareció conocerlo y se detuvo por allí cerca. Oyó la respuesta que el empleado daba a la pregunta:

—Lo siento, señor, pero el señor Barbier no dejó ningunas señas —dijo el dependiente—. Se marchó esta mañana.

—¿Y Cuno? —inquirió el hombre regordete.

—Un caballero llamado Tony Cuno estuvo aquí con el señor Barbier —declaró el dependiente—. Quizá es la persona que usted quiere decir. También se marchó. No dejó sus nuevas señas.

El hombre regordete se alejó del mostrador. Harry Vincent observó un rostro moreno. Al verle el semblante, se volvió para que el hombre no le observase.

¡Vic Marquette!

¡Harry conocía perfectamente al famoso detective! Se habían cruzado muchas veces, cuándo Harry, al servicio de La Sombra, se había encontrado con Vic, al servicio del Gobierno.

Vic Marquette habría reconocido a Harry Vincent si le hubiese visto. El ayudante de La Sombra y el detective eran amigos; pero Harry no quería encontrarse con Marquette en ese momento.

No existía ningún indicio de que se encontraban allí para el mismo propósito. Más Vic, de haber visto a Harry, habría sospechado que perseguían el mismo objetivo.

La Sombra, cuando actuaba, prefería hacerlo solo. Harry Vincent comprendió que sería prudente mantenerse fuera de la vista de Vic Marquette.

Volviendo a su habitación, el joven ayudante de La Sombra consideró la conversación que acababa de oír. Vic Marquette buscaba a dos personas: una, un individuo llamado Barbier; y la otra, Cuno. Harry incluiría este dato en el informe que remitiría a La Sombra.

Sin embargo, de momento, tenía otra misión: establecer contacto

con Foulkrod Kendall. Sentándose en una mesa escritorio, abrió su cartera de documentos y extrajo una carpeta llena de paquetitos.

Cada paquete contenía una hoja de información, acompañada de credenciales. Con la ayuda de esta documentación, Harry podía aparecer, a voluntad, como representante de una fábrica, viajante comercial o negociante de terrenos.

Harry dejó a un lado el paquete de papeles más voluminoso. Este trataba de la fabricación de artículos de mesa. Lo había traído para el caso de que los otros le fallaran. Decidió que no lo necesitaría ahora. Había otro paquete que serviría con más eficacia.

Este último se refería a una empresa conocida por el nombre de Teatros Reunidos. Comprendía una lista de los empleados de la Compañía, los teatros que poseían, los métodos usados y sus principales oficinas.

En el paquete había un sobre conteniendo tarjetas comerciales que ostentaban el nombre de Harry Vincent.

En una hoja de papel, el joven ayudante de La Sombra escribió el nombre de Clayton Landow. Lo agregó al paquete. Guardó todos los otros papeles en una valija. Luego, metódicamente, se puso a estudiar los datos que tenía ante él. Tardaría algún tiempo en aprenderlos.

Era muy tarde cuando terminó su labor. Metió los papeles referentes al teatro en la cartera de negocios y escribió una nota breve en tinta azul: palabras en clave, relativas a su trabajo de esa noche, incluyendo el descubrimiento de que Vic Marquette se encontraba en Nueva Avalon y las manifestaciones del famoso detective.

Metió el mensaje en un sobre. Con otra pluma, que contenía tinta más oscura, escribió la dirección de Rutledge Mann, en el edificio Badger, de la ciudad de Nueva York. Franqueó el sobre y salió de su cuarto para echarlo en el buzón del hotel.

AL regresar, decidió acostarse.

Si Harry Vincent descubriese otras pruebas más, de que sucedía alguna cosa anormal, de que se tramaba alguna operación delictuosa, La Sombra en persona visitaría la ciudad de Nueva Avalon.

Era el método de La Sombra. Ocupado en luchar contra crímenes ya cometidos, enviaba a sus agentes a objetivos determinados para

averiguar si se preparaban otros.

CAPÍTULO X

HARRY ENCUENTRA AL HOMBRE

—BUENAS tardes, señor Vincent.

Harry escrutó al caballero que le estrechaba la mano cordialmente. Clayton Landow, director de la Empresa de Teatros Unidos Kendall, era un hombre de unos treinta años, de mirada franca.

—Perdone —observó Landow, sonriente—. Tengo entendido que vino usted esta mañana y ha pasado varias veces por aquí con el objeto de verme.

—Sí —respondió Harry—. Me dijeron que había salido usted de la ciudad.

—Tengo que cuidarme de unos cuantos teatros —explicó Landow, con una sonrisa—. Paso dos o tres días a la semana recorriendo el circuito. ¿Cuándo llegó usted a esta ciudad, señor Vincent?

—Anoche.

—¿Piensa estar por aquí una temporada?

—Hasta que termine algunas negociaciones con usted.

Landow sonrió Más ampliamente. Cogió la tarjeta que Harry había entregado para solicitar la entrevista.

—Representa usted a la Sociedad de Teatros Reunidos —dijo Landow—. Es una empresa muy importante. No obstante, no veo la relación que puede existir entre su organización y la nuestra.

—Tiene fácil explicación —respondió Harry—. Teatros Reunidos está aumentando su radio de acción. Tenemos el plan de operar en este distrito. Usualmente tratamos con teatros individuales. Nuestro plan pretende una fusión.

—Eso he oído decir —observó Landow—. Absorben ustedes los

teatros individuales como unidades en su organización. No obstante, aquí se trata de una organización que ya constituye una unión. EL grupo Kendall consta de dieciséis unidades.

—Tanto mejor —declaró Harry—. Nuestra proposición es válida para el caso de una agrupación de mayor escala. Mediante una asociación con Teatros Reunidos, los teatros del grupo Kendall fortalecerán su posición en este territorio...

—De ningún modo —interrumpió Landow, moviendo lentamente la cabeza—. Ni lo más mínimo. La Empresa de Teatros Kendall es una organización ya establecida y afianzada. Sé lo que usted puede ofrecernos, señor Vincent. Siento poner término a sus esperanzas. No abrigamos el propósito de llevar a cabo una fusión. Por el contrario, tenemos el proyecto de ampliar nuestra empresa.

La rotunda declaración no desalentó a Harry Vincent. Desempeñando el papel de un hábil organizador de empresas industriales, el ayudante de La Sombra buscaba una excusa en la terminante respuesta de Landow.

—Su opinión es muy natural —declaró—. No obstante, nos hemos encontrado más de una vez con esta situación. La experiencia ha demostrado que cuando empresas como la suya, han aceptado la proposición de Teatros Reunidos, los resultados han sido mejores que cuando se nos han unido los teatros individuales. Naturalmente, creo que si su Consejo de administración examinase nuestra proposición...

—Busca una especie de tribunal de apelación, ¿verdad? —preguntó Landow—. No le censuro, señor Vincent. El director de una empresa no es, desde luego, la autoridad máxima y no pretendo tener plenos poderes. No obstante, nuestro Consejo de administración está plenamente de acuerdo con el señor Kendall.

—¿Foulkrod Kendall?

—Sí. Él es el presidente de la empresa.

—Parece ser que el señor Kendall tiene mucha influencia en Nueva Avalon —observó Harry.

—Así es —repuso Landow—. Este es en cierto sentido, el motivo de mi franca decisión. El nombre de Kendall tiene mucha más importancia en esta comarca que el de Teatros Reunidos. Ello constituye un estímulo a nuestro negocio, señor Vincent.

—Sin embargo...

—Desearía conocer la opinión del señor Kendall. Esto se puede arreglar muy fácilmente. No obstante, no creo que sea necesario. Ya ha oído usted su respuesta... pues yo se la he dado.

La sonrisa de Landow se tornó compasiva cuando observó el aire resignado de Harry. Landow parecía considerar la situación tal como Harry la veía. Por consiguiente, aunque había dado una respuesta categórica, trató de suavizarla al tiempo que disipaba alguna posible duda. Dijo:

—Me imagino lo que piensa. Su visita ha resultado un fracaso. No sólo ha fracasado en Nueva Avalon, sino que en todo el territorio de esta zona. Sería injusto pedir que regrese a Nueva York, sin más informe que el referente a esta breve entrevista conmigo. En consecuencia, le facilitaré una entrevista con el señor Kendall.

—Se lo agradeceré en el alma —respondió Harry—. ¿Me permite una petición? Si yo pudiera hablar con el señor Kendall, en un momento en que no esté ocupado con otros asuntos...

—Puede arreglarse. Una entrevista por la noche sería mejor. ¿Cuánto tiempo piensa estar en Nueva Avalon?

—No más del necesario, ahora que mi propósito parece ser inútil.

Clayton Landow permaneció pensativo. Comprendía la situación de Harry y lamentaba haberse visto obligado a rechazar bruscamente la proposición del representante de Teatros Reunidos. Miró el reloj: señalaba las cinco menos diez. Alzó un auricular y marcó un número.

—Deseo hablar a la señorita Kendall-rogó. Luego, tras una pausa —: ¡Hola, Miriam! Soy Clayton... Sí... A las siete en punto... Por eso te llamaba... Tengo aquí a un amigo al que desearía llevar a cenar... Un amigo de Nueva York... El señor Vincent, representante teatral... Sí, tiene mucho interés por ver a tu tío... Magnífico... Lo llevaré conmigo.

Landow colgó el receptor y se volvió hacia Harry.

—Vendrá usted a cenar conmigo —anunció—. Dan una fiesta en casa del señor Kendall. Le verá usted allí y tendrá ocasión de recordar su visita á Nueva Avalon.

—Se lo agradezco infinitamente —declaró Harry—. Es usted muy generoso al ofrecerme esta oportunidad...

—No se preocupe en vestirse de etiqueta —dijo Landow—. Pasaré por su hotel a las seis y media. ¿Se aloja en el Nueva Avalon, verdad?

—Sí.

Harry Vincent contenía a duras penas su alegría cuando regresaba a su hotel.

Allí se le presentaba la ocasión que necesitaba. Una simple visita en plan de negocios a la oficina de Kendall no habría bastado. Una reunión social en la mansión del millonario ofrecía verdaderas posibilidades.

El tiempo transcurrió rápidamente. A las seis y media, el ayudante de La Sombra se encontraba en el vestíbulo, vigilando atentamente la posible entrada de Vic Marquette, cuando vió entrar a Clayton Landow por las puertas giratorias del hotel.

Harry se reunió acto seguido con su nuevo amigo y partieron en el coche del director teatral en dirección a las oficinas de la ciudad. El automóvil dobló a la derecha de una ancha carretera. Landow formuló un breve comentario al efectuar el viraje.

—Esa carretera —informó—, conduce a la nueva fábrica de vajillas de plata. Ese negocio es verdaderamente maravilloso. Muchos de los empleados viven en las cercanías de la fábrica. Esta carretera nos lleva a la casa de Kendall-dijo Landow.

Tras otro viraje, el coche penetró entre un par de columnas gigantescas. Harry observó una magnífica calzada bordeada de árboles. Luego el auto se detuvo delante de un magnífico palacio, construido a estilo colonial.

Clayton Landow condujo a su huésped al edificio. Un criado los introdujo en un amplio vestíbulo y luego en una lujosa sala, donde Harry fue presentado a un grupo de personas. El agente de La Sombra se encontró de repente estrechando la mano de Foulkrod Kendall.

—Me alegro de conocerle —manifestó el millonario—. De modo que es usted de Nueva York ¿verdad? Bastante lejos de Nueva Avalon. Yo acabo de regresar de allí.

—Podría usted haber recibido su respuesta allí, señor Vincent —observó Landow, con una sonrisa.

—Asistí a la reunión de los fabricantes de vajillas de plata —explicó Kendall—. Constituye mi negocio principal. Los teatros son

una cosa muy secundaria.

—Pero muy atractiva —observó Harry.

—Lo mismo opina el doctor Guyon—rió Kendall—. ¿No es verdad, Conrado?

La pregunta fue dirigida a un hombre alto y cargado de hombros, que estaba al lado. Provocó una sonrisa lenta en los labios del doctor.

Harry había sido presentado a Conrado Guyon, pero ésta era la primera noticia de que dicho caballero estaba interesado en los Teatros Kendall.

—El negocio teatral ha resultado beneficioso —declaró Guyon, en tono reposado pero firme—. Ha sobrepasado mis esperanzas. Debe sorprenderle, señor Vincent, encontrar a un fabricante de vajillas de plata y a un médico interesados en una empresa teatral, con el hijo de un gobernador, actuando de director general.

—Es insólito —reconoció Harry.

—El doctor Guyon invierte sabiamente su dinero —declaró Kendall—. Posee acciones de varios negocios en los que yo estoy asociado. Insiste aún en continuar practicando su profesión de médico, pero ha amasado su fortuna en los negocios.

Harry observó que él y aquellos hombres formaban un grupo aparte del resto. Evidentemente, Clayton Landow lo había preparado, pues acto seguido mencionó el asunto que había discutido con Harry aquella tarde.

El hijo del gobernador empezó:

—Con referencia a la Sociedad de Teatros Reunidos, dije al señor Vincent que podría mencionarlo...

—Landow —me telefoneó a mi despacho—interrumpió Kendall, volviéndose hacia Harry—. Me dijo el motivo de su visita a Nueva Avalon. La respuesta que él le dio es definitiva. Estoy autorizado para tomar una resolución; no obstante, discutí el asunto con el doctor Guyon —que es uno de los mayores accionistas, como yo. Está de acuerdo conmigo. Su opinión es igual que la mía.

El doctor Guyon asentía, solemne y sabiamente, con la cabeza mientras Kendall hablaba.

El millonario continuó: —No dudo de que su proposición tiene sus méritos. No obstante, nuestra decisión es irrevocable. Estamos recogiendo los beneficios que esperábamos. Esto nos impide aceptar

cualquier proposición.

Había un leve reto en el tono de Kendall. El agente de La Sombra lo percibió y movió la cabeza en expresión de asentimiento. Conocía que era aceptado cordialmente en calidad de huésped; como proponente de una operación rechazada, podría perder la amistad de Kendall. Observó en Clayton Landow señales de aprensión. Obró con prudencia, declarando:

—Simplemente, deseaba oír su respuesta, señor Kendall. Aprecio su franqueza. Me permite regresar a Nueva York informando que he hecho todo cuanto era posible. Le deseo sinceramente los mayores éxitos en sus empresas teatrales; y permítame añadir que si algún día quisiera usted modificar su decisión, la Sociedad de Teatros Reunidos tendrá mucho gusto en recibir sus noticias.

Clayton Landow pareció alegrarse de las manifestaciones diplomáticas de Harry. El doctor Guyon seguía moviendo la cabeza en señal de aprobación.

Además de quedar bien con Kendall, el joven ayudante de La Sombra conocía ahora el carácter del millonario y el de dos de sus socios.

Kendall era un hombre dominador. Aunque comercialmente había triunfado, Harry sospechaba que el millonario era muy capaz de intervenir en algún negocio turbio.

El doctor Guyon, por el contrario, daba a Harry la impresión de ser un hombre de ciencia, que había invertido sabiamente sus ahorros en empresas comerciales en marcha. Desde el punto de vista comercial, Guyon no era más que un eco de Kendall, siguiendo ciegamente la dirección de éste.

Clayton Landow, un joven muy simpático, era el futuro sobrino del millonario, por casamiento. Como hijo del gobernador de esa provincia, era probable que el joven prestase distinción a la aventura teatral.

A pesar de su cargo de director general, Landow no era más que un subordinado que recibía todas las órdenes importantes directamente de Kendall.

Los invitados pasaron al comedor. Durante la succulenta cena, Harry trabó conocimiento con una señorita que estaba sentada a su izquierda. Se enteró de otras cosas; de que el doctor Guyon, de reconocida fama como psiquiatra, había sido nombrado

recientemente médico del presidio del Estado, sito en Nueva Avalon; y que el casamiento de Clayton Landow y Miriam Kendall, la sobrina del millonario, se celebraría dentro de tres meses.

No obstante, fue después de terminada la cena, estando los invitados de charla en el salón, cuando ocurrió el principal acontecimiento, en lo que incumbía a Harry Vincent. AL cabo de unos minutos, el ayudante de La Sombra tuvo su éxito final en la ciudad de Nueva Avalon. Anunciaron a un nuevo invitado. Harry se incorporó al entrar el recién llegado en el salón, y vio a un joven alto, inmaculadamente vestido, cuyo rostro distinguido y astuto estaba adornado por un bigote recortado.

Harry no oyó el nombre del recién llegado, hasta el momento de estrecharle la mano. Kendall lo anunció al presentarlo. Dijo el millonario:

—El señor Ronaldo Elverton. Un representante de Highby-Tyson, los mayores fabricantes de vajillas de plata, de Inglaterra. Ha venido a visitar nuestra fábrica.

¡Ronaldo Elverton!

El nombre repiqueteó en los oídos de Harry. Este era el hombre, que él había venido a buscar. Una vez que Elverton llegase a Nueva Avalon, tenía que notificárselo a La Sombra.

Elverton pasó a hablar con otros del grupo. Harry Vincent observó el perfil del lechuguino. Se despertaron sus sospechas. El ayudante de La Sombra sonrió para sí al formular el siguiente comentario mental: «¡Si ese individuo es de la casa Highby-Tyson, yo soy el representante de Teatros Reunidos!»

El ayudante de La Sombra estaba seguro de haber descubierto a un gangster hábilmente disfrazado. Elverton, un invitado en la casa de Foulkrod Kendall. ¡Había dado con su paradero por medio del millonario!

Esa noche, Harry remitiría un telegrama a Nueva York. Su mensaje, redactado en una fraseología inocente, informaría a Rutledge Mann que la búsqueda había terminado. Recibiría una respuesta, indicándole que se quedase o no en Nueva Avalon.

Tratándose de un crimen que se fraguaba, sea cual fuese su carácter, la tarea incumbía a La Sombra.

¡Harry Vincent había encontrado al hombre!

CAPÍTULO XI

KENDALL DA ORDENES

A la tarde siguiente, Clayton Landow recibió una sorpresa cuando un “botones” entró en su despacho, anunciando que Foulkrod Kendall estaba afuera.

Rara vez visitaba el millonario las oficinas de los Teatros Kendall.

Habitualmente, Landow era llamado al despacho particular de Kendall, en el rascacielos Kendall.

Landow se precipitó hacia la puerta para recibir a su jefe. Kendall entró pomposamente en el despacho y señaló a Landow que cerrase la puerta.

Cuando estuvieron solos, el millonario, sentado al lado de la mesa escritorio de Landow, formuló una pregunta rápida:

—¿Qué sabe de ese tal Vincent? ¿Está aún en Nueva Avalon?

—Creo que sí —respondió Landow con sorpresa—. Me telefoneó esta mañana. Manifestó que esperaba partir esta noche.

—¡Hum! —gruñó Kendall—. Sería mejor que se hubiese marchado ya.

—¿Por qué?

—Porque no me gusta. Es suficiente, ¿no es verdad?

—Pues me pareció que Vincent era un muchacho simpático.

—Sí, socialmente —reconoció Kendall—. Pero ¡quién sabe qué se trae entre manos!

—¿Referente a nuestros teatros?

—Indirectamente. Hemos aplastado toda competencia, pero ha habido varias tentativas de abrir teatros rivales.

Clayton Landow asintió con la cabeza.

Kendall continuó:

—¿Y si ese Vincent tiene el proyecto de abrir algunos teatros independientes? Podría significar una agrupación rival, dirigida por Teatros Reunidos.

—Esto no estaría en consonancia con los métodos de Teatros Reunidos —repuso Landow—. No hay que temer nada al respecto.

Foulkrod Kendall continuó murmurando, enojado. Se paseó de un extremo a otro del despacho con aire preocupado. Declaró así:

—No podemos estar demásiado seguros de nuestros directores teatrales. Pueden seducirles, si es que existe algún plan. Esto significa que hemos de adoptar métodos más severos en nuestras operaciones.

—Nuestro sistema está bien organizado-observó Landow, tímidamente.

—Puede mejorarse —objetó Kendall—. Puedo señalar una cosa, para empezar. La recaudación de la semana. Quiero intervenir e inspeccionar personalmente los ingresos.

—Muy-bien, señor Kendall.

—La operación se realiza de una manera defectuosa —declaró Kendall—. Las listas se confeccionan el lunes, por la mañana. Los directores van a sus Bancos locales y entregan el dinero a cambio de papel moneda. Luego usted cobra; pero deja un residuo.

—De quinientos a mil dólares en plata, según la importancia de los ingresos en taquilla.

—Eso tiene que terminar-indicó Kendall —. Quiero recibir el total de los ingresos. Que cambien toda la plata por papel, todos los lunes, a las nueve de la mañana.

—Entonces les hará falta cambio —objetó Landow.

—De ningún modo —declaró Kendall—. Tengo ya resuelto ese problema. Mire, Landow.

Condujo al joven a la ventana y señaló hacia el fondo de la calle. Landow observó un camión blindado, parado delante del edificio. Dos hombres, vestidos de uniforme estaban al lado.

Rió Kendall:

—Lo he traído para que lo viese. Lo tenía en la fábrica, pero ya no lo necesitamos allí. Ese camión saldrá todos los lunes, por la mañana. Recorrerá el circuito de teatros antes de que abran. Mil dólares de cambio para cada director.

Tras una pausa, añadió:

—Esto significa que podrán entregar todo el dinero, realizando una operación separada. No me inspiran confianza esos directores, Landow. Ordéneles que entreguen la totalidad de los ingresos. Nosotros nos cuidaremos de facilitarles el cambio.

Landow murmuró: —Complicará el trabajo.

—Lo simplificará —replicó Kendall—. Cuando usted recoja los ingresos, el camión pasará a recogerle a usted, para llevarle al despacho de la fábrica. Nuestros contadores lo revisarán. Luego ingresará en los depósitos del Banco. Recuerde, Landow, yo soy el director de los Teatros Kendall. Hay otros accionistas, a quienes debe protegerse.

Clayton Landow no veía la necesidad de implantar este nuevo sistema. Al mismo tiempo, era idea de Kendall y relevaba al joven de toda responsabilidad.

Los ingresos de taquilla, el papel moneda de los Bancos de la localidad y de la comarca, hasta el último céntimo ingresado en los teatros durante la semana, pasaría por las manos del joven a la oficina de Kendall.

Cada teatro, a su vez, recibiría separadamente una cantidad considerable de plata, para usarse durante la semana.

Mientras Landow consideraba la nueva disposición, Kendall empezó a hablar de otra faceta del negocio.

—Observo que hay un derroche de esfuerzos en relación con estos teatros —se quejó el fabricante—. Veo la posibilidad de que el trabajo sea más eficiente. Comprenda bien —el tono del millonario se tornó paternal—: no quiero criticarle. Mi objeto es darle un buen consejo. Soy un organizador, un creador, y por este motivo he tenido éxito en mis negocios.

—Comprendo —repuso Landow—. Creo que he realizado bien mi trabajo; pero también opino que pueden introducirse algunas mejoras.

—Debemos empezar desde la base —dijo Kendall—. Preveo una competencia peligrosa. Hemos de organizarnos de una manera tan perfecta que si Teatros Reunidos intenta competir con nosotros, salgamos victoriosos.

El millonario permaneció junto a la ventana, mirando hacia la calle.

La visión del camión, que ahora se marchaba, le recordó

evidentemente la cuestión del taquillaje.

—El nuevo sistema entra en vigor inmediatamente —anunció—. Llevaremos un registro en mi oficina, para verificarlo con el suyo. Enséñeme los libros de contabilidad que ha usado.

Clayton Landow fue a la caja de caudales de la oficina. Sacó unos paquetes de listas. Las extendió para que Kendall las inspeccionara. El millonario revisó un libro grande primero.

—Observe cómo llevo anotados los ingresos de cada teatro —explicó Landow.

—¿Y éstos? —inquirió Kendall, indicando los libros más pequeños.

—Son libros viejos de los teatros individuales —dijo Landow—. Los recojo y verifico con los míos; y los guardo de acuerdo con nuestro plan.

—¿Cuánto tiempo se proponen conservar esta serie de libros de contabilidad viejos?

—Hasta que nos lleguen las listas nuevas. Tengo la costumbre de conservar tres series de listas, cada serie abarca un período de tres meses.

—Guárdelas todas, desde ahora en adelante. Quizá resulten útiles en el futuro.

—Las listas se pasan a mi libro de contabilidad...

—Lo sé. Por tanto, son innecesarios. Al mismo tiempo nos descubren los métodos de cada uno de los directores. Guarde las listas viejas aquí.

Los modales bruscos de Kendall terminaron. Empezó a hablar de otros asuntos... Mencionó que no pensaba volver a su casa hasta muy tarde, aquella noche.

El próximo casamiento entre el joven Landow y la sobrina de Kendall, Miriam, era del agrado del millonario. Hiram Landow, el padre de Clayton, era una personalidad, un hombre poderoso en la política del Estado.

Como gobernador, favorecía el desarrollo industrial. Foulkrod Kendall sabía que Clayton Landow servía de eslabón entre él y el jefe del Estado.

Clayton Landow tenía el propósito de visitar á Miriam Kendall, pero no hasta después de las ocho. Decidió cenar en el hotel Nueva Avalon. Fue a su piso, cambió de ropa y llegó al hotel a las seis y

media.

En el comedor, vió casualmente a Harry Vincent, sentado en una mesa de un rincón. Landow fue a sentarse a la mesa del joven ayudante de La Sombra.

Clayton no estaba de acuerdo con la opinión que Foulkrod Kendall tenía de Harry Vincent. EL hijo del gobernador tenía el convencimiento de que Harry había ido a Nueva Avalon por un motivo legítimo, puramente comercial; y que fracasado su intento, regresaría a Nueva York.

Por esta razón, sintió un gran alivio cuando Harry, manifestó que abrigaba la intención de partir en el tren de las diez.

Terminada la cena, ofreció llevar a Harry a la estación para sacar los billetes. El ayudante de La Sombra aceptó. Llegaron a la estación a las siete y media. Landow acompañó a Harry cuando éste sacó los billetes. Regresaron al hotel. Se apearon del coche y Landow tendió la mano para despedirse.

En aquel momento se oyó un ruido sordo que provenía de las nubes. Landow alzó la vista y vió las luces de un aeroplano que pasaba por encima de Nueva Avalon.

—Alguien que se dirige al aeródromo-observó.

—¿Dónde está enclavado? —preguntó, Harry.

—En el Sur de la ciudad —informó Landow—. Hay un servicio de taxis. Los viajes en avión son todavía una novedad en esta región.

Después que Clayton Landow se hubo marchado Harry entró en el hotel.

Miró a su alrededor para ver si Vic Marquette no se encontraba en el vestíbulo. Asegurado de esto, se aproximó al mostrador y dijo al dependiente que se marchaba.

—Voy a tomar el tren de las diez para Nueva York —explicó—. ¿Puedo permanecer en mi cuarto, hasta las nueve y media?

—Seguramente, señor Vincent.

Una vez que estuvo en su habitación, Harry terminó de preparar sus maletas, luego se sentó en la mesa de escritorio y escribió un breve informe. Lo metió en un sobre que lacró e introdujo a su vez en un segundo sobre que preparara la noche anterior.

Depositó los dos encima de la mesa y llamó al mozo para que subiera a recoger su equipaje.

Eran poco más de las nueve cuando Harry salió con el mozo. El joven cerró con llave la puerta del cuarto. Descendió al vestíbulo y pagó la cuenta, pero se guardó la llave. Como si se hubiese olvidado de alguna cosa, volvió a subir a su piso. Abrió la puerta de su habitación.

Cuando Harry salió del cuarto anteriormente dejó una luz encendida: la lámpara de la mesa de escritorio. La luz continuaba encendida. No obstante, había ocurrido un cambio. Harry, cuando salió, había dejado sus dos sobres al pie de la lámpara encendida.

Aquellos sobres habían desaparecido.

Harry sonrió. Había calculado con precisión el tiempo. El aeroplano que pasara por encima de su cabeza; las manifestaciones de Landow referente, al servicio de taxis entre el aeródromo y la ciudad, ambas cosas explicaban el misterio de los sobres desaparecidos.

Alguien había venido del aeródromo para visitar la habitación de Harry, y la había abierto con una llave maestra. El joven sabía quién era esa persona.

¡La Sombra!

CAPÍTULO XII

LOS MALHECHORFS CONFERENCIAN

FOULKROD Kendall había dicho la verdad al manifestar que se dirigía hacia su fábrica.

El millonario era un hombre que no pensaba más que en los negocios.

Frecuentemente iba de noche a la fábrica.

Clayton, cenando con Harry Vincent, indicó el paradero de Kendall cuando se mencionó el nombre del millonario. El plan de Kendall, de visitar la fábrica esta noche, fue incluido en el informe final de Harry Vincent a La Sombra.

Sin embargo, antes de que el rey de la noche recibiese el informe, Foulkrod Kendall ya había llegado a la oficina de la fábrica, a esperar la llegada de un visitante extraordinario. Un golpecito en la puerta excusada del lujoso despacho de Kendall, indicó al millonario que el esperado visitante había llegado.

Kendall abrió la puerta. «Chistera» Elverton entró. El bandido de guante blanco sonrió al aproximarse al millonario.

Observó:

—Esta puerta excusada es una gran idea. No tuve la menor dificultad en encontrarla.

—La deje abierta para usted —informó Kendall—. Suelo entrar por aquí. Y servirá para usted. Tome una llave para cuando tenga que entrar.

—¿Cómo va el trabajo?

—Venga. Se lo enseñaré.

Kendall abrió la marcha a través de un despacho desierto y luego por un corredor. La fábrica tenía varios pasillos y «Chistera» comprendió en seguida que Kendall podía entrar y salir sin

encontrarse con ningún vigilante u obrero.

Percibíase el ruido sordo de una maquinaria en marcha. Kendall explicó que en la fábrica trabajaba un turno de noche.

«Chistera» sonrió. No tenía importancia el que fuese un trabajo legal o un subterfugio. Sería muy útil que por las noches la fábrica desarrollase alguna actividad. Era cuando los monederos trabajaban a escondidas.

Kendall se detuvo delante de una puerta. La abrió con la misma llave que servía para la puerta de escape de su oficina. Dio en voz baja una explicación a “Chistera” Elverton.

Dijo el millonario:

—Este es mi laboratorio. Solamente yo y determinados operarios pueden entrar aquí. Es una costumbre aceptada en la fábrica. Además, posee su propio almacén, que está bien provisto de la aleación necesaria para nuestro trabajo.

Kendall dio unos golpecitos en una puerta interior. Esta se abrió. «Chistera» entró con el millonario en un taller. La habitación no tenía ventanas; Estaba bien alumbrada. La ocupaban tres hombres que saludaron prontamente con la mano a “Chistera” Elverton.

Cyrus Barbier, Tony Cuno y Tim Mecke formaban el trío. Barbier, con mono y anteojos, hallábase de pie junto a una máquina, lista para trabajar.

Cuno llevaba también ropas de trabajo; Mecke un uniforme de chofer.

Kendall preguntó: —¿Qué le parece?

—Magnífico —respondió “Chistera”—. Está sacando buen provecho de mis hombres. Veamos cómo se mueven esas ruedas.

Cyrus Barbier sonrió. Murmuró unas palabras y Tony Cuno se fue a su puesto. Tim Mecke se reunió con Kendall y “Chistera”. A una orden de Barbier, Tony levantó una palanca. La máquina empezó a zumbir.

“Chistera” Elverton contemplaba jubiloso el funcionamiento de la máquina.

Discos de metal reluciente caían en rápida sucesión en un recipiente situado debajo. Barbier gobernaba la máquina; Tony Cuno la alimentaba.

Explicó Kendall:

—Ya tenía el equipo. Los corta discos, las máquinas de

estampar, etc. Ellos suministraron los moldes. El metal... ése es el verdadero secreto.

El millonario introdujo la mano entre los discos que caían y cogió un puñado. Echó unos medios dólares relucientes en las manos ávidas de «Chistera». El ladrón de guante blanco los sonó y los pesó. Los volvió echar en el recipiente y palmoteó alegremente la espalda de Kendall.

—¡Es maravilloso! —exclamó entusiasmado—. ¡Mírelos caer! Pero... ¿resistirán la prueba?

—Venga al almacén-sugirió el millonario.

«Chistera» siguió al fabricante. Llegaron a una habitación espaciosa, de paredes sólidas y allí observó «Chistera» grandes montones de tiras de plata.

Examinó uno de los artículos en forma de cinta y notó su espesor.

Explicó Kendall:

—Para los medios dólares. Estas otras traen el espesor adecuado para las monedas de un cuarto de dólar y de diez centavos. Hacemos esta clase de trabajo en nuestra fábrica. Nadie sabe ni sospecha nada.

Volvieron a la sala donde la máquina iba produciendo moneda falsa.

Kendall mostró a «Chistera» varias cajas donde habían monedas que servían de muestra.

Cogió un puñado de piezas de diez centavos y señaló una característica.

—Fechas antiguas —observó el millonario—. Y no son demasiado relucientes. Fue una verdadera suerte, Elverton, que mandase a Barbier aquí. Desde ahora en adelante, la fabricación de vajillas de plata será una broma. Aquí está el dinero.

«Chistera» sonrió. Luego señaló hacia las monedas y formuló una pregunta:

—¿Ha dispuesto la manera de colocarlas? —preguntó—. Usted conoce mi sistema, salir de viaje y pasarlas...

—Después —interrumpió Kendall—. Volvamos a la oficina, Elverton. Allí se lo explicaré todo.

Los dos compinches salieron. Dejaron a Barbier y a Cuno trabajando. Tim Mecke amontonaba las monedas en un banco. El

ruido de la máquina dejó de oírse cuando Kendall y «Chistera» hubieron franqueado la puerta exterior.

En su oficina, Kendall indicó a “Chistera” que tomara asiento. En tono reposado, el millonario empezó a bosquejar el estado de los planes. Sus primeras palabras se refirieron a la instalación de los hombres.

—Será prudente —dijo—, que visite tan sólo de tarde en tarde mi casa. En realidad, sería mejor que yo dijera que usted se marchó de Nueva Avalon y que espera regresar después de realizar una pequeña excursión por el distrito.

«Chistera» Elverton asintió con la cabeza.

—Barbier y Cuno, trabajan de noche—continuó Kendall—. Son dos de los muchos empleados de mi fábrica. Residen en una casa de las afueras de la colonia vecina. Tim Mecke vive allí también. Será un elemento valioso. Lo he colocado en el camión blindado, que utilizo para transportar el dinero de los jornales semanales. No obstante, su único trabajo consistirá en distribuir la moneda de plata.

—¡Ah! —exclamó «Chistera»—. ¿Ya ha trazado el plan?

—Sí —respondió Kendall—. Más antes de tocar este punto, le hablaré de nuestra producción. Yo estaba dispuesto a inundar el mercado con vajillas Kendall de bajo contenido de plata, la aleación que pasa por plata de ley, he invertido miles de dólares en ese material, que ahora será usado exclusivamente para fabricar moneda.

—Muy bien pensado —comentó “Chistera”—. No quiere usted realizar beneficios con la vajilla.

—Fabricaré vajillas de plata de ley—declaró Kendall—. Las venderé a un precio bastante bajo para sostener las manifestaciones que hice a otros fabricantes. Puedo, permitirme el lujo de perder un poco de dinero en las vajillas de plata, si es necesario. La máquina está produciendo monedas a montones.

Tras una pausa, agregó:

—Desde luego, la producción tendrá mayor valor cuando se fabriquen las monedas de medio dólar. Las piezas de un cuarto de dólar son interesantes también. Estarnos concentrando nuestros esfuerzos en la producción de reservas de esa moneda; luego podremos producir las de diez centavos.

—El coste —sugirió «Chistera»—. ¿Qué me dice al respecto?

—Le sorprenderá a usted, Elverton —respondió Kendall—, al decirle que esta aleación cuesta dos centavos por dólar. Ese precio de coste tan bajo ha sido posible debido a la baja actual del mercado de la plata, lo cual me ha permitido adquirir grandes cantidades.

»Tengo el propósito —continuó—, de mandar mil dólares en plata a cada uno de los Teatros Kendall, los lunes por la mañana. Los teatros más importantes pueden absorber cantidades mayores. En consecuencia, calculo una salida de veinte mil dólares. Costándonos dos mil, el beneficio neto asciende a mil ochocientos por semana.

«Chistera» Elverton silbó entre dientes.

—¿Puede la máquina mantener este ritmo de producción? —inquirió.

—Tengo la intención de instalar una segunda máquina —explicó Kendall—. Además, dispongo de otros medios para colocar el dinero. Los almacenes de la Compañía y varias empresas de las que soy accionista; éstas pueden usar nuestras monedas de plata. No obstante, obraré con prudencia. Los teatros ofrecen un medio seguro de hacer pasar el dinero. ¡Por medio de ellos desencadenaremos un azote de plata que se extenderá por todo el país!

—¡Podemos ganar un millón por año! —exclamó «Chistera».

—Mucho más —repuso Kendall—, cuando hayamos creado otros medios de dar salida a las monedas. No obstante, el plan actual servirá para el presente. He actuado con suma cautela, Elverton. Toda la recaudación de los teatros será traída aquí, en billetes de Banco. Los lunes por la mañana se suministrará a los teatros plata procedente de mis camiones blindados.

»Al parecer —prosiguió—, me estaré ocupando de los depósitos que tenemos en los Bancos y recibiendo monedas de plata mediante una orden especial. En realidad, los billetes se depositarán en diferentes Bancos, gran parte en otras ciudades. Tim Mecke vigilará el transporte de las cajas llenas de monedas de plata. Varias muchachas las meterán en paquetes redondos para distribuirlos a los teatros.

—Es muy sencillo —añadió—. Una cadena interminable que

pasará muy natural. Nadie más que nosotros sabrá que las monedas salen de la fábrica.

—EL plan parece perfecto —declaró “Chistera”—. No obstante, es tan grande que me aturde. Esta es la operación más grande que he oído en mi vida. Es tan bueno que temo que alguna cosa nos la estropee.

—Bien pensado —observó Kendall.

—Alguno de sus accionistas-sugirió “Chistera”—. Por ejemplo, el doctor Guyon. Le conocí en su casa de usted anoche.

—No tema nada sobre este particular-sonrió Kendall—. Hay muchos accionistas en mis negocios; pero todos están muy dispersos. Conrado Guyon es una excepción. Posee varias acciones, pero tiene confianza absoluta en mi habilidad comercial. Puedo cuidarme muy bien de Guyon, No se preocupe.

«Chistera» rió.

—Sin embargo-prosiguió Kendall—, existe un peligro, que usted, no ha observado. Me refiero a otro hombre que usted conoció anoche.

—¿En qué situación se encuentra?

—Es director general de los Teatros Kendall. Ya está intrigado por las nuevas disposiciones que he dictado relativas a los fondos.

—¿Quién?

—Clayton Landow. EL hijo del gobernador.

—Va a casarse con su sobrina.

—Exacto. Por esta causa ocupa su actual cargo. No obstante, el joven Landow es demasiado honrado y demasiado observador. No puedo destituirle y su cargo actual puede perjudicarnos.

—¿Cómo va a resolver este problema?

Foulkrod Kendall continuó sonriendo. Tamborileó en la mesa pensativamente mientras escrutaba a «Chistera» Elverton. Luego, sacando una mano de un bolsillo, tiró una llave á su compinche.

—¿Qué es esto? —preguntó el ladrón aristócrata.

—Supongo, Elverton —dijo Kendall—, que es usted un hombre muy hábil en otras artes. ¿Ha practicado usted alguna vez el arte de la falsificación?

«Chistera» esbozó una sonrisa y asintió con la cabeza.

—Entonces, su trabajo —continuó Kendall—, le será fácil. Aquí tiene —el millonario presentó un trozo de papel— la combinación

de la caja de caudales de las oficinas del joven Landow. En aquella arca están los libros de contabilidad de Landow, como también las cantidades entregadas a él por los directores de los teatros.

«Trabaje en estas listas —añadió—. Aumente el importe de las entradas que parezcan menores de lo habitual. Deje los totales tal como están; pero procure que aparezcan cantidades anotadas encima de las raspaduras. ¿Me comprende?

—Comprendo—sonrió «Chistera» —. Poseeremos pruebas acusadores contra él. Dará la impresión de que falsificó los totales antes de asentarlos en su libro.

—Exacto —dijo Kendall—. Pero cuando se revisen los libros, faltarán varios miles de dólares. Puede acusarse á Landow del robo de ese dinero.

—Lo cual le hará callar.

Foulkrod Kendall se incorporó.

—Me marcho a mi casa —declaró—. Clayton Landow se encontrará allí, visitando a mi sobrina. Vaya a su oficina. Póngase a trabajar. Cuando él salga, yo le telefonearé a usted. Suele visitar la oficina de noche. Mi llamada le dará a usted tiempo para escabullirse.

Los dos compinches salieron por la puerta excusada. Foulkrod Kendall se marchó por un lado; «Chistera» Elverton por otro.

Eran las diez cuando el millonario llegó a su residencia. Encontró a su sobrina y a Clayton Landow conversando en el gabinete.

Kendall charló con ellos un rato; Luego fue a una habitación contigua donde tenía una mesa de escritorio. Dejando cuidadosamente la puerta entornada, oyó a Landow hablar a la muchacha.

Había una ventana en esta habitación de la planta baja. La persiana no estaba echada: el cristal, que daba a un jardín oscuro, no era más que un rectángulo negro.

Lentamente el marco de la ventana empezó a levantarse, hasta quedar en el fondo una pequeña rendija visible. Por aquel espacio, unos ojos agudos escrutaban y unos oídos invisibles escuchaban.

¡La Sombra había llegado!

Dieron las once. Kendall oyó un ruido procedente de la otra habitación.

Levantóse y abrió la puerta. Habló a Clayton Landow.

—No se va ya, Clayton, ¿verdad? —preguntó.

—Muy pronto —respondió el hijo del gobernador—. Le estaba diciéndole a Miriam que tengo que ir a la oficina.

—Entre a verme unos minutos antes de marcharse —sugirió Kendall. Esta vez el millonario cerró la puerta tras sí. Cogió el teléfono y marcó un número. Oyó la voz cautelosa de «Chistera» Elverton a través del hilo.

—¿Cómo va eso? —preguntó—. ¡Ah! Excelente... ¿Bastará un cuarto de hora? Bien... EL vendrá a mi oficina. Lo entretendré un cuarto de hora... Bien... Me alegro de que pueda terminarlo de una sola vez.

Kendall sonrió al colgar el receptor. Se incorporó para volver al gabinete y asegurarse de que Landow estaba aún allí.

EL millonario notó una corriente de aire; antes de que pudiera volverse para ver de dónde provenía, la ventana ennegrecida deslizóse suavemente para volver a su sitio. La Sombra se había marchado.

Un cuarto de hora más tarde, una figura fantasmal apareció delante del edificio donde Clayton Landow tenía su oficina.

La figura de La Sombra surgió, momentáneamente, a la vista. Se dirigió hacia la puerta ennegrecida del edificio, y se fundió en la oscuridad.

Un hombre salía, con sigilo, del edificio.

Pasó por el lugar donde el rey de la noche estaba parado. Satisfecho de que no había nadie a la vista, el hombre penetró en una zona de luz.

Su rostro sagaz y aristocrático quedó visible. La Sombra conocía su identidad. El merodeador era «Chistera» Elverton. No cabía duda de ello.

Elverton se encaminó tranquilamente hacia un lugar donde un taxi estaba parado. Habló al chofer. Escuchando desde la oscuridad, La Sombra oyó sus palabras.

—Quiero ir a un pueblo vecino —anunció «Chistera»—. A Hampstead, al hotel Palace. ¿Conoce usted el lugar?

—Sí —contestó el chofer.

EL coche arrancó. La Sombra permaneció envuelto en la oscuridad. Unos minutos después, llegó un automóvil. Un hombre

se apeó y entró en el edificio de donde «Chistera» Elverton había salido. EL recién llegado era Clayton Landow.

De nuevo, La Sombra permaneció en la calle silenciosa y desierta. Una risa suave brotó de unos labios invisibles. Sus tonos sarcásticos indicaban que comprendía lo sucedido.

Clayton Landow era víctima de alguna trama urdida por alguien que quería perjudicarlo. «Chistera» Elverton, aposentado en el hotel de un pueblo vecino, trabajaba con Foulkrod Kendall, en Nueva Avalon.

Recordando el informe de su ayudante Harry, La Sombra relacionó ciertos detalles importantes.

Esto no podía ser más que una fase secundaria de un proyecto de mayor envergadura. El objetivo que uniera a Kendall y a Elverton debía consistir en alguna estafa gigantesca, que entraba ahora en una etapa culminante de su desarrollo. La Sombra adivinó la verdad; vió que Clayton Landow iba a ser usado como instrumento para la realización de una fechoría.

Los tonos escalofrantes de la risa de La Sombra agonizaron en el aire de la noche.

Cuando Clayton Landow regresó a su automóvil poco rato después, la calle estaba desierta.

Unos malhechores habían trabajado esa noche. La Sombra, aunque no llegó a tiempo para sorprender su conferencia secreta, había vislumbrado el plan criminal.

CAPÍTULO XIII

MARQUETTE BUSCA AYUDA

HABÍAN transcurrido varios días desde la llegada de La Sombra a Nueva Avalon.

El plan adoptado por Foulkrod Kendall iba desarrollándose automáticamente. Desde su llamada telefónica a «Chistera» Elverton, en la oficina de Clayton Landow, el millonario había procedido con suma cautela.

Ignoraba la presencia de La Sombra. No tenía la menor idea de que Vic Marquette, el detective, se encontraba en Nueva York. Era simplemente una cuestión de táctica y cautela natural el que entrase y saliese de su oficina sin motivar la más leve sospecha de sus movimientos.

De este modo, inconscientemente, había despistado a La Sombra y a Marquette. El rey de la noche, sospechando que el millonario era un delincuente, había hecho acto de presencia casi permanente en el palacio de éste. Su figura siniestra e invisible había estado allí para escuchar las conversaciones y las llamadas telefónicas de Kendall.

Además, había visitado secretamente el pueblo de Hampstead, para observar los movimientos de «Chistera» Elverton. El ladrón aristocrático no había telefoneado a Kendall, ni se había puesto en comunicación con él.

La dificultad de Vic Marquette consistía en que no podía descubrir el menor rastro de Cyrus Barbier y su compañero Tony Cuno. El detective había llegado al punto de creer, que los dos sujetos habían continuado su viaje.

La Sombra, a pesar de su maestría en el arte de la deducción, encontraba que la situación era sorprendente. Buscaba el eslabón

que unía a Kendall con Elverton; y el eslabón no aparecía.

Vic Marquette, por otra parte, no abrigaba la menor sospecha de que Foulkrod Kendall estuviese fraguando alguna cosa delictiva.

Así, mientras dos observadores esperaban, el brillante plan de falsificación de moneda de Kendall seguía adelante. Tim Mecke, trabajando en la fábrica y conduciendo el camión blindado, ayudaba a distribuir la primera remesa de moneda falsa.

La noche había cerrado sobre Nueva Avalon. Vic Marquette, habiendo distraído su mente asistiendo a una función en el Teatro Kendall, dirigíase hacia el hotel Nueva Avalon, golpeando negligentemente una moneda de medio dólar que le habían dado de cambio en la taquilla.

La moneda resonó cuando la uña de Vic la tocó. Cayó con su efecto normal en la palma de la mano de Vic. Para Marquette, un hombre que conocía al instante el dinero falso, esta moneda era buena. ¡Poco pensaba él que aquella pieza había sido fabricada hacía menos de tres días, en el término de Nueva Avalon!

Aunque Vic Marquette era un hombre muy observador, no sospechó que unos ojos agudos y escrutadores le vigilaban cuando cruzaba la calle.

El famoso, detective cruzó el vestíbulo y tomó el ascensor para dirigirse a su cuarto. Aquí, unos minutos después, tampoco se percató de que le observaban.

La puerta de una habitación contigua, situada en un rincón oscuro, estaba ligeramente entornada. Unos ojos vigilantes y unos oídos que escuchaban se hallaban detrás de aquella puerta.

La Sombra, terminados otros trabajos de investigación aquella noche, se había impuesto la tarea de vigilar a Vic Marquette. El rey de la oscuridad había tomado esta medida con un propósito definido.

Se tramaba alguna fechoría en Nueva Avalon. La Sombra lo sabía. Vic Marquette se encontraba en Nueva Avalon, ¿Por qué? La Sombra tenía la intención de averiguarlo.

Existían muchas fases de la delincuencia que podían interesar a Marquette; cualquiera de ellas, para atraer a un detective tan hábil como Marquette, debía ser muy importante.

En el pasado, La Sombra se había cruzado en el camino el Vic Marquette con resultados sorprendentes. Esta noche, en Nueva

Avalon, La Sombra trabajaba sobre la posibilidad de que podía descubrirse un eslabón.

Lo que La Sombra sabía podía ser de enorme valor para Vic Marquette; lo que el detective buscaba podía ser importante para La Sombra.

Los movimientos de VÍc indicaban que estaba resignado. El detective empezaba a preparar sus maletas. En todos los sentidos, estaba disgustado de los resultados obtenidos en Nueva Avalon.

Vic cogió el teléfono. Averiguó que dentro de media hora salía un tren para Nueva York. Levantando la maleta, se dispuso, a partir.

Hubo un movimiento en la puerta oscura. Una mancha negra se deslizó sobre el suelo. La Sombra meditaba la conveniencia de obrar de una manera directa, de abordar a Vic Marquette. Había surgido una situación crítica.

Debía buscarse una solución.

La elevada silueta de un ser fantasmal apareció en el extremo del aposento.

Una figura vestida con una capa negra; una prenda que mostraba un forro carmesí, hallábase de pie, completamente visible. Unos ojos ardientes aparecían bajo el ala del sombrero de La Sombra.

Vic Marquette se detuvo y puso la maleta en el suelo. Volvióse hacia el extremo del aposento, pero no vió a La Sombra. En el rostro de Vic Marquette se reflejó una expresión meditabunda.

Ensimismado en sus pensamientos, el famoso agente de la secreta se dirigió hacia la figura espectral, sin percatarse de su presencia. El objetivo de Marquette era el teléfono. Lo alzó y marcó un número.

¡La escena era asombrosa!

Vic Marquette, mirando con aire pensativo la pared lateral del cuarto mientras tenía el auricular en la mano; La Sombra, a menos de un metro de distancia, clavaba la mirada en el rostro moreno del famoso agente!

Desde distancia tan corta, La Sombra pudo observar que Vic había tenido una súbita inspiración.

—¡Hola! —la voz de Marquette habitualmente reposada, vibraba de ansiedad ahora—. ¿Está ahí el detective Cady?... Magnífico... Deseo verle a Usted._ No, no puedo darle mi nombre hasta que le

vea a usted... habitación número cuatrocientos dieciocho, hotel Nueva Avalon... ¿Puede venir ahora?... Se trata de un asunto que le interesará mucho, y que tiene mucha importancia para usted... Lo comprenderá usted en cuanto se lo explique personalmente...

Los ojos de Vic Marquette chispearon de satisfacción cuando colgaba el receptor.

Mientras Vic telefoneaba, La Sombra también se ponía en movimiento. Con los ojos fulgurantes clavados en el perfil del rostro del agente, La Sombra retrocedió lenta y silenciosamente hacia la puerta por donde había entrado.

La elevada figura se convirtió en una mása de negrura. Desapareció como por arte de magia.

Cuando Vic Marquette miró casualmente en dirección de la puerta, no vió nada más que el maderamen. Esta vez la puerta estaba herméticamente cerrada.

EL agente de la secreta pasó de un extremo a otro de la habitación, unos veinte minutos. AL fin, oyó un golpecito en la puerta... Aproximóse con premura para abrir a un hombre alto y de rostro cadavérico que le dirigió una mirada recelosa al entrar.

—¿Deseaba usted verme? —preguntó el recién llegado.

—¿Es usted el detective Donald Cady? —interrogó Marquette.

—EL mismo —respondió el otro—. ¿Quién es Usted?

Vic cerró la puerta. En ese mismo momento, la puerta oscura, situada cerca del fondo del cuarto, movióse lentamente hasta quedar ligeramente entornada. La Sombra escuchaba una vez más lo que se hablaba aquí.

Vic Marquette levantó la solapa de su americana. Cady vió el brillo de la insignia del agente federal y movió la cabeza en señal de comprensión.

—Me llamo Marquette —anunció Vic—. He venido aquí a realizar una misión importante... y necesito su ayuda.

—Hable —dijo Cady, sentándose.

—Busco a un par de monederos falsos-declaró Marquette —. A dos sujetos llamados Cyrus Barbier y Tony Cuno. Uno es un pájaro viejo y cargado de hombros; el otro, un italiano. Debería ser fácil localizarlos; pero no he dado con su paradero.

Marquette sacó un pliego de papel de un bolsillo y leyó una descripción detallada de los dos hombres. Cady escuchaba; La

Sombra también. Conocía estos nombres por el informe de Harry Vincent, más no había sido informado de las actividades de los individuos ni de su aspecto.

Preguntó Cady con evidente curiosidad:

—¿Cree usted que están en Nueva Avalon?

—Es posible —respondió Marquette.

—¿Por qué no nos lo comunicó, entonces!

—Le diré el motivo. Estos individuos son muy hábiles. Se me escabulleron en Nueva York. Son lo bastante astutos para percatarse de que la policía les busca. Por esta razón telefoneé a usted y no a la jefatura local.

—¿Porqué á mí?

—Estudio el terreno cuando llego a un lugar, Cady. Me enteré de que era usted un detective muy sagaz. Esta noche me disponía a abandonar la búsqueda y regresar a Nueva York; luego decidí llamar a usted antes de marcharme.

»He estado indagando por toda la ciudad; he visitado los lugares que me figuraba que estos pájaros frecuentarían. Pero no he tenido suerte. Se me ocurrió que tal vez Usted, podría orientarme acerca del lugar donde podría encontrarles.

—¿Qué hacían estos individuos en Nueva York, quiero decir qué pantalla usaban mientras fabricaban moneda falsa?

—Barbier tenía un taller de artículos de hojalata. Tony Cuno frecuentaba el establecimiento.

—Hum. Quizá han encontrado una colocación en la fábrica de vajillas de plata.

—Ya pensé en eso —dijo Vic—. Fui allí y observé a los trabajadores cuando entraban y salían. No he visto señal de los hombres que busco. Tienen que vivir en alguna parte, Cady.

—¿Miró usted la colonia que hay cerca de la fábrica Kendall?

—No —respondió Vic con sorpresa—. Vi algunas casas cerca del lugar, pero no le di importancia.

—Muchos de los obreros viven allí —informó Cady—. No se pueden ver más que unas cuantas casas desde la fábrica. El resto está detrás de la colina.

—¡Es una gran idea! Me alegro de haberle llamado, Cady. Me quedaré y mañana visitaré el lugar.

Cady meneó pensativamente la cabeza en señal negativa.

—No tendría usted éxito Marquette-dijo —. En esa colonia hay muchos empleados de Kendall. Si usted les dijese quién era, muy bien; pero como quiere conservar el secreto de su identidad...

—Comprendo —interrumpió Vic—. Me interrogarían.

—Exacto —declaró Cady—. Pero mi caso es diferente. Yo podría ir allí mañana y practicar algunas indagaciones. La policía de la colonia me conoce. Suelo visitar con frecuencia el lugar. ¿Qué le parece que yo vaya allá a ver si hay alguien que responda a la descripción que usted me ha dado? Si lo hay, se lo notificaré.

—Se lo agradecería —dijo Vic, calurosamente—. Pero recuerde que no actúa usted oficialmente. No quiero que se sepa nada, hasta que podamos echar el guante a ese par de pájaros, si están en Nueva Avalon. Cuando los hayamos localizado, iremos por ellos; y le doy mi palabra de que a Donald Cady se le reconocerá el mérito, de haber atrapado a un par de monederos falsos, a quienes el gobierno federal busca.

—¿Necesitará usted la ayuda de la fuerza local?

Sí, cuando llegue el momento oportuno, cuando yo vea la necesidad de ello. Este trabajo de seguir la pista de unos monederos falsos es muy difícil. Cuando esos individuos se largaron de Nueva York, llevaban equipaje. Es muy probable que se llevaran los moldes. Fabricaban monedas de cinco centavos en Nueva York y poseo algunas de las piezas falsas.

—Mañana por la mañana echaré un vistazo a la colonia —aseguró Cady, convencido ahora de que Marquette, le ofrecía una ocasión notable para contraer méritos en su carrera de detective—. ¿Dónde estará usted?

—Entrando y saliendo del hotel —respondió Vic—. Recuerde que no ha de decir nada a nadie hasta que hable conmigo; es decir, si usted cree haber encontrado á los individuos que yo busco.

Cady asentía con la cabeza al volverse para salir de la habitación.

Vic Marquette acompañó al sabueso local hasta el pasillo; sus voces se apagaron y aparecía evidente que Vic había descendido en el ascensor al vestíbulo.

La puerta se abrió y La Sombra entró en el cuarto. Un suave cuchicheo salió de unos labios ocultos, por el cuello de una capa con forro color carmesí. Vic Marquette había buscado ayuda. Había

conseguido la colaboración del detective Donald Cady; había revelado el objetivo que buscaba.

La Sombra conocía ahora el plan de los falsificadores. Conociendo la relación existente entre Foulkrod Kendall y “Chistera” Elverton, el hombre de misterio ya estaba directamente sobre la pista de los delincuentes.

El detective Cady actuaría mañana. ¡La Sombra también actuaría!

CAPÍTULO XIV

EL SECRETO REVELADO

AL oscurecer, el detective Donald Cady cenó en una pequeña cantina de la colonia, cerca de la fábrica de Foulkrod Kendall.

El sabueso charló con el cantinero y también con un hombre que estaba sentado en otro taburete.

Visitar aquella vecindad constituía una parte de los deberes de Cady. En consecuencia, no era sorprendente verle por allí. Cuando ocurría algún incidente en la colonia, los guardas de Kendall, llamaban siempre a la policía de Nueva Avalon. Por tanto, Cady había tomado la costumbre de visitar la colonia de vez en cuando.

Esta noche el sabueso actuaba con gran cautela. Tenía la creencia de que, habiendo accedido a trabajar en representación de Vic Marquette, su responsabilidad era mucho mayor.

Su paseo por la colonia había sido planeado cuidadosamente. Sus indagaciones habían sido realizadas con suma prudencia. El resultado había sido satisfactorio.

Había averiguado que dos nuevos operarios nocturnos, vivían en una casita de las afueras de la colonia. Nadie parecía saber gran cosa respecto de estos dos individuos. Se suponía que entraban a trabajar después de las ocho.

En consecuencia, Cady, mientras terminaba su cena, trazaba los planes para vigilar aquella casita.

Cuando el sabueso salió de la cantina, giró la vista cautelosamente a su alrededor, para asegurarse de que nadie observaba sus movimientos. Empezó dando un rodeo que le conduciría a la casita. Otra figura le siguió los pasos, sin que él se percatase de ello.

¡No era extraño!

La figura que siguió los pasos del detective, era un verdadero fantasma de la oscuridad. Cuando Cady pasaba delante de una luz, su silueta era visible, pero la figura espectral que le seguía no daba más señal de vida, que una sombra extendida sobre el suelo. La Sombra, silencioso e invisible, seguía el rastro del detective.

El plan de La Sombra era prudente. Había dejado que Cady investigase de día; ahora, después de oscurecer, él también estaba interesado en el mismo caso. Era evidente que Donald Cady había averiguado algo. Pronto La Sombra también sabría lo mismo, sino más.

Había alguno arbustos secos cerca de la casita aislada.

Cady se agazapó en la maleza y esperó.

Vió una luz brillando en una ventana, un resplandor amortiguado por unos visillos oscuros.

Mientras Cady miraba, una nube pareció cruzar por encima de aquel marco iluminado. El detective no pudo comprender el fenómeno.

Miró fijamente hasta que desapareció.

Cady había visto a La Sombra, pero no reconoció que el rey de la noche era un ser viviente.

Mientras esperaba, La Sombra se había aproximado a la casita, para realizar personalmente algunas observaciones. Alzando el bastidor y los visillos una pulgada, observó a dos hombres en el interior de una habitación: a Cyrus Barbier y a Tony Cuno. El par de bribones se disponían a marcharse a la fábrica de vajillas de plata.

Cady también lo averiguó unos minutos después. La luz de la casita se extinguió. Dos figuras borrosas surgieron contra la blancura del pórtico. Los hombres seguían un camino habitual.

El sabueso les siguió los pasos.

Era un individuo hábil. Ni Barbier ni Cuno se percataron de que les seguían.

Cady, a su vez, ignoraba que alguien seguía su rastro. Como un espectro fantasmal, La Sombra seguía de cerca al sabueso.

Los dos individuos llegaron a un lugar oscuro de un lado de la fábrica.

Cady les oyó hablar en voz baja mientras abrían una puerta.

Fue aquí donde el detective ejecutó una acción audaz que fue coronada por el éxito. Deslizándose a través de las tinieblas, llegó a

la puerta, en el momento en que los hombres entraban y la dejaban cerrada automáticamente.

Cady llevaba las manos enguantadas. El detective puso una mano en el borde de la puerta para impedir que ésta se cerrase. El ardid fue doloroso, pero la puerta no se cerró del todo.

La Sombra, desde la oscuridad, vió esta operación. A menos de cuatro metros de distancia, observó que la mano del detective se posaba en el borde de la puerta. Observó a Cady entrar.

Una vez cerrada la puerta de nuevo, La Sombra la dejó entornada de una manera más eficiente que el detective.

Siguiendo la pista de los hombres que iban delante, Cady recibió una sorpresa, al encontrarse en la oscuridad de una espaciosa oficina particular.

Penetró en el pasillo, divisó a Barbier y a Cuno, y siguió avanzando hasta que les vió desaparecer, por una puerta pesada en un rincón oscuro del edificio de la fábrica.

Cady se detuvo allí. No podía pasar por aquella puerta; no obstante estaba seguro de que había alguna cosa muy importante en el otro lado.

Transcurrieron varios minutos mientras Cady escuchaba con el oído arrimado a la puerta.

De pronto el detective alzó la cabeza. ¡No había oído ningún ruido, pero percibió la vibración de algo que le pareció debía ser una máquina!

¿Podían ser estos hombres los monederos falsos?

¿Se habían instalado deliberadamente, en una parte no usada de la fábrica de Foulkrod Kendall?

Cady se apartó de la puerta y volvió presuroso al despacho particular. Probó el teléfono, encontró que funcionaba y llamó al hotel Nueva Avalon.

La Sombra, durante este tiempo, había seguido a Cady con pasmosa habilidad. Ni una sola vez había aparecido por completo a la vista, la figura vestida de negro.

Una mancha negra extendiéndose por el suelo, una extraña silueta contra la pared y una figura sólida que parecía formar parte de la oscuridad ordinaria, eran las únicas manifestaciones del fantasma de la noche.

Oculto en la lóbreguez de la oficina particular de Foulkrod

Kendall, La Sombra oyó a Cady preguntando por teléfono por Vic Marquette.

Evidentemente le informaron que había salido, pero que volvería pronto. En voz baja, Cady dio instrucciones para que Marquette esperase su llegada.

El sabueso parecía satisfecho cuando hubo terminado la llamada. Era obvio que a Cady no le agradaba la atmósfera de esta oficina, debido a la posibilidad de que le descubriesen.

Se dirigió con sigilo hacia la puerta exterior. Cuando el detective hubo desaparecido, la atmósfera de la habitación pareció vibrar de una manera siniestra.

¡La risa silenciosa de La Sombra!

El rey de la oscuridad sabía adónde había ido Donald Cady. El sabueso había dejado un coche no muy lejos de la fábrica y ahora se dirigía a visitar a Vic Marquette.

Esto era del agrado de La Sombra. El fantasma de la noche conocía perfectamente que Marquette no obraría con precipitación. Nadie le molestaría allí esa noche.

La inminente entrevista entre Cady y Vic Marquette no tenía importancia para La Sombra. El rey de la oscuridad tenía que realizar otro trabajo.

Vincent había descubierto a Marquette; éste había llamado a Cady; y este sabueso había encontrado a dos posibles delincuentes. La Sombra se proponía averiguar más detalles.

Rápida y silenciosamente, La Sombra deslizóse hacia el rincón oscuro de la fábrica, adonde Cyrus Barbier y Tony Cuno, se habían ido.

La puerta, acolchada, presentaba un obstáculo formidable. Tenía dos cerraduras macizas, más éstas no constituían una barrera infranqueable para La Sombra. EL chasquido del acero era perceptible, cuando la mano enguantada de negro oprimió un instrumento fino y puntiagudo contra la cerradura. Medio minuto después, el primer obstáculo quedaba salvado.

Con idéntica precisión La Sombra abrió la segunda cerradura. La puerta se abrió lentamente. Unos ojos agudos y escrutadores vieron otra puerta. El fantasma de la noche avanzó.

Allí había otra cerradura.

La Sombra la trabajó silenciosamente, aunque sus oídos le

decían que los hombres que había dentro no podían oírle. El zumbido de la maquinaria era perceptible desde afuera.

La barrera interior abrióse poco a poco. Los ojos de La Sombra escrutaron a través de una pequeña rendija.

Barbier y Cuno aparecían a la vista. El viejo, que llevaba unos anteojos, vigilaba la máquina. Tony Cuno llevaba tiras de plata para alimentarla.

Discos relucientes caían en una lluvia de plata. La visión del metal blanco era suficiente. La puerta se cerró. La risa de La Sombra sonó suave aunque incontinida.

Había descubierto la guarida de los monederos falsos.

¡Conocía ya el negocio en que Foulkrod Kendall y «Chistera» Elverton eran socios!

Rápidamente atravesó la barrera exterior, la oficina particular de Kendall y salió de la fábrica. Su figura fantasmal se deslizó a través de la oscuridad, llegando a un lugar aislado donde un automóvil esperaba cerca de la carretera.

Una risa burlona resonó á través de la noche.

CAPÍTULO XV

LA MANO DEL CRIMEN

LA Sombra, en sus aventuras asombrosas, jamás descuidaba el factor humano. Su agudo cerebro siempre analizaba todas las posibilidades. No obstante, a pesar de su poder, la mente del rey de la noche no podía cubrir todas las coincidencias posibles.

Cuando el detective Donald Cady abandonó la fábrica de vajillas de plata, tenía el propósito de dirigirse directamente al hotel Nueva Avalon.

La Sombra lo adivinó. Sabía que Cady tenía una misión muy sencilla y que se proponía cumplirla.

Un capricho del destino iba a cambiar el curso de los acontecimientos.

Cady, conduciendo el coche por la carretera, iba tan absorto pensando en la que había descubierto, que dobló a la izquierda en lugar de a la derecha al llegar a la bifurcación de la carretera, cerca de la residencia de Foulkrod Kendall.

Antes de que el detective se percatara de ello, su coche se aproximaba a las columnas de piedra que indicaban la mansión del millonario. Paró el auto y se dispuso a girarlo. De pronto, su proximidad a la casa de Kendall le inspiró un nuevo pensamiento.

Cady había accedido a trabajar para Vic Marquette. Había prometido no decir nada a los otros miembros de las fuerzas de la policía local.

No obstante, esta promesa no le obligaba a guardar el secreto con un hombre de elevada reputación, que era una víctima, según Cady pensaba, de los monederos falsos.

¡Foulkrod Kendall!

El millonario era la figura más importante, el personaje más

influyente de Nueva Avalon. ¿Qué diría al saber lo que se hacía en su fábrica?

Cady empezó a vislumbrar complicaciones. Conocía que había contraído un compromiso con Vic Marquette y debía obrar con lealtad; al mismo tiempo, podría granjearse las simpatías y el apoyo de Kendall.

De acuerdo con estos pensamientos, subió por la calzada y paró delante de la residencia del millonario. Extinguió las luces del coche. Fue a la puerta del palacio, se anunció al criado que abriera la puerta y fue introducido inmediatamente en el gabinete de Kendall.

EL millonario conversaba con un invitado, el doctor Conrado Guyon, y se adelantó a estrechar la mano del detective Cady. El sabueso, en voz baja, anunció que deseaba tener una entrevista particular con él. Kendall se volvió hacia Guyon.

Dijo:

—El señor Cady visita con frecuencia la colonia, Probablemente tiene que hablar del sistema de vigilancia allí. ¿Quiere tener la bondad de dispensarnos, Guyon?

—Desde luego —repuso el médico arrellanándose en su sillón.

Kendall abrió la marcha hacia otra habitación. Tan pronto como la puerta se hubo cerrado, el detective abordó el asunto, que le preocupaba.

Manifestó: —Señor Kendall, he descubierto una cosa grave en su fábrica.

—¿Qué es eso? —inquirió el millonario.

—Hay una entrada excusada a una oficina particular —declaró Cady—. Supongo que esa oficina es suya.

—Sí —asintió Kendall—. No obstante, esa puerta no se usa.

—Sin embargo, se usa—afirmó el sabueso—. Dos obreros nuevos en su fábrica la utilizan. Dígame, señor Kendall, ¿a qué está destinada una habitación oscura situada en el extremo derecho de su fábrica?

—Debe usted querer decir la sala de experimentos —respondió Kendall—. Está cerrada actualmente...

—No lo está —interrumpió Cady—. Esos dos nuevos operarios la están usando. Tengo una idea de lo que están haciendo allí.

—¿Qué? —preguntó el millonario con fingida sorpresa.

—¡Fabricando moneda falsa! —afirmó Cady bruscamente.

Foulkrod Kendall fingió un asombro. Luego, con una risa afectada, se burló de las manifestaciones del detective.

—¡Es imposible! —declaró—. Debe haberse equivocado, Cady.

—De ningún modo —replicó éste—. Fui a la colonia a petición de un agente federal que se encuentra en Nueva Avalon. Este agente se llama Vic Marquette. Él me describió los dos hombres y me dijo que pensaba que estaban en Nueva Avalon. Visité la colonia para ver si los localizaba. Los encontré. Ahora me dirijo a ver a Marquette.

—Es increíble —murmuró Kendall—. Dígame, Cady, ¿descubrió usted solo esto?

—Sin ningún género de duda—afirmó el sabueso, con orgullo.

—¿Conoce Marquette su descubrimiento? —preguntó Kendall.

—Todavía no —respondió el detective.

—¿Dónde está Marquette? —inquirió el millonario—. ¿Se encuentra aún en Nueva Avalon?

—Sí. En el hotel Nueva Avalon. Voy allí inmediatamente. Decidí detenerme a decírselo a usted, en confianza.

—¿Y si llamase a Marquette —sugirió Kendall—, y le invitase a venir aquí?

—No quiero llamarle —repuso Cady—, porque le prometí no decir nada a nadie de este asunto, hasta que yo le hubiese visto. No, señor Kendall; tengo que cumplir una misión. Me voy seguidamente al hotel Nueva Avalon. Tan pronto como haya conferenciado con Marquette, me pondré en contacto con usted.

Foulkrod Kendall se quedó sentado como un hombre estupefacto.

Donald Cady, recordando su promesa a Marquette, se levantó y salió del aposento. Kendall estuvo a punto de pararle; luego se hundió en el sillón, verdaderamente alarmado.

Si Donald Cady hubiese visto la expresión del millonario, se habría detenido en seco. Afortunadamente para Kendall, Cady estaba de espaldas.

El millonario recobró la serenidad tras un esfuerzo. Se precipitó hacia la puerta por donde el detective había salido.

Cady estaba ahora fuera del alcance de la vista. El doctor Guyon estaba solo en el aposento, leyendo un libro. Rápidamente,

Foulkrod Kendall cerró la puerta. Se paseó de un extremo al otro de la habitación, crispando frenéticamente los puños.

EL curso de los acontecimientos iba tomando un cariz gravísimo. Mientras Kendall se preocupaba por la situación crítica, el giro de los acontecimientos amenazaba a los malhechores y a sus planes.

Fuera de la residencia del millonario, Donald Cady subía a su coche para dirigirse a la ciudad e informar a Vic Marquette. Otra amenaza, que el millonario no sospechaba, se aproximaba mientras el detective se disponía a partir.

Otro automóvil se había parado en el fondo de la calzada, al lado de un sendero. Una figura siniestra daba un rodeo a la vasta mansión, lejos del lugar donde el coche de Cady estaba estacionado.

¡La Sombra se aproximaba!

Kendall estaba demásiado preocupado, para sospechar en la posibilidad de un enemigo desconocido. No podía impedir que el detective fuese a la ciudad.

Una vez que el sabueso hubiese hablado al agente federal, la partida estaba perdida. En este momento de terrible alarma, tuvo el millonario una inspiración.

Cogió el teléfono de su mesa de escritorio. Lleno de ansiedad y con una vaga esperanza, llamó a un número especial. Era una línea conectada secretamente con la sala donde se fabricaba la moneda falsa.

Tony Cuno respondió a la llamada.

Informó el millonario:

—Soy Kendall. ¿Está Tim Mecke ahí?

—No está aquí —fue la respuesta de Tony—. Aguarde un momento, señor Kendall. Me parece que acaba de entrar ahora.

Medio minuto después, Tim Mecke se ponía al aparato.

Kendall habló rápidamente.

Preguntó:

—¿Dónde está el coche blindado, Tim?

—Lo tengo fuera —respondió Tim—. Va a salir a recoger la recaudación del teatro de Nueva Hampstead...

—¡Pronto, Tim! —exclamó Kendall—. Sal inmediatamente y obstruye el camino de mi casa. ¿Comprendes? Un hombre baja en un coche; cuando veas sus faros dispara contra él. ¡Es el detective Cady! ¡Tienes que matarlo!

La ventana cercana a Kendall se alzaba. EL millonario no lo observó.

Repitió el millonario:

—Eso mismo. No hay que perder un momento. Tira a matarle. Hay que suprimirle. Después puedes alegar que era un atraco. ¡En el camino de mi casa! ¡Muy bien!

Kendall temblaba de excitación cuando colgó el auricular. Se desplomó en el sillón. La ventana se cerró. La Sombra había oído.

Unos minutos antes de llegar a la ventana de Kendall, La Sombra se detuvo a escuchar la trepidación de un motor cerca de la casa.

Las palabras del millonario fueron una revelación para La Sombra. En un abrir y cerrar de ojos, adivinó que el coche debía pertenecer a Donald Cady; que el detective había cometido el gran error de ir allí. La vida de Cady estaba amenazada. ¡La Sombra tenía aun tiempo de salvarle!

¡Mientras Foulkrod Kendall se secaba la frente, una figura fantasmal vestida de negro deslizábase rápidamente por los jardines que rodeaban a su mansión!

En su habitación, Kendall recobró finalmente la serenidad. Calculando la distancia entre la casa y la distancia de la bifurcación a la fábrica, el millonario tenía la seguridad de que Tim Mecke interceptaría al detective Cady.

Kendall se levantó para entrar en el otro cuarto. EL teléfono repiqueteó. El millonario vaciló y luego cogió el auricular. La voz de «Chistera» Elverton sonó a través del hilo.

—¿Dónde está usted? —preguntó Kendall.

—En Nueva Avalon-informó «Chistera» —. ¿Quiere que vaya a la casa?

—¡No, no! —exclamó el millonario—. Nos encontramos en una situación desesperada. Escuche atentamente, Elverton...

Sin responder a la pregunta de su compinche, le informó acerca de Donald Cady. Dio a «Chistera» la información referente a Vic Marquette. Terminó explicando su llamada urgente a Tim Mecke.

Una carcajada resonó a través del alambre.

—No se preocupe —aconsejó «Chistera»—. Tim Mecke a pasaportearán a ese idiota. ¿Dice usted que Marquette no sabe nada hasta ahora?

—Según Cady-repuso Kendall —, Marquette simplemente

sospecha que Barbier y Cuno se encuentran por estos contornos.

—Telefonéelos —ordenó «Chistera»—. Dícales que no se muevan de la fábrica. Entretanto, me dirijo hacia el hotel Nueva Avalon, a ver si puedo echarle la vista encima a ese agente federal. Déjelo de mi cuenta; no le perderé de vista.

Foulkrod Kendall sonreía al colgar el receptor. Fue al gabinete a hablar con el doctor Guyon.

CAPÍTULO XVI

EL SEGUNDO GOLPE

¡ALTO! ¿Adónde vas?

La exclamación partió de los labios de Tim Mecke. El pistolero camuflado estaba en la parte trasera del coche blindado. Escrutaba por encima del hombro del chofer cuando habló. El conductor frenó.

—A la ciudad—respondió éste—. ¿Adónde crees que vamos?

—Tenemos que ir a la casa del señor Kendall —informó Tim—. Tenemos que recoger unas maletas que el amo quiere que llevemos a Nueva Avalon.

—¿Porqué no me lo dijiste? —rezongó el chofer.

—Tendrás que recular—dijo el pistolero.

El gangster escudriñó a través de una abertura del costado del coche. Ya se disponía a dar algún pretexto que moderaría la marcha e interceptaría la carretera, cuando divisó unos faros que surgían por la curva.

—¡Alto! —gritó una vez más—. ¡Cuidado! ;

AL proferir el inesperado aviso Tim Mecke metió el cañón del revólver por la aspillera y disparó un tiro. Observó que el coche que se aproximaba viraba hacia un lado de la carretera y disparó de nuevo.

—¿Qué ocurre? —gritó un hombre a su lado.

—¡Son bandidos! —exclamó el pistolero, disparando por tercera vez—. Nos tienen encañonados. ¡Ve a la otra tronera!

EL hombre obedeció. El chofer fue también a una aspillera. Luego vino la respuesta que Tim esperaba. A través de la tronera, el pistolero vió la llamarada de un revolver. Los otros la observaron también. Provenía del coche parado.

De pronto, el coche de Cady avanzó como una flecha. El sabueso había observado un espacio entre la parte delantera del coche blindado y la carretera de Nueva Avalon. Se percató de que él se hallaba en una situación crítica y había decidido arrostrar el peligro.

Otro disparo fútil salió del revólver del detective. Luego, a medida que la distancia se acortaba, el pistolero, lleno de confianza y apuntando cuidadosamente dio una orden final.

—¡Vamos a acribillarlos!

En el mismo instante en que Tim hablara, otro par de faros se proyectaron sobre la carretera, desde la casa. Frenando bruscamente, el coche se ladeó y paró casi al costado mismo del vehículo blindado.

Un reflector escrutó las troneras por donde los guardas disparaban.

Los compañeros de Tim Mecke dispararon un momento antes de que el pistolero estuviese presto.

Tim, confiado, en su habilidad, apuntaba a un ángulo por la tronera. Los guardias dispararon erráticamente. Tim tenía su pistola cubriendo el cuerpo borroso de Donald Cady. EL dedo del gangster se detuvo momentáneamente sobre el gatillo.

Un rugido ensordecedor partió del segundo coche. Una bala de una pistola automática disparada con perfecta puntería. El blanco era el cañón del revólver, que relucía amenazadoramente desde la tronera central.

Tim Mecke retrocedió tambaleándose. Su arma cayó al suelo del coche blindado. La Sombra había intervenido para frustrar el tiro fatal. La distancia era corta con su coche parado, el gran tirador había disparado sobre un magnífico blanco.

Las troneras se cerraron. El auto de Donald Cady partió como una exhalación. EL chofer del coche blindado, adivinando que la segunda amenaza era mayor que la del automóvil fugitivo, puso el vehículo en marcha.

Tim Mecke cogió otro revólver y gritó al hombre que estaba detrás de él:

—¡Ocupate del sujeto que va detrás! —ordenó—. ¡Yo me «cargaré» al pájaro que va delante!

El guarda situado en la parte posterior abrió una tronera del

coche blindado.

Tim Mecke se incorporó con el chofer y metió su revólver por una aspillera, encima del parabrisas irrompible.

—¡Alcánzalo! —rugió el gangster.

La carrera se convirtió en un episodio asombroso. Donald Cady había ganado alguna delantera. No obstante, el coche blindado ligero le persiguió velozmente. El chofer, espoleado por los juramentos de Tim Mecke, conducía el coche como un loco.

La Sombra, con el auto medio volcado en la carretera, estaba muy atrás cuando él, a su vez, emprendió la persecución. A media milla de distancia, el coche blindado empezó a dar alcance al auto de Cady, poniéndose a tiro de pistola.

¡AL mismo tiempo el automóvil de La Sombra corría con extraordinaria velocidad, acortando la sustancia entre él y el coche blindado!

Tim Mecke disparó. La distancia era demasiado grande. Volvió a disparar, errática mente, pero ya más cerca. Apuntó para disparar un tercer tiro. Esta vez estaba seguro de su puntería. El pistolero apretó el gatillo.

Al mismo tiempo, La Sombra disparó. El implacable perseguidor había continuado indiferente a los fútiles tiros que el individuo apostado en la parte trasera del coche blindado iba disparando. Cuando la pistola automática de La Sombra tronó, lo hizo con marcado efecto. Su blanco fue el neumático de una rueda trasera del coche blindado. No erró el tiro.

En el mismo instante en que Tim Mecke apretaba el gatillo de su revólver, el coche blindado patinó frenéticamente. El tiro de Tim salió, pero el viraje del vehículo lo desvió. El chofer intentó enderezar el vehículo. No lo consiguió.

El coche blindado giró de un lado a otro y luego se metió en la zanja.

Rebotó y luego rodó sobre dos ruedas. El vehículo se paró, agarrándose el chofer al volante. Tim y el otro individuo cayeron.

La carretera era estrecha allí. AL detenerse el coche blindado, casi la interceptó. Tim Mecke oyó un grito lanzado por el chofer.

A través del parabrisas, el pistolero vio que el automóvil perseguidor se metía en la zanja y luego pasaba veloz por el costado del coche blindado averiado e inmovilizado.

Tim se acercó de un salto a la tronera de delante. Demásiado tarde.

Introdujo el revólver por una aspillera del costado. Una bala se aplastó cerca de aquel lugar. Tim se agachó instintivamente. Luego observó que el automóvil ganaba velocidad.

A los oídos del pistolero llegó el débil sonido de lo que le pareció una burla, pero no reconoció que era la señal de júbilo de que tanto había oído hablar: la risa de La Sombra.

Tim había sido derrotado. El camión blindado estaba averiado. Donald Cady —si éste iba en el primer auto— ya estaba muy lejos.

El pistolero, perplejo, se preguntaba cómo era que dos automóviles habían intervenido en la batalla. Ignoraba cuál conducía a Cady. ¡Foulkrod Kendall no había dicho nada de dos coches!

Ya delante, La Sombra penetraba en el término de Nueva Avalon. El retraso que le ocasionara el camión blindado favoreció a Donald Cady, que encontró el camino libre.

El fútil esfuerzo de Kendall para detener al detective había fracasado. Cady acudiría a la cita que tenía con Vic Marquette. Probablemente, el detective todavía temía la persecución. Tal vez ignoraba lo ocurrido al camión blindado.

La Sombra entró en la calle principal, sin divisar el automóvil de Cady.

Dobló metiéndose en una oscura travesía, que había de conducirle a la parte trasera del hotel Nueva Avalon.

La Sombra tenía el propósito de estar presente, cuando Cady se entrevistase con Vic Marquette. Probablemente, los dos hombres irían al cuarto de Marquette.

Había una entrada, poco usada, en la parte posterior del vestíbulo, no muy lejos de la escalera de servicio. Por ahí entraría La Sombra. El invicto luchador paró el coche en un lugar oscuro.

En el momento de la llegada del rey de la noche, Donald Cady penetraba por las puertas giratorias del hotel Nueva Avalon. Girando la vista a su alrededor, el detective de rostro cadavérico, vio a Vic Marquette sentado en un rincón; Cady, lleno de excitación, cruzó precipitadamente el vestíbulo.

Marquette se incorporó y le hizo señas de que se calmara.

—Me han perseguido —dijo el sabueso.

—¡Calma! —recordó Marquette. Los dos hombres cruzaban el vestíbulo. Un tercer individuo les vigilaba. Se levantó de una butaca, cerca del lugar donde Marquette había estado sentado.

Era “Chistera” Elverton. El ladrón aristocrático estaba bastante cerca para oír a Marquette mencionar el nombre de Cady y prestó atención.

—He descubierto...

Cady empezaba a contar a su colega el resultado de su investigación.

Con paso rápido, «Chistera» Elverton interceptó el paso de los dos agentes. La mano del ladrón salía de su bolsillo. Cady, con la mano encima de su revólver, presintió el peligro. Saltando hacia atrás, el detective sacó su arma.

AL mismo tiempo, el revólver de cañón corto de “Chistera” Elverton relució al salir de su bolsillo.

Los movimientos fueron simultáneos, «Chistera» Elverton ganó gracias a su revólver más corto. Apretó el gatillo, mientras el dedo de Cady vacilaba.

Con la misma habilidad que demostró al matar a Duffy Bagland en Nueva York, «Chistera» derribó al detective de un solo tiro.

Caído en el suelo, Cady valerosamente intentó hablar para decir lo que sabía. Tenía un mensaje para Vic Marquette, Tenía que darlo. Sus palabras moribundas salieron en jadeos, que Marquette no oyó. Con un grito salvaje, el agente federal se abalanzó sobre «Chistera» Elverton.

Marquette asía la muñeca del criminal. “Chistera” desasí su mano y descargó el cañón de su revólver sobre la cabeza de Marquette. EL agente federal se desplomó. «Chistera» blandió entonces su revólver.

El dependiente se había zambullido debajo del mostrador. Las personas que había en el vestíbulo se pusieron detrás de las butacas. EL paso estaba libre para que el audaz criminal pudiese huir tranquilamente.

Nadie miró hacia la parte trasera del vestíbulo. Nadie vió lo que ocurría allí.

La puerta de la entrada trasera se había abierto. Una figura extraña y vengadora, vestida de negro, estaba en el umbral, envuelta en la oscuridad.

Los ojos fulgurantes del fantasma de la noche estaban clavados en “Chistera” Elverton. El cañón amenazador de una pistola automática surgió, entrando en acción.

Cuando «Chistera» Elverton, con labios sonrientes y mano asesina, estaba a punto de rematar a Vic Marquette, la pistola automática de La Sombra escupió una llamarada. Una bala oportuna destrozó la muñeca de «Chistera» Elverton.

El criminal se tambaleó cuando su revólver cayó de sus dedos. Con la mano izquierda se agarró la muñeca herida.

Los hombres escondidos detrás de las butacas empezaron a enderezarse, envalentonados por el súbito giro de los acontecimientos.

Vic Marquette se incorporaba.

Tres hombres se precipitaron sobre «Chistera» Elverton. EL criminal cayó al suelo.

Vic Marquette acudía en ayuda de los tres hombres. El asesino no tenía posibilidad de escapar.

El cuerpo de Donald Cady yacía en el suelo. El detective estaba muerto. La Sombra le había salvado la vida una vez esa noche; el segundo golpe de los secuaces de Kendall había terminado con la vida del sabueso.

CAPÍTULO XVII

EL CASTIGO DEL CRIMEN

HABÍA transcurrido algún tiempo en la ciudad de Nueva Avalon. Una extraña quietud siguió a los emocionantes episodios en que La Sombra desempeñó el papel principal.

Foulkrod Kendall, sentado en su gabinete, leía con ansiedad un periódico de la noche. Clayton Landow y el doctor Conrado Guyon se hallaban también presentes.

—Bueno —observó Clayton Landow—, ese bandido de Elverton recibirá su castigo mañana a medianoche. Le está bien merecida la silla eléctrica.

Foulkrod Kendall se movió, nervioso.

—Es un caso extraño —observó el doctor Guyon, mirando solemnemente al joven Landow—. Ese hombre no quiere hablar. Le he interrogado durante mis visitas a la prisión.

—¡Qué desfachatez la de ese individuo! —dijo Landow—. Viene aquí y se hace pasar por un inglés, por un representante de una casa de vajillas de plata. Averiguaron que era un impostor cuando empezaron a investigar. Ese agente federal, Marquette, lo desenmascaró.

—EL caso de Elverton me tiene perplejo —declaró Kendall—. Ese hombre no parece un malhechor. No actuó como uno de ellos.

—De todos modos, es un bandido —repuso Landow—. Es el individuo que intentó atracar nuestro camión blindado la otra noche. Es una lástima que no hayan echado el guante a sus compinches.

—Elverton no ha confesado nada —murmuró el millonario, pensativo—. Es un detalle desconcertante.

—No tenía que confesar nada —señaló Landow—. Lo detuvieron

por asesino, por haber cometido un asesinato en el vestíbulo del hotel. La cosa está clara. Elverton estuvo allí al acecho del camión blindado. Cady estuvo aquí a visitarle á usted y se mezcló en la batalla. Después que Elverton hubo averiado el camión, tuvo miedo de terminar la operación, y fue en busca de Cady.

Foulkrod Kendall movió la cabeza como en señal de asentimiento.

Interiormente, el millonario estaba perplejo. No comprendía la presencia del segundo coche ni el disparo del tiro que hiriera a “Chistera” Elverton.

Ladow continuó:

—Debe haber tenido un compinche. El sujeto que le acompañaba debió enojarse, porque se marchó en busca de Cady en lugar de atacar al camión blindado. En consecuencia, su socio le disparó un tiro desde la parte trasera del vestíbulo del hotel.

—Eso es lógico —intervino el doctor Guyon, reposadamente—. No obstante no entiendo por qué razón Elverton se niega a hablar. Si su compañero le traicionó, ¿porqué no lo denuncia?

—No se puede comprender a los bandidos —dijo Ladow—. Cady dijo lo bastante a Marquette, para que éste supiera que había habido una batalla en la carretera. Oigan... me parece extraño que Cady se detuviese aquí camino del hotel.

—De ninguna manera —repuso Kendall, tranquilamente—. Cady vigilaba la colonia. Simplemente, se detuvo aquí para mencionar que había estado allí. No es la primera noche que ha pasado a verme.

El timbre de la puerta repiqueteó. Un criado entró a anunciar que Tim Mecke deseaba ver al señor Kendall. El millonario se movió nervioso en su asiento. Recobró la serenidad y ordenó al criado que hiciese pasar al hombre.

Clayton Ladow saludó con la mano a Mecke cuando éste entró. El pistolero camuflado se había cubierto de gloria, la noche que Elverton asesinó a Cady. Se había convertido en un héroe en la fábrica y en los teatros.

—¿Qué ocurre, Mecke? —preguntó Kendall.

—Desearía hablar con usted, señor —respondió el pistolero—. Del personal del camión blindado. El superintendente pensó que usted quería oír mis sugerencias, acerca de la redistribución del

turno.

—Venga conmigo-dijo el millonario, levantándose.

Tras la puerta cerrada de la pequeña habitación, la relación entre este par de bribones cambió por completo. El pistolero miró con fijeza a Foulkrod Kendall.

Declaró en tono firme:

—Tiene usted que hacer algo por «Chistera» Elverton. No puede morir en la silla eléctrica.

—Sea razonable —replicó el millonario, en voz baja—. ¿No comprende que cualquier gestión que hagamos puede comprometernos a todos? Tengo a Barbier y a Cuno escondidos en la fábrica. Ese agente federal, Marquette, les busca...

—Ya me ha dicho usted eso antes —gruñó Tim—. Ellos han continuado fabricando moneda, amontonándola hasta que se pueda colocarla sin riesgos. Pero eso no altera la situación de «Chistera».

—Elverton no debería haber intentado un asesinato tan descarado.

—Lo hizo para sacarlo á usted del apuro.

—Yo no le dije que lo hiciera. Si usted no hubiese fracasado...

—Olvide eso ya. Hablemos de “Chistera”. Está metido en un aprieto. Es usted el único que puede ayudarle.

—Imposible.

—¿Sí? —El tono del pistolero era retador—. Pues la cosa se pondrá mal si usted no arregla esto. Yo me largaré, como también Barbier y Cuno. Son amigos de «Chistera». Cuando nos hayamos largado, oirá usted de nosotros. Descubriremos la falsificación.

—¿Y se comprometerán ustedes?

—¿Que nos comprometeremos? —Tim hablaba con desdén—. Nosotros, los tres, estamos acostumbrados. Pero usted no lo está. Sea razonable. No le pedimos nada más que ayuda a un compañero. No le censuro a usted que esté preocupado. Si usted cumple en esta ocasión, estaremos a su lado toda la vida. En caso contrario...

El pistolero hizo una pausa para mirar con fijeza al millonario. Kendall se percató de que el individuo hablaba en serio.

Durante un minuto los dos hombres permanecieron silenciosos. Ninguno de ellos miró hacia la ventana. Las persianas estaban echadas esa noche, pero el borde no tocaba el antepecho de la ventana. Unos ojos agudos escrutaban por aquel espacio.

Los ojos agudos siguieron vigilando, mientras Foulkrod Kendall iba a su mesa. El fabricante empezó a meditar. Exclamó de repente:

—¡Lo haré! ¡Mecke, tengo una idea para conseguirlo! Dígales a Barbier y a Cuno que les veré esta noche.. No se me había ocurrido antes, a lo menos no veía la posibilidad de realizarlo. ¡Qué estúpido soy! ¡Qué estúpido!

—Quisiera estar seguro —empezó Tim—. Barbier y Cuno están que trinan...

—Confíe en mí, Tim.

—¿Sí? Explíqueme un motivo.

—Se lo mostraré —declaró—. El joven Landow se marchará dentro de unos minutos. Quédese usted aquí mientras hablo con el doctor Guyon. Tome este papel y este lápiz; simule que está trazando un itinerario y así tendrá una excusa para quedarse. Cuando esté satisfecho de que yo obro con lealtad, tráigame su itinerario con los nuevos turnos y márchese.

—Muy bien —asintió el pistolero.

Los dos bribones salieron del cuartito. Kendall dejó la puerta entornada.

Apenas habían salido los dos, cuando los visillos de la ventana se levantaron. La elevada figura de La Sombra subió silenciosamente al antepecho de la ventana. Unas manos enguantadas bajaron el bastidor y luego la persiana. Deslizándose por la puerta entreabierta, sus ojos chispeantes vieron todo cuanto ocurría en el gabinete.

—Tendré que ver eso escrito, Mecke —decía Kendall—. Siéntese junto a esa mesa y redáctelo. Luego, podré darle mi decisión.

El millonario reanudó su lectura. Landow y Guyon conversaron un rato; luego el primero anunció que se marchaba. Se despidieron. Kendall y Guyon quedaron solos, a excepción de Tim Mecke, que parecía estar absorto en su trabajo.

Kendall dijo, pensativamente:

—Conrado, has dicho que Elverton parece ser un caso excepcional entre los asesinos condenados a muerte.

—Lo es —afirmó Guyon.

—¿Crees —continuó el millonario—, que podría alegarse en su favor que se trata de un caso de locura temporal?

—No dio resultado en el proceso, Foulkrod.

—Lo sé. No obstante, no estoy convencido. No puedo conceptuar a ese hombre como un asesino. Conozco que sus antecedentes son turbios; sin embargo, es muy posible que se trate de un arrebatado pasajero de locura.

—Es posible.

—Supongamos —sugirió Kendall—, que temió hallarse comprometido en un hecho delictuoso que él no cometió. Se encontraba en el vestíbulo del hotel Nueva Avalon. Vio a Cady y éste le vio a él. Cady sacaba un revólver. Tal vez Elverton creyó actuar en defensa propia.

—Estás diciendo algo —declaró Guyon—, que puede ser la verdad.

—¿Podría obedecer el silencio de Elverton a un estado de resignación, a la creencia de que la Ley estaba en contra suya...?

—En efecto el hombre se muestra adusto.

—Creo —dijo Kendall en tono convencido—, que Elverton merece el perdón. ¿Qué opinas?

—Soy enemigo de la pena capital —repuso Guyon—. Es una opinión particular que no la emito para que se publique. He visto demasiado de la pena de muerte. La horca era abominable. La silla eléctrica, impuesta tan recientemente en este Estado, no funciona satisfactoriamente. Son necesarias varias descargas para matar con eficiencia. —Tras una pausa, el doctor prosiguió:— Tengo el deber, Kendall, de asistir a las electrocuciones. También me incumbe la tarea de observar la autopsia de los cadáveres de los criminales ejecutados. Yo haría cuanto estuviese en mi poder para suprimir la pena capital en este Estado.

—Aplica tu opinión —observó Kendall—, al caso concreto de Elverton. Dime: ¿patrocinarías una petición de perdón?

—Yo podía redactar —decidió Guyon—, una petición aplicable al caso específico de Elverton, que contendría varios motivos por los cuales debería perdonarse a ese hombre. No obstante, no puedo garantizar que el gobernador la acepte.

—Redáctala —ordenó Kendall en tono decisivo—. Yo se la llevaré personalmente al gobernador. Conrado, este muchacho Elverton me impresionó favorablemente. Quiero que le pongan en libertad.

—Perfectamente, Foulkrod —dijo el médico—. Haré lo que me

pides. Será una tarea laboriosa; tengo que ponerme a trabajar en seguida. Elverton está sentenciado a morir mañana por la noche.

—Si puedes hacerlo para el mediodía —indicó Kendall—, llegaré a la capital con tiempo suficiente para someter el asunto al gobernador.

—Muy bien-dijo el galeno.

Foulkrod Kendall pareció percatarse de repente, que Tim Mecke se encontraba aún en la habitación. En el mismo momento en que el millonario lanzaba una mirada en dirección al pistolero, éste se aproximó con su hoja de itinerario. Fue a dirigirse hacia el cuartito. Kendall le alcanzó y le detuvo.

—Repasaré luego esto, Mecke —prometió el millonario.

—Muy bien, señor —respondió aquél.

Mecke bajó la voz un momento después, mientras fingía señalar algunas características del itinerario.

—Avisaré a mis compañeros —cuchicheó—. Contamos con que arreglará el asunto. Pero si no es así... esto terminará mal; eso es todo.

—Confíe en mí-repuso Kendall.

—«Chistera» confía en usted —añadió Mecke—. El no “cantará”, suceda lo que suceda. Por eso sus compañeros no le abandonan. Si le electrocutan, ya sabe usted qué puede esperar. —Cuando el pistolero se hubo marchado, el doctor Guyon se levantó y anunció que él también se marchaba, y que tendría que empezar en seguida á redactar la petición en favor de «Chistera» Elverton.

CAPÍTULO XVIII

EL PERDÓN DEL GOBERNADOR

AL oscurecer del día siguiente, dos hombres estaban sentados en una habitación del palacio del gobernador. Hablaban.

Uno era Foulkrod Kendall; el otro, Hiram Landow, el gobernador, un hombre de cabellos grises y rostro lleno de dignidad. Landow mostraba la integridad que le había permitido ganar las elecciones, en una candidatura apoyada por el partido reformista.

La habitación estaba amueblada con sillones y mesas de un estilo antiguo.

El tono oscuro del maderamen y de los cortinajes daban un efecto lúgubre al lugar. Ni el gobernador ni Kendall parecían observar esto. Discutían un asunto muy importante.

—El límite de tiempo está a punto de terminar —declaró el millonario en tono persuasivo—. Su mensaje puede llegar a Nueva Avalon, a tiempo de evitar la ejecución de la sentencia de muerte en la prisión.

—Kendall —repuso el gobernador, con voz solemne—, mi paciencia se ha agotado. He estudiado el informe del doctor Guyon de principio a fin. Es una petición redactada de modo excelente, pero no me convence.

—Tengo el pleno convencimiento de que Elverton es inocente.

—Yo, en cambio, estoy seguro de que es culpable.

Hiram Landow se levantó y fue a una mesa de un rincón. Ese mueble servía de escritorio. Estaba rodeado de gruesas cortinas que tapaban un pequeño hueco. Acercándose a la mesa, el gobernador empujó a un lado un frasco de tinta que había usado como pisapapeles, y escogió unos documentos. Se los ofreció a Kendall.

—Puede usted guardarse la petición del doctor Guyon —dijo—. No la necesito.

—Señor gobernador —repuso el millonario—, comete usted un grave error... Posee usted autoridad absoluta en este caso...

—Exacto —interrumpió el gobernador—. Eso es en cierto sentido, una desgracia. El jefe ejecutivo posee los poderes de un autócrata, en lo que atañe a las ejecuciones capitales. Más esto no le autoriza a hacer mal uso de sus facultades. No debe convertirse en un tirano.

—Le pido esto como un favor.

—Rehúso. Violaría el juramento que presté al tomar posesión de mi cargo.

—No tiene usted nada que perder.

—Se equivoca usted, Kendall —replicó Hiram Landow—. No he considerado este asunto desde un punto de vista egoísta; más ya que usted plantea la cuestión de esa manera, puedo asegurarle que mi futuro político peligraría si yo perdonase a «Chistera» Elverton. El sentimiento popular se ha manifestado decisivamente. Se cree que es un asesino convicto.

—Puede usted hacer recaer la responsabilidad en el doctor Guyon —sugirió Kendall—. Deje que le echen la culpa a él. Él no protestará. No le interesa la política.

—Es todo inútil, Kendall —declaró Hiram Landow—. Mi decisión es definitiva. En realidad, desapruebo su visita. Yo podría sospechar que usted tiene algún interés en los asuntos de ese individuo, Elverton. Le aconsejo, Kendall, que no diga nada de esta estúpida petición. No le honra.

—Sugiere usted que yo estoy interesado en los negocios de Elverton. Muy bien. Lo estoy. Yo pido su perdón.

La mirada de Hiram Landow era fría.

Kendall prosiguió en tono áspero:

—Y, lo que es más, puedo convencerle de que el porvenir de Elverton le interesa a usted. Permítame mencionarle que el noviazgo de su hijo con mi sobrina, terminará si no concede este perdón.

—Ahora se quita usted la careta —repuso, Hiram Landow, conteniendo la ira—. No, obstante, su reto es fútil. Tengo todos los respetos por la felicidad de mi hijo. Más no permitiré que ella

tuerza el cumplimiento de una sentencia justa.

—Se equivoca usted —dijo, Kendall, con una sonrisa acre—. EL compromiso de casamiento se romperá por una razón muy justa. Su hijo, no usted, será la causa de ello.

—¿Qué quiere usted decir? —interrogó el gobernador.

—¡Que su hijo —respondió Kendall lentamente—, que su hijo ha cometido un desfalco y puedo presentar las pruebas!

Hiram Landow crispó los puños.

Foulkrod Kendall permaneció impasible. Sacó un papel de su bolsillo y se lo entregó al gobernador. Con ojos desorbitados, Hiram Landow leyó la nota.

—Esta mañana —dijo Kendall—, mi contador revisó los libros de su hijo. No le había pedido más que el estado de cuentas que el mismo Clayton debía presentar. Pero durante su ausencia, pues salió a resolver un asunto que yo le encargué, confrontamos las cuentas que remitieron los directores de los teatros. Observará usted la discrepancia.

—Ocho mil dólares —murmuró Landow.

—No es mucho dinero-observó Foulkrod Kendall —, pero lo suficiente para condenar a Clayton a diez años de presidio. Debo añadir que tengo a un empleado, vigilando la oficina para evitar que los libros desaparezcan de la caja de caudales. Clayton puede sospechar...

—¡Eso es terrible!... —exclamó Hiram Landow, estupefacto—. ¡Mi hijo un ladrón! ¡No puedo creerlo! ¡Debe ser una mentira!

—No quería decírselo a usted —declaró Kendall calmamente—. He revelado estos hechos solamente debido al caso que discutimos. Señor gobernador, Ronaldo Elverton era mi amigo. No puedo creerlo culpable de un asesinato, como tampoco usted a su hijo de un desfalco.

—¿Qué se propone usted hacer? —inquirió Hiram Landow.

—Eso depende de usted —repuso Kendall tranquilamente—. Puedo decirle a Clayton que ya no necesitamos los libros. Entonces él los destruirá. Todo quedará olvidado. Él tendrá la oportunidad de enmendarse llevando una vida recta. Pero —una sonrisa maligna se dibujó en los labios del millonario— el precio que yo exijo es el perdón de Ronaldo Elverton.

—¡Jamás! —dijo Hiram Landow.

—¿Y su porvenir político? —inquirió Kendall en tono pensativo—. ¿Cree usted que esto le favorecerá? ¿No sería mejor acusar del acto del perdón al doctor Guyon, que acusar de desfalco a su hijo?

Hiram Landow se paseó por el cuarto. Al fin volvióse y se enfrentó con Foulkrod Kendall.

—Esto me ha producido una impresión terrible —reconoció con voz temblorosa.

Hiram Landow era un hombre vencido. Su cerebro agitábase bajo la pesadumbre de mil pensamientos tristes. Se desplomó en un sillón.

Foulkrod Kendall observando con sonrisa maligna al gobernador, vió que había llegado el momento psicológico. De un bolsillo extrajo otro papel. Se lo pasó al gobernador. Hiram Landow lo contempló con una mirada vaga.

—El perdón para Ronaldo Elverton —dijo Kendall sosegadamente—. Espera su firma, que lo hará efectivo.

El gobernador vaciló.

Kendall añadió en tono persuasivo:

—Aquí está el sobre donde puede usted sellar el documento. Tengo a un chofer de confianza esperándome. Él puede llevar el perdón al director del penal y se evitará la ejecución.

—Despertará una enorme decepción...

—Tiene usted la petición razonada de doctor Guyon —dijo Kendall, interrumpiendo la débil protesta del gobernador—. Mañana puede usted publicar una nota oficial, ¡Vamos, señor gobernador! ¡El tiempo apremia!

Hiram Landow llevó el perdón, sin la firma, a la mesa escritorio, junto a las cortinas. Se volvió al aproximarse al lugar y habló a Kendall:

—Envíe a buscar a su chofer-ordenó el gobernador.

Foulkrod Kendall fue a la puerta a llamar a un criado. Hiram Landow hizo una pausa antes de volverse hacia la mesa escritorio. Ni él ni Kendall miraban en dirección de la mesita. Nadie vió lo que ocurrió allí.

Las gruesas cortinas temblaron. De detrás surgió una proyección negra que se convirtió en la figura vaga de un brazo humano.

Un puño negro se aproximó al centro de la mesa. Depositó un objeto allí.

La mano se alzó. El artículo que había depositado era un tintero, similar en tamaño y forma al que ya descansaba sobre la mesa. Luego, con igual facilidad, la mano negra cogió el tintero primitivo, el que anteriormente estaba encima de la mesa, y se lo llevó detrás de las cortinas.

Hiram Landow llegó a la mesa escritorio. Depositó el documento junto al tintero que la mano procedente de la oscuridad había puesto allí. Destapó el frasco y mojó la pluma en la tinta. Luego firmó el perdón de «Chistera» Elverton.

La tinta azul brilló sobre el papel blanco. El gobernador contempló su firma.

Exhalando un suspiro y meneando la cabeza, secó el papel y dobló el perdón para no ver más el nombre que había firmado. Obraba coaccionado. Lo lamentaba.

Foulkrod Kendall entraba en la habitación. Le acompañaba el pistolero Tim Mecke vestido con uniforme de chofer. El gobernador introducía el perdón en el sobre que el millonario le había suministrado. Mientras los hombres se aproximaban, Hiram Landow lacró el sobre.

—Aquí está el mensaje para el director de la cárcel —anunció con voz débil—. Tómelo, Kendall, y mándelo con este hombre suyo. ¿Puede tenerse confianza en él?

—Absoluta —declaró Kendall. Volviéndose hacia el pistolero, añadió:— Mecke, vaya inmediatamente a la cárcel de Nueva Avalon. Entregue este sobre al señor director. Debe usted llegar allí antes de medianoche.

Tim Mecke asintió en silencio.

—Yo me quedaré en esta capital esta noche —continuó el millonario—. Regresaré a Nueva Avalon por tren, mañana por la mañana. Quédese en mi casa después de haber entregado el sobre al director.

Tim Mecke partió a cumplir la misión encomendada a él. Foulkrod Kendall se volvió para mirar a Hiram Landow. El millonario sonrió al ver el aire de abatimiento y resignación del gobernador.

—Buenas noches, señor gobernador-dijo. El fabricante se marchó. El gobernador Landow se quedó solo. Contemplaba la puerta por donde Tim Mecke y Foulkrod Kendall habían salido.

La cortina tembló de nuevo. La mano enguantada de negro se alargó para restituir el tintero de la mesa escritorio. La misma mano se llevó el tintero en que el gobernador había mojado la pluma.

Cuando Hiram Landow se levantó para salir de la lúgubre habitación, sus ojos se posaron sobre aquel tintero.

No sospechó que fue substituido por otro. Se detuvo junto al escritorio para depositar los papeles que contenían la petición de clemencia redactada por el doctor Guyon.

El gobernador salió. La cortina se movió. Una negrura, esta vez una mása más grande surgió de detrás de las cortinas. La elevada silueta de La Sombra se transformó en una figura siniestra. Un cuchicheo suave brotó de los labios situados bajo el sombrero negro.

Una mano enguantada de negro, recogió los papeles depositados encima de la mesa del gobernador. Las hojas blancas crujieron, al desaparecer debajo de la capa de forro carmesí.

Las paredes devolvieron suavemente los ecos de la risa contenida de La Sombra. El ser fantasmal se deslizó por el suelo y cruzó la puerta del fondo.

CAPÍTULO XIX

EN LA CASA DE LA MUERTE

ERAN las doce menos veinte, cuando un automóvil se detuvo en seco delante de las verjas de hierro de la prisión del Estado, cerca de Nueva Avalon.

Un chofer excitadísimo tocó la bocina. Un hombre salió de una garita y proyectó los rayos de una linterna sobre el coche. El resplandor reveló las facciones de Tim Mecke.

—Necesito ver al director —anunció el pistolero—. Inmediatamente, es un asunto muy importante.

Ofreció una tarjeta que le había facilitado Foulkrod Kendall. Llevaba la firma del director, permitiendo la entrada al portador de ella. El guardián volvió a su garita. Las verjas de hierro se abrieron de par en par. Tim Mecke entró con el coche.

El gangster sonrió al presentar su permiso de entrada a un guardián interior.

Fue conducido por un pasillo a la oficina del director. Allí hubo de detenerse.

Una antesala estaba atestada de periodistas, guardianes y otras personas que iban a presenciar la ejecución de «Chistera» Elverton. Tim habló a uno de los hombres que vestían uniforme. Manifestó que debía ver inmediatamente al director. El guardián se interpuso entre Tim y una puerta de cristales.

Tim vio las palabras siguientes encima de aquella barrera:

WILLIS BARRINGER Director

—No puede usted entrar ahí —gruñó el guardián—. No hay posibilidad, joven. EL director está ocupado.

—Pero yo tengo que verle...

—Después tendrá ocasión. Saldrá pronto.

—¿Antes de la ejecución?

—Desde luego. Por eso están estos sabuesos aquí... Bajarán con el director.

Tim Mecke asintió con la cabeza. Conocía que podría hablar con el director.

El guardián le aseguró que ésta era la única puerta del despacho de la dirección. Tim se apostó en un lugar estratégico.

AL poco rato, la puerta de la dirección abrióse y un hombre achaparrado, de cabellos gruesos, apareció, seguido de dos guardianes.

—¡El director! —oyó Tim que decían.

—Prepárense, muchachos —anunció el hombre de cabello canoso, en medio del silencio, que sucedió—. Bajaremos dentro de unos tres minutos. Ya todo está dispuesto. El doctor Guyon está presente en la sala de ejecución.

Tim Mecke avanzó mientras el director hablaba a los guardianes que tenía al lado. En la mano, Tim, tenía el sobre que Foulkrod Kendall le diera en el palacio del gobernador.

—Un minuto, señor director —interrumpió, en voz baja—. Tengo que comunicarle una noticia muy importante.

El director escrutó atentamente a Tim Mecke. ¿Qué quería aquel hombre?

Vió el sobre en la mano del pistolero y observó que estaba dirigido a él.

—¿Se relaciona esto con la ejecución? —interrogó.

Tim movió afirmativamente la cabeza.

—¿Qué es? —continuó el director.

—Tendrá usted que abrirlo —cuchicheó Tim—. En la oficina... No puedo hablarle aquí. Vengo de la capital...

El director señaló hacia la puerta. Habló a los guardianes y les dijo que no permitieran la entrada a nadie. Condujo a Tim Mecke al interior de la oficina y tomó el sobre cuando se dirigía hacia su mesa.

—¿Qué hay aquí? —preguntó, rasgando el sobre.

—Un perdón —respondió Tim—, para Ronaldo Elverton. Un perdón firmado por el gobernador Landow.

El director, sentado a la mesa, alzó la vista, lleno de asombro. Era increíble.

Desdoblaba el documento mientras miraba con fijeza a Tim Mecke. Dudaba del hombre.

El papel estaba abierto en las manos del director: Apenas se veía la firma del gobernador, pero el director no la observó mientras escrutaba al portador del sobre. Luego, en el papel que el director tenía entre los dedos, ocurrió un fenómeno extraño.

¡Limpiamente, como si una mano invisible hubiese actuado, la firma de Hiram Landow se borró del perdón!

La tinta que se desvanecía realizó su cometido con sorprendente rapidez. La tinta del frasco que La Sombra depositara en la mesa del gobernador poseía esa característica. El líquido perdía el color al ponerse en contacto con el aire.

El director miró con fijeza el papel. Al recorrer con la vista las líneas escritas a máquina, se imaginó ver el brillo de tinta azul al pie. Cuando sus ojos se posaron sobre ese punto, observó que estaba equivocado.

El documento contenía las frases propias de un perdón, pero su parte más importante estaba en blanco.

¡El papel no llevaba ninguna firma!

El director levantó la cabeza, colérico.

—¿Qué es esto? —interrogó—. ¿Una broma? ¿Un ardid para demorar la ejecución?

—¡Es un perdón del gobernador! —replicó Tim—. Léalo. Mire la firma...

En respuesta, el director se puso en pie, puso el documento delante de los ojos de Tim.

El también vió que el papel no llevaba la firma del gobernador.

Tim estaba demásiado estupefacto para hablar.

—¡Ya está dispuesto, señor director! —gritó una voz en la puerta.

—Sí —tronó el director—. Bajaremos al instante.

Furiosamente rompió en dos trozos el perdón sin firmar. Arrojó los fragmentos al suelo. Lanzando una mirada despectiva a Tim Mecke, se dirigió hacia la puerta.

—¡Escuche, señor director! —suplicó el gangster, asiéndole del brazo—. Debe haber un error. Este perdón es auténtico. Lo recibí de manos del gobernador...

—No tengo tiempo que perder con usted-interrumpió fríamente

el director.

Desasíéndose de Tim, salió de la oficina. El pistolero, frenético, le siguió.

Los hombres que se reunieron con el director, que empezó a caminar presuroso, le interceptaron el paso. La gente pasaba por una puerta de hierro.

Cuando intentó pasar para dar alcance al director, un guardián le detuvo bruscamente.

—Enséñeme su permiso —pidió.

Tim exhibió la tarjeta que le autorizaba a entrar en la cárcel.

—¡Esto no sirve! —exclamó el guardián—. Enséñeme el permiso especial para bajar a la sala de ejecución o de lo contrario no puedo dejarle pasar.

—Déjeme pasar... Quiero ver al director...

El guardián empujó a Tim a un lado. La última de las personas autorizadas pasaba por la puerta de hierro. Esta se cerró con estruendo. Tim Mecke quedó aturdido, inmóvil, con los ojos desencajados.

—¡Un teléfono! —gritó—. ¿Dónde hay un teléfono?

El guardián creyó que Tim se había vuelto loco.

Luego al observar que el hombre se calmaba, le facilitó la información.

—Vuelva a la habitación que hay fuera de la oficina del director —indicó—, y encontrará un teléfono.

Tim volvió precipitadamente. Pidió que le pusiesen en comunicación con el gobernador. Recibió un chasco. La telefonista se negó a facilitar una conferencia al locutor desconocido.

Desesperado, Tim dio el número de la casa de Foulkrod Kendall, cerca de Nueva Avalon. Le pusieron en comunicación; oyó la voz de su criado.

—¡Dése prisa! —suplicó—. Llame al hotel Barnes, a la capital. ¡Dígale al señor Kendall que telefonee en seguida al gobernador! Dígale que todo ha ido mal... que Mecke ha llamado a usted...

Sentado junto al teléfono Tim observaba el reloj. La aguja estaba a punto de llegar a las doce, cuando la llamada de Tim a la casa de Kendall terminó.

¡Faltaban dos minutos!

Abajo, en la sala de ejecución, los celadores inmovilizaban las

piernas de «Chistera» Elverton. Impasible, el gangster aristocrático estaba sentado en la silla eléctrica mirando estólidamente a la gente que le observaba.

Vió el rostro severo del director. Observó el rostro sereno del doctor Conrado Guyon.

Este era el fin. «Chistera» comprendió que sus amigos le habían fallado. No despegó los labios. Un silencio profundo reinaba en la sala de la muerte cuando se terminaron los contactos.

El director consultó su reloj e hizo una señal.

El cuerpo de «Chistera» Elverton se estremeció al recibir la corriente mortífera. Los observadores estaban demasiado tensos hasta para respirar.

Vieron el semblante contorsionado del hombre de la silla eléctrica. Las luces opacas de la sala aumentaban el terror de la escena.

Arriba, Tim Mecke lanzó un gemido cuando las luces de la antesala empezaron a vacilar.

Alguien había cometido un acto de traición. Pudo haber sido Foulkrod Kendall o el gobernador. Quienquiera que fuese, ese hombre las “pagaría”.

En la sala de ejecución, abajo, unos hombres escrutaban el cuerpo retorcido de «Chistera» Elverton. El doctor Conrado Guyon pronunció las palabras finales. Declaró que el asesino estaba muerto.

El cadáver sería trasladado para hacerle la autopsia que ordenaba la ley del Estado. Los periodistas, pálidos, comenzaron a desfilar.

Tim Mecke oyó que los hombres pasaban delante de la puerta de la antesala.

El director de la cárcel pasó por su lado, hablando a sus acompañantes.

Entró en el despacho, sin observar siquiera la presencia de Tim Mecke.

El teléfono, que estaba al lado de Tim, empezó a repiquetear.

Automáticamente, el gangster descolgó el receptor. Oyó la voz de Foulkrod Kendall, preguntando excitado el motivo de la llamada de Tim.

—Llega usted demasiado tarde —dijo Tim, con voz opaca—. El

perdón que usted me dio era una burla; no estaba firmado.

Tim oyó una exclamación de sobresalto, a través de la línea.

—¿Dice usted que el gobernador no lo firmó? —interrogó en voz baja—. Pues bien, le engañó. Sería mejor que regresase usted a Nueva Avalon. Le estaré esperando para verle. Estoy dispuesto a echarlo todo a rodar, si creo que usted ha jugado sucio.

Una pregunta frenética llegó a los oídos de Tim.

—Sí —gruñó el gangster—. «Chistera» Elverton ha sido ejecutado. Está muerto. Voy a «despachar» a alguien por esta faena.

EL pistolero colgó el auricular. Salió del cuarto.

Mil pensamientos de venganza bullían en el cerebro de Tim Mecke. Él averiguaría el motivo de la burla que había costado la vida a su compañero. ¡Foulkrod Kendall... Hiram Landow... uno de ellos; Quizá los dos, pagarían con la vida la traición! Mataría al culpable de la muerte de «Chistera» Elverton.

CAPÍTULO XX

DESPUÉS DE LA MUERTE

—CHARLTON llegará pronto —dijo el doctor Conrado Guyon—. Entonces podremos empezar la autopsia.

EL director de la cárcel asintió con la cabeza. El y el médico estaban en una sala tétrica, de paredes pétreas. Ante ellos, tendido en una mesa, hallábase el cuerpo inerte de «Chistera» Elverton.

Preguntó el director.

—¿Piensa usted hacer la disección? ¿O se encargará de ello el doctor Charlton?

—Yo empezaré —declaró Guyon—. Después, Charlton puede continuar bajo mi dirección. Desde luego, Harper puede ayudarnos —el médico señaló a un ayudante de rostro solemne que estaba de pie junto a la puerta— y así el trabajo se simplificará.

—No obstante-observó el director —, se está usted molestando innecesariamente, doctor. La autopsia podía aplazarse fácilmente hasta mañana. Podíamos haber retenido el cadáver en la cárcel.

—Es mejor así —manifestó Guyon—. Aquí, en mi sala de disecciones, pierdo la noción del tiempo. Y en realidad, prefiero trabajar de noche. Además, es conveniente hacer la autopsia cuanto antes, después de la ejecución.

Como el director permanecía silencioso, Guyon le tendió la mano para darle al funcionario las buenas noches. Harper, el ayudante taciturno, inició los preparativos de la autopsia. El director se volvió y fue a la puerta acompañado de Guyon.

Tan pronto como el director se hubo marchado, Guyon volvió e indicó la puerta. Dio unas órdenes rápidas a su ayudante.

Ordenó:

—Asegúrese de que la puerta exterior está cerrada con el

cerrojo. Luego telefonee al doctor Charlton. Dígame que es innecesario que venga. Basta que yo le llame; que estoy ocupado y tengo la intención de demorar la autopsia un corto tiempo.

Mientras Harper obedecía las instrucciones, el doctor Guyon inició un estudio preliminar del cadáver. La habitual indolencia del médico desapareció por completo. Estaba activo y alerta esta noche.

Posando las manos encima del pecho de «Chistera» Elverton, empezó a hacer una ligera presión.

Cuando Harper reapareció, el cirujano seguía trabajando. Ordenó al ayudante que arrimara un instrumento que había en un rincón. Harper obedeció; Guyon ajustó un aparato que cubrió el rostro de Elverton.

Este instrumento, cuando el cirujano lo puso en marcha con un zumbido, parecía producir el efecto de un pulso motor.

Harper estaba de pie, al lado, ahora, EL doctor Guyon ejecutó unos movimientos repetidos, que el ayudante pareció comprender. Llevó diversos instrumentos al cirujano. Este recibió un estetoscopio que se ajustó a los oídos; luego aplicó el instrumento al cuerpo que tenía delante.

Transcurrieron varios minutos larguísimos. El rostro de Guyon se llenó de aprensión. Ordenó a Harper que sacara el pulso motor de la cara de Elverton.

Escuchando aún atentamente por el estetoscopio, hizo una señal al ayudante.

—Hay una posibilidad, Harper —dijo, quitándose de la cabeza el estetoscopio—. Es muy remota, pero existen posibilidades. El resultado ocurrirá rápidamente, si es que ocurre. Tráigame la epinefrina.

Harper apareció con una cajita. Guyon rasgó la ropa que cubría parcialmente el pecho de Elverton y colocó la punta de la aguja tocando la carne.

El cirujano tenía un aire tenso. Harper, el hombre silencioso que estaba al lado de Guyon, conocía el motivo. El cirujano iba a ejecutar la inyección más difícil; que dañaría si se cometiese el menor descuido: ¡Guyon iba a introducir la punta de la aguja en el corazón de Elverton!

Lentamente, con precisión calculada, Guyon le dio la inyección. Retiró la aguja.

Estudió el cuerpo inerte. Hizo una seña a Harper. Se había realizado la prueba; el éxito estaba en el aire.

El estetoscopio de nuevo. Mientras Guyon lo usaba, Harper apareció con un frasco conteniendo un líquido azulado. El cirujano extrajo una cantidad de dicha substancia. Dejó que cayeran tres gotas del potente líquido en la boca, de Elverton, mientras Harper le separaba las mandíbulas.

—Tal vez sea necesario administrarle otra inyección, más tarde —observó el cirujano, de pie, con el estetoscopio en las manos—. Si tenemos éxito, y creo que lo tendremos, se efectuaría un restablecimiento muy notable. Yo declararé que este hombre estaba muerto, Harper, a tiempo de evitar que le aplicaran otra descarga eléctrica.

Sucedió una pausa. Luego el médico habló en tono reminiscente.

—Recuerda usted el caso del asesino Carish. Podíamos haberle reanimado, Harper, si hubiésemos querido. Carish recibió más descargas que este hombre. Desde luego, no teníamos ningún motivo para volver a la vida a Carish. Quizá —añadió en tono irónico—, quizá por esa razón mostró señales de resurrección. ¡Ah!

La exclamación brotó de los labios de Guyon al inclinarse sobre el cuerpo de «Chistera» Elverton. El cirujano creyó haber visto un leve parpadeo.

¿Acaso el muerto resucitaba?

Empezaron los preparativos con gran rapidez. A intervalos, Guyon estaba a punto de administrar una segunda inyección de epinefrina. Luego, cuando la resurrección parecía imposible, los párpados de «Chistera» Elverton se movieron visiblemente.

El doctor Guyon emitió ahora un gesto de triunfo.

—¡Hemos vencido, Harper! Ahora será cuestión de minutos. ¡Hemos vencido!

Un teléfono empezó a repiquetear en una habitación contigua. El doctor Guyon consultó su reloj. Eran las tres y media. El cirujano asió el brazo del ayudante y señaló el instrumento.

—Aplíqueselo —ordenó—. Yo contestaré al teléfono. Debe ser Charlton. Tengo que hablarle esta vez.

Mientras Harper obedecía las instrucciones de Guyon, éste atravesó una puerta. Descolgó el auricular y habló en tono calmoso. Oyó la voz de Foulkrod Kendall.

—Sí... sí... —Una sonrisa se dibujó en los labios del cirujano—. Comprendo... Ciertamente... La amenaza de Mecke era de esperar... Sin embargo no hay motivo para alarmarse... Dices que está ahí... Muy bien, tráelo aquí, cuando vengas... Sí, dile que puedo explicárselo todo, satisfactoriamente... Desde luego, ven secretamente... ¿Qué dices?... No te preocupes... Déjalo de mi cuenta... Ya lo explicaré cuando lleguéis.

Cerca de las cuatro de la madrugada, el doctor Guyon salió de nuevo de la sala de autopsias, en respuesta a un ruido sordo procedente del exterior.

Alguien había llegado a este lugar.

El cirujano quiso abrir la puerta por sí mismo. Atravesó un pasillo abovedado, descorrió el cerrojo de una puerta y dejó entrar a dos hombres.

Los visitantes eran Foulkrod Kendall y Tim Mecke.

Con una sonrisa, Guyon los condujo a la habitación del teléfono. Les señaló las sillas. Kendall tomó asiento, con aire preocupado. Mecke permaneció de pie, mirando con expresión de reto a Guyon.

Dijo el médico: —Perdonen un momento. Tengo que efectuar una llamada importante.

Descolgó el auricular y marcó un número. Tras una pausa, habló a alguien al otro extremo del hilo.

—Hola, Charlton —dijo—. Estoy empezando la autopsia... Sí, el cadáver está aquí... Sí, puede venir dentro de media hora...Muy bien. Ya habré adelantado algo para entonces.

Colgando el receptor, se volvió hacia los visitantes. Formuló una pregunta, en tono de extrañeza.

—¿Qué ocurre?

—¿Qué ocurre? —Tim Mecke contestó...—. Yo le diré lo que ocurre. Pensé que esto era un lazo, cuando Kendall quiso que yo viniera aquí. No sé lo que Kendall le ha dicho, Guyon, pero usted es muy amigo suyo y voy a informarle desde un principio.

»¡Yo soy un ladrón y también lo es Kendall! Los dos estábamos asociados con «Chistera» Elverton. Por eso Kendall quería que usted apoyase su petición al gobernador. El perdón resultó una farsa. Yo me presenté en la cárcel con un papel sin firmar. Por eso está usted trinchando ahora el cadáver de «Chistera» Elverton.

»He dicho a Kendall que es un traidor.. Él afirma que el

gobernador firmó el perdón. Hemos venido aquí porque Kendall me dijo que usted daría una explicación. No sé lo que tiene que explicar...

—Mecke —interpuso Guyon, en un tono que hizo que el gangster interrumpiera su iracundo discurso—, yo le he visto a usted antes, pero no le he hablado nunca. Quizá esto explica su actitud. AL parecer cree usted que yo no sé nada, o muy poco, de lo que se ha hecho.

»En realidad, he estado asociado con Kendall durante todas estas operaciones. En la vida pública, él desempeña el papel del hombre de negocios; yo, el papel de un accionista de sus empresas. En realidad, hemos operado juntos.

Tim Mecke se quedó con la boca abierta... Extrañó por qué motivo Kendall había insistido en ir a la cárcel. La revelación del cirujano dejó estupefacto al gangster.

Guyon continuó:

—Kendall y yo hemos conspirado para salvar la vida de «Chistera» Elverton. Yo redacté la petición; Kendall gestionó el perdón. Si Kendall afirma que pensaba que el perdón fue firmado, creo en su palabra. Según tengo entendido, usted estuvo en el despacho del director, cuando se realizó la ejecución. Yo estaba abajo en la sala. Créame, Mecke, yo sentía tanta ansiedad como usted mismo.

—He dicho a Mecke que sea razonable-intervino Kendall —. Le traje para que usted le hablase, Guyon. Le he prometido que haremos cuanto sea posible por él; que no hay nada que no podamos hacer...

—¡No puede usted volver a la vida a «Chistera» Elverton! —interrumpió Mecke—. Eso es lo que yo quiero y lo que Barbier y Cuno quieren. Sin «Chistera» el negocio ha terminado. Querían ustedes desembarazarse de él...

El doctor Guyon alzó una mano en interrupción. Fue lentamente a la puerta de la sala de autopsias y con un gesto señaló a los otros que le siguieran.

Kendall extrañó la invitación. Mecke sospechó un lazo. Sin embargo, obedecieron al cirujano.

Tim Mecke dilató los ojos al observar el cuerpo, que descansaba en la mesa de operaciones de la sala de autopsias. El rostro medio

cubierto ostentaba las señales del bisturí del cirujano.

—EL cadáver de Ronaldo Elverton-anunció Guyon, con toda calma—. Estoy a punto de extirpar el cerebro, para que nos sirva de estudio. Otro cirujano, el doctor Charlton, vendrá dentro de un rato para continuar el trabajo conmigo.

—¿Es ése el cuerpo de «Chistera»? —exhaló Tim.

—Oficialmente, sí —repuso el médico, con una sonrisa astuta—. En realidad, no lo es. Es un cadáver que obtuve recientemente para practicar una disección, con el objeto de que yo pudiese sacar el cuerpo de Elverton, después de la electrocución.

—¿Porqué —inquirió Kendall, con sorpresa.

—¿Qué ha hecho usted con el cuerpo de «Chistera»? —interrogó Tim.

—Responderé a las dos preguntas al mismo tiempo —sonrió el cirujano—. Vengan conmigo.

Abrió una puerta situada en el fondo de la sala. Introdujo a Kendall y a Tim Mecke en un cuartito iluminado.

Los dos visitantes se detuvieron conteniendo el aliento, incrédulos.

¡Reclinado en las almohadas de una cama de hospital, con los ojos abiertos y chispeantes mirando hacia la puerta, hallábase «Chistera» Elverton!

Mientras Kendall y Mecke devolvían la mirada fija del gangster aristocrático, la voz de Conrado Guyon sonó suavemente al lado de ellos.

—Ronaldo Elverton. Sentenciado á muerte, por asesinato. Electrocutado en la cárcel del Estado. Traído aquí para que yo pudiera hacer la autopsia del cadáver.

“Ronaldo Elverton. Ustedes le ven después de la muerte. ¡Sí, después de la muerte, ha resucitado! ¡Yo le he sacado de la tumba!

CAPÍTULO XXI

EL MENSAJE DE LA SOMBRA

FOULKROD Kendall estaba en su habitación del rincón. Hablaba por teléfono.

Sus ojos chispeaban y su voz denotaba un gran interés.

—Sí... Sí... —El millonario sonreía—. Muy bien, Conrado. Lo dispondré para esta noche. Esta será tu primera visita al lugar... Bien. Estarás allí para inaugurar el nuevo comienzo... A las nueve... Tú conoces el camino.

Kendall estaba pensativo cuando se reclinó en su sillón. Era ésta la primera conversación que había sostenido con Guyon, desde la noche en que él y Mecke visitaran al cirujano.

Celebraron una conferencia aquella noche. Guyon, considerado ahora como el elemento más poderoso del proyecto del azote de la plata, insinuó sagazmente la presencia de un enemigo invisible.

—Bajo ninguna circunstancia —dijo el cirujano—, debes mencionar lo ocurrido aquí. Deja que Mecke, diga á los otros hombres que Elverton vive aún; y que ellos se lo callen.

¿El enemigo? Kendall había sospechado de Vic Marquette. Era concebible que el agente federal hubiese figurado en estos incidentes. No obstante, el asunto del perdón del gobernador era algo que Kendall atribuía a Hiram Landow. El gobernador —pensó el millonario— fingió firmar el papel sin llegar a hacerlo.

Vic Marquette permaneció en la ciudad hasta después de la ejecución de Elverton. Fue mera fórmula por parte del agente federal. Estuvo presente en el asesinato del detective Donald Cady y se quedó hasta el final de todo lo relacionado con ese asunto.

Kendall descolgó el auricular e hizo otra llamada. Esta vez habló con Tim Mecke.

—Esta noche, a las nueve —anunció Kendall—. Sí... Estará allí... No diga ni una palabra de esto... En mi oficina particular; luego visitaremos el laboratorio... Sí, sé que Barbier y Cuno recibirán una sorpresa...

“¿El gobernador? Hablaremos de él esta noche... Sí. Conozco que usted quiere vengarse porque dejó que Elverton muriese en la silla eléctrica... Usted sabe cómo podemos realizarla, pero no queremos vengarnos del joven Landow hasta más adelante... Los libros están aún en la caja de caudales. Los vigilamos para estar seguros de que el viejo no le avisa...

Terminada la conferencia, el millonario se levantó y salió del cuarto. Una luz seguía ardiendo. Bajo su iluminación, una figura vaga penetró por la ventana. La silueta de La Sombra, apareció á la vista.

No brotó ninguna risa de los labios invisibles. Esa noche, La Sombra, al sentarse en la mesa de Kendall, tenía una expresión siniestra. Sus ojos agudos parecían abrasar en medio de la oscuridad, al escudriñar alrededor de la habitación.

La Sombra, aunque no regresó a Nueva Avalon la noche en que se firmara el perdón, sospechó al instante que Kendall y Mecke habían sostenido su disputa ante otra persona. La Sombra adivinó la identidad del individuo en cuestión: el doctor Conrado Guyon.

Aunque no parecía que Guyon hubiese participado en algún hecho delictivo, su complacencia para formular una petición en favor de «Chistera» Elverton convenció a La Sombra de que él sabía más de lo que aparentaba.

Si Mecke hubiese denunciado a Kendall, como el gangster amenazara, La Sombra habría sabido qué medida tomar. Continuando la amistad los dos bribones, La Sombra no tuvo más remedio que esperar el curso de los acontecimientos.

Lo más seguro era vigilar al millonario, pues éste sería el intermediario. Él estaba en contacto con Tim Mecke y los falsificadores; también él era quien naturalmente estaría en contacto con el doctor Conrad Guyon...

La Sombra había contado con lo que iba a ocurrir esta noche: la primera visita del doctor Guyon a la guarida secreta donde se fabricaba moneda falsa.

Transcurrieron varios minutos mientras La Sombra seguía

sentado en la habitación particular de Foulkrod Kendall. El millonario había subido al primer piso. No era probable que volviese seguidamente. Una risa suave y hueca salió de los labios de la Sombra.

Se había esperado con impaciencia la llegada de esta noche.

Kendall, Guyon, Tim y los monederos falsos, se encontrarían todos en la fábrica. La presencia de otra persona, un factor desconocido, no tenía importancia.

En el desarrollo del caso de los monederos falsos, la mano de La Sombra había desempeñado un papel importante; más siempre permaneció invisible.

Esta noche no era necesario que se revelase.

Una mano enguantada de negro alzó el receptor del teléfono. Una voz, reposada pero ya no siniestra, marcó un número del Hampstead, el pueblo vecino. La Sombra esperó.

En dos habitaciones comunicantes de un hotel de Hampstead, seis hombres hallábanse sentados en cómodos sillones. Entre ellos estaba Vic Marquette.

El agente federal tenía una expresión de enojo cuando habló a sus cinco compañeros.

—Quizá soy un idiota —declaró—. Les he traído aquí, porque recibí una confidencia antes de marcharme de Nueva Avalon. Una persona desconocida me llamó al teléfono, para decirme que me preparase para hacer una redada. Por esto les he traído aquí.

Las palabras de Vic Marquette, indicaban que sus compañeros pertenecían también a la Policía Federal Secreta. Vic era el jefe, pero los otros se permitían formular alguna crítica.

—Si tú sabes lo que haces, Vic —dijo uno—, está bien. Pero ésta es la tercera noche que has escuchado a esa voz de que hablas. Cada vez te ha dicho que esperes una noche más. Permanecerás aquí toda la vida, a este paso.

—Escucha —gruñó Marquette—, busco a dos hombres que conozco. Barbier y Cuno están en esta localidad. Les seguí el rastro hasta Nueva Avalon y luego se me perdieron. Yo soy el jefe y voy a esperar hasta que la voz cese de llamarme.

El teléfono, empezó a repiquetear. Uno de los agentes descolgó el auricular.

Vic lo arrebató de las manos de su subordinado. Habló en la

bocina y esperó respuesta. Oyó el tono sin inflexión de la voz que le había llamado anteriormente.

Vic no pudo identificar aquella voz; sin embargo parecía ser un eslabón del pasado. En su carrera profesional, Vic Marquette había encontrado a un extraño fantasma que luchaba y ganaba asombrosas batallas por la causa de la justicia.

¡La Sombra!

Vic Marquette era una de las contadas personas, que habían visto en acción al fantástico vengador. ¡Esta noche, el tono recordaba a Vic la voz de La Sombra!

Unas palabras firmes salían del receptor. El rostro de Marquette se puso muy tenso. Formuló unas preguntas rápidas y breves que hicieron que sus subordinados cambiaran miradas entre sí.

Cuando el auricular fue depositado en su gancho, todos los oyentes sabían que Vic Marquette había recibido el aviso que esperaba.

—Ha llegado —anunció Vic—. Ahora tengo la respuesta. Yo estaba ciego para no verlo antes. Escuchad, muchachos: este mensaje lo aclara todo. Explica por qué fue asesinado el detective Cady. Explica por qué Barbier y Cuno han podido permanecer escondidos en sitio bien seguro. Ese individuo que fue a la silla eléctrica («Chistera» Elverton) estaba complicado en esto. Vamos a atrapar a una de las bandas más hábiles que jamás habéis encontrado. Vamos a frustrar uno de los planes de falsificación de moneda más importantes desde hace años. Ahora lo veo claro.

Los otros agentes se pusieron en pie. Le asediaron a preguntas. Vic Marquette meneó la cabeza. Diría algo más cuando estuviesen en camino; hasta entonces, no.

En la habitación de Foulkrod Kendall, La Sombra seguía sentado a la mesa.

Desde la casa del millonario había dado el aviso, que Vic Marquette tenía la esperanza de recibir. Un pelotón de agentes de la Federal Secreta se pondría en marcha pronto para enfrentarse... ¿con quién? Con una banda de malhechores sin jefe.

Foulkrod Kendall, el doctor Conrado Guyon, Tim Mecke...; Ninguno de éstos era capaz de organizar una resistencia firme. Lucharían, pero carecían de las dotes de mando en la batalla. Si «Chistera» Elverton estuviese aún vivo, el caso sería diferente.

Los ojos de La Sombra chispearon, como si vislumbrase las facciones del bandido electrocutado. Luego, de los labios del fantasma de la noche, salió una risa cuchicheada. De tonos fantásticos, sobrenaturales, que anunciaban unos pensamientos increíbles.

¡«Chistera» Elverton! La imagen de aquel hombre como factor vivo en el crimen inminente provocó en el cerebro de La Sombra una serie de pensamientos. ¡Él, para quien lo imposible era posible, había adivinado la existencia de un hecho asombroso!

¡Los criminales no carecían de un jefe esta noche! Tendrían uno, el hombre desconocido a quien Foulkrod Kendall mencionara por teléfono a Tim Mecke. ¡Por su propio mensaje a Vic Marquette, La Sombra había adivinado la increíble verdad!

Su cerebro genial había aceptado la más extraña de todas las posibilidades: ¡que el doctor Conrado Guyon, médico extraordinario, había resucitado a «Chistera» Elverton de entre los muertos!

EL papel de Guyon parecía haber sido pasivo; La Sombra conocía ahora que ello había encubierto las actividades reales del doctor.

La negrura atravesó la negrura. La figura de La Sombra se movió hacia la puerta. Se detuvo. Unos oídos agudos oyeron los pasos de Foulkrod Kendall en la escalera. El millonario iba a la fábrica.

La Sombra esperó hasta que oyó cerrarse la puerta principal. Luego, á través del gabinete silencioso, el fantasma de la noche siguió la ruta que el millonario había tomado. Su figura se hundió en la oscuridad.

Los criminales serían aún poderosos esta noche. Vic Marquette y sus subordinados afrontaban una misión peligrosa. Una tarea siniestra esperaba a La Sombra.

¡El rey de la oscuridad seguía el rastro de una nueva aventura!

CAPÍTULO XXII

DEMONIOS ACORRALADOS

FOULKROD Kendall entró en su despacho particular. Encendió la luz. Unas risitas saludaron su acción. El millonario retrocedió, consternado; luego, sonrió débilmente. Sentados a la oficina estaban el doctor Conrado Guyon y «Chistera» Elverton.

—Pensamos que usted vendría temprano-dijo el gangster aristocrático—. En consecuencia, vinimos antes de tiempo. ¿Dónde están Tim y los otros?

—En el laboratorio —repuso Kendall.

—Entremos —sugirió «Chistera»—. No tendrán inconveniente en que lleguemos temprano. Se alegrarán de verme. Diga, doctor —se volvió lento hacia Guyon—, ¿y Harper?

—Harper está bien —repuso el médico con firmeza—. Él, como nosotros, es un malhechor. Hablaremos de él esta noche. Tal vez sería bueno admitirlo en nuestra banda.

—Está fuera, en el coche, ahora-explicó «Chistera» Elverton.

—¿Cerca de aquí? —preguntó Kendall, con ansiedad.

—No —respondió «Chistera»—. No lo bastante cerca para enterarse de lo que hacemos. Está estacionado a un lado de la carretera, con las luces apagadas. A cien metros.

Los tres hombres salieron de la oficina y penetraron en el pasillo que conducía a las salas donde se fabricaba la plata. Kendall estaba asombrado de ver que «Chistera» Elverton se había restablecido tan completamente de su viaje a la silla eléctrica. «Chistera» parecía más alerta que nunca.

El trío llegó a su destino. Tras las puertas cerradas, «Chistera» Elverton cambió saludos afectuosos con Tim Mecke y los dos monederos falsos.

Barbier y Cuno estaban de pie, junto a la máquina, dispuestos a ponerla en marcha. En cajas, por toda la sala, había montones de monedas falsas.

El azote de plata estaba dispuesto a desatarse; los fondos acumulados del dinero falso habían adquirido enormes proporciones.

—¿Tienes tu pistola, Tim?

Fue «Chistera» Elverton quien formuló la pregunta.

Tim Mecke sonrió y dio un golpecito a la funda que llevaba al costado. El gangster, en su carácter de guardián del camión blindado, siempre llevaba el arma cargada.

—¿Y vosotros?

«Chistera» preguntaba a los falsificadores.

Barbier y Cuno menearon negativamente la cabeza.

—Pues cogedlas —ordenó «Chistera»—. No se sabe nunca qué puede ocurrir de un momento a otro, en un lugar como éste.

Tony Cuno extrajo dos revólveres de un cajón. Dio uno a Cyrus Barbier.

—¿Tiene usted una pistola? —preguntó «Chistera», volviéndose hacia Foulkrod Kendall.

El millonario movió la cabeza en señal afirmativa.

—Muy bien —dijo «Chistera»—. Le dije al doctor que cogiese una esta noche. Dio una también a Harper; y yo llevo un par del treinta y ocho. Perdí mi revólver después de matar a aquel detective idiota; pero puedo usar éstos si los necesito. No se sabe nunca lo que puede suceder.

Los bandidos discutieron amistosamente más de un cuarto de hora. Luego Cyrus Barbier fue a la máquina y Tony Cuno, se dispuso a alimentarla. Tim Mecke se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —preguntó «Chistera».

—Al camión —respondió Tim—. Vuelvo pronto.

—¿Sí? —preguntó «Chistera»—. Bien cuando salgas de aquí, no sueltes de la mano tu pistola. Y tú, Tony, no seas tan poco precavido. Apártate de la máquina, ponte detrás de él. No se sabe quién puede estar fuera. Sigue tu trabajo, Barbier; pon la máquina en marcha mientras enseño a éstos cómo usar la cabeza.

Kendall y Guyon cambiaron miradas de aprobación al observar las precauciones de «Chistera». Instintivamente, los dos posaron una

mano en el cañón de un revólver.

El consejo de «Chistera» Elverton era más oportuno de lo que se imaginaba el gangster aristocrático. Mientras «Chistera» daba estas órdenes, otro hombre daba instrucciones al otro lado de las puertas de estas habitaciones.

Vic Marquette y su destacamento habían entrado. Estaban estacionados por el corredor, cubriendo la puerta por donde Tim Mecke se disponía a salir.

La voz de Marquette fue oída de todos. EL jefe de la patrulla de agentes de la Secreta daba un consejo acertado.

—Estad alerta. No os distraigáis ni un solo instante. Tarde o temprano se abrirá esa puerta. Cuando esto suceda nos precipitaremos por ella.

Todos los ojos miraban fijos hacia la puerta. Vic lo observó y ordenó a un agente que vigilara el pasillo, en dirección de la oficina de Kendall.

El hombre obedeció. Vió la negrura, pero no percibió la figura que estaba envuelta en las tinieblas. La Sombra observaba desde la oscuridad.

De pronto, la puerta del laboratorio se abrió. Tim Mecke, con la mano en la culata de su revólver, entró en el pasillo. En un abrir y cerrar de ojos el gangster vió relucir los revólveres. Sacó el suyo al mismo tiempo que saltaba hacia atrás. Vic Marquette dio la primera señal de ataque. Tim se tambaleó.

Los agentes federales avanzaron, antes de que el gangster herido pudiese cerrar la puerta. Tim levantó su arma para disparar, al mismo tiempo que intentaba ponerse a salvo en el cuarto interior. Dos disparos le derribaron.

Vic Marquette dio un fuerte empujón a la puerta interior. La puerta se abrió de par en par, golpeando a Tony Cuno, que se disponía a echar el cerrojo.

Los asaltantes se detuvieron detrás mismo de la puerta. «Chistera» Elverton vio rápidamente la situación y empuñó su pistola. Foulkrod Kendall y Conrado Guyon sacaban sus armas, mientras se ponían a cubierto. Cyrus Barbier corrió a colocarse detrás de la máquina.

Los agentes se extendieron en forma de abanico hacia el enemigo. No podían hacer otra cosa. La patrulla entera estaba en la

sala, disparando todos los hombres. Tony Cuno cayó con una bala en el cuerpo. Foulkrod Kendall apuntó a Vic Marquette.

Antes de que el millonario pudiese disparar, un disparo retumbó desde el umbral. El millonario se desplomó. Nadie se percató de dónde provenía aquel tiro.

En el calor de la batalla, los hombres se enfrentaban furiosamente. No observaron la figura de La Sombra, en la oscuridad de la puerta abierta.

Vic Marquette hirió a Cyrus Barbier a través de un espacio abierto de la máquina. Otros agentes apuntaron al doctor Guyon, que había llegado al lado del viejo falsificador. Un agente cayó herido. “Chistera” Elverton, entre la puerta abierta y una barricada de cajas llenas de monedas falsas, fue el hombre que derribó al agente federal.

Guyon apuntó a matar. Creía estar seguro detrás de la máquina que seguía en marcha, aunque nadie le suministraba las tiras de plata.

De nuevo, la pistola automática de La Sombra lanzó un mensaje de plomo.

El médico cayó. La Sombra había apuntado a una abertura estrechísima y su bala dio en el blanco.

Con aquel disparo, el tiroteo terminó.

Vic Marquette emitió un grito de triunfo. Sus hombres caían sobre los monederos falsos, heridos. ¡Los bribones habían sido acorralados y atrapados en su guarida! Las pruebas del delito estaban allí, a la vista, en cantidades enormes.

Vic enviaba a varios agentes a registrar y vigilar el pasillo. La elevada figura de La Sombra desapareció del umbral. Se deslizó por el pasillo y dobló un recodo a alguna distancia de la puerta exterior.

Allí, La Sombra esperó. Había calculado bien esta noche. Su oportuna ayuda había salvado las vidas de los representantes de la autoridad, de los defensores de la ley.

Pero todos los criminales no habían caído en la guarida. Quedaba uno aún, un luchador astuto que no disparó, porque él solo había observado las llamaradas que surgieron del umbral.

«Chistera» Elverton comprendió que el camino estaba interceptado. EL gangster aristocrático se había metido en un sitio, donde La Sombra no podía verle.

Se habían disparado varios tiros en dirección de «Chistera». La Sombra conocía adónde se había marchado el gangster. No obstante, al cesar el fuego, La Sombra tuvo que retirarse. «Chistera» Elverton, solo, no podía derrotar a la patrulla de Vic Marquette. La Sombra lo sabía.

Sin embargo, «Chistera» se percató de su deplorable situación. Conocía que si disparaba un tiro, él sería entonces el blanco de media docena de tiradores.

El bandido esperaba una oportunidad mejor. Se presentó. Las puertas estaban, momentáneamente, sin guardián. Saltando por encima de la barrera de las monedas falsas, «Chistera» se lanzó hacia la puerta.

Sonaron varios disparos. EL gangster ya estaba lejos de ellos. Se zambulló en el pasillo. La suerte lo favoreció. Presentaba un blanco magnífico, para La Sombra, pero topó con un agente.

Agarrados a brazo partido, fueron acercándose hacia la oficina de Kendall y al doblar un recodo, se pusieron fuera del alcance de la vista de La Sombra.

Estando seguro mientras forcejeaba con un hombre contra el que La Sombra no dispararía, «Chistera» tuvo otro momento de suerte. Su adversario tropezó.

«Chistera» se desasíó y huyó para ponerse a cubierto. Le persiguieron varios disparos. Todos los agentes que componían la patrulla, menos dos, le seguían los pasos. «Chistera» continuó corriendo. Llegó a la oficina. Los perseguidores le seguían el rastro cuando salió corriendo de la fábrica.

Brillaron varias antorchas eléctricas. «Chistera» corría hacia un coche que estaba estacionado, el automóvil en que él y el doctor Guyon llegaron allí.

Harper, de pie junto al automóvil, abrió fuego contra las luces que se aproximaban, mientras «Chistera» saltaba al volante.

El tiro de un agente derribó a Harper. El individuo cayó muerto exhalando un grito, al tiempo que «Chistera» ponía el coche en marcha.

Antes de que los agentes federales pudiesen llegar a sus coches, «Chistera» estaría lejos. Vic Marquette había dejado los automóviles a media milla de la carretera. Una persecución sería inútil. Los agentes, burlados, regresaron precipitadamente para recibir

instrucciones de su jefe.

«Chistera» Elverton se alegraba, a la vez que su coche corría veloz por la carretera. El doctor Guyon estaba muerto, como también Harper. Había visto caer a los dos hombres. ¡No quedaba ningún testigo de su resurrección!

«Chistera» estaba seguro de que en la confusión de la lucha, no recordarían su rostro.

¿Y qué, si lo recordaban?

A «Chistera» no le importaba. Por su cerebro desfilaban rápidamente los detalles de un plan, que él podría realizar sin peligro. Conocía que tenía tiempo para alcanzar su objetivo: ¡una meta que nadie podía sospechar!

«Chistera» se equivocaba. Mientras los burlados agentes regresaban a la fábrica, una figura silenciosa salía con sigilo del edificio. Una figura fantasmal subió a un automóvil escondido. Muy rezagado, partió en persecución del gangster fugitivo.

¿Era un esfuerzo inútil?

No, tratándose del personaje que conducía el segundo automóvil. La Sombra conocía la identidad del fugitivo. Su cerebro genial adivinó el lugar donde “Chistera” iría, en caso de necesidad de fondos.

¡La Sombra seguía el rastro de “Chistera” Elverton, el asesino que resucitara de entre los muertos, para trazar nuevos planes criminales!

CAPÍTULO XXIII

LA LEY DE LA SOMBRA

CLAYTON Landow estaba sentado en su oficina. Era esta una noche importante para el Teatro Kendall. El joven director general de los Teatros Kendall, anotaba unos asientos en su libro de contabilidad, cuando alzó la vista sorprendido al observar que un hombre le vigilaba.

La expresión de asombro de Clayton trocóse en una exclamación de incredulidad.

No era porque el visitante empuñaba un revólver; lo asombroso era el rostro que aparecía ante sus ojos: Clayton Landow miraba á «Chistera» Elverton, el asesino que muriera ejecutado en la silla eléctrica.

El joven Landow recordaba a Elverton de la noche que le viera en la casa de Foulkrod Kendall. Rara vez olvidaba un rostro. Sus labios pronunciaron el nombre que tenía delante.

—¡Elverton!

—Ya me figuré que me recordaría —dijo «Chistera» suavemente.

—¡Usted está muerto! —exhaló Clayton.

—Eso dicen —sonrió el gangster.

El hijo del gobernador estaba estupefacto. No supo qué hacer, ni siquiera cuando vio que «Chistera» se guardaba el arma.

«Chistera», observando la expresión del joven, le dijo:

—No puede usted hacer nada, Landow. He sufrido la pena. Yo estoy muerto. Si mil personas me reconociesen, no significaría nada. Puedo hacerme pasar por otro. Le hablo a usted porque se encuentra solo. Su testimonio no tiene importancia. Puede gritar desde los tejados que yo soy Ronaldo Elverton. No importa. Estoy muerto. He sido ejecutado por asesinato. ¡Estoy por encima de la

ley!

—¿Qué quiere usted aquí? —exhaló Clayton Landow.

—Dinero —informó Elverton, con toda calma.

—¡No lo conseguirá usted! —replicó el joven—. Si me amenaza con un revólver, pueden detenerle a usted, bajo su nueva identidad. Si me mata, será usted un nuevo asesino.

—No necesito ningún arma-repuso “Chistera” con una sonrisa—. He guardado mi revólver. Me dará usted el dinero que necesito.

—Se equivoca.

—No me equivoco. ¡Landow, sus libros prueban que ha cometido usted un desfalco! Con extraña familiaridad, «Chistera» fue a la mesa y extrajo uno de los libros de uno de los teatros de la sociedad. Lo abrió, buscó una página y puso el libro delante de Clayton Landow.

—Mire esta columna. Adicione los ingresos.

Extrañado, el hijo del gobernador obedeció. Observó con sorpresa que las cantidades sumaban más que el total anotado al pie de la página.

—¿Dónde está el balance? —preguntó «Chistera» riendo—. En su bolsillo, Landow, eso a lo menos es lo que el mundo dirá. Otros asientos presentan la misma falsificación.

Clayton Landow se hundió en su sillón.

—Yo falsifiqué esas cantidades —continuó “Chistera” tranquilamente—. Cuando yo era Ronaldo Elverton. Ahora, bajo otro nombre, puedo acusarle a usted abiertamente. Puedo explicar este asunto a Foulkrod Kendall.

—Nadie le creerá...

—Creerán a los libros. No creerían a Elverton, pero Elverton está muerto.

Observando la perplejidad del joven Landow, el gangster continuó:

—Usted sabe lo que esto significa: el fin de la carrera política de su padre. ¡Clayton Landow, el hijo del gobernador, un ladrón!

Clayton Landow quedó aturdido. Comprendió que era la víctima de un complot tan insidioso que no tenía solución, a menos que aceptase las condiciones de “Chistera” Elverton.

—Yo falsifiqué los totales —observó el gangster—, para que se lo achacasen a usted. Ve usted en qué apuro se encuentra, Landow...

Clayton Landow lo vio. Sus asientos dependían de aquellas cuentas. Las cantidades superiores, aparecían auténticas: eran las que «Chistera» había aumentado. Los totales ahora resultaban falsos. Destruir los libros equivaldría a confesarse culpable. Foulkrod Kendall había ordenado a Clayton que los conservase.

—¿Cuánto dinero hay en la oficina? —preguntó “Chistera”, mientras Clayton Landow reflexionaba.

—Más de tres mil dólares —respondió, Clayton débilmente.

—Es poca cosa —gruñó “Chistera”—, pero lo necesito. Baje conmigo. Vaya a la oficina. Recoja los tres mil dólares. Deje que la gente le vea darme el dinero abiertamente.

—Pero ¿cómo explicaré...?

—Muy fácilmente. Diga que soy el nuevo director del teatro de algún pueblo. Reponga usted mismo los tres mil dólares.

Clayton Landow asintió con la cabeza. Esta era la mejor solución.

«Chistera» Elverton estaba fuera del alcance de la ley. Quería dinero para marcharse. No regresaría. Probablemente aquellos libros de contabilidad no los abriría nadie. EL joven pensó en su padre.

—Vamos —gruñó “Chistera”

Aturdido, Clayton Landow se puso en pie. Llegó a la oficina acompañado de “Chistera” Elverton.

—Llámeme Sanders-cuchicheó “Chistera”.

—Tres mil dólares —ordenó el joven Landow—. Los necesito para el señor Sanders, que está aquí. Uno de nuestros nuevos directores... de Newbury.

EL cajero contó el dinero. Vió que Clayton Landow se lo entregaba a “Chistera” Elverton. EL portero presencié también la operación.

—Acompáñeme —cuchicheó el gangster.

Charlando, los dos hombres se dirigieron hacia la calle. «Chistera» estrechó la mano del joven Landow en el bordillo de la acera.

Se guardó el dinero. Su mano tocó la culata del revólver. Mientras escuchaba las palabras de Clayton Landow, vió el automóvil del doctor Guyon. “Chistera” había dejado el motor en marcha.

Un sentimiento de odio cruzó por el cerebro maligno del gangster. Notó que el coche tenía el camino libre. Un coupé había parado detrás; no había nada delante.

«Chistera» miró a Clayton Landow. Pensó en que el padre del joven era el gobernador cuyo perdón no salvó a “Chistera” Elverton de la prueba terrible de la silla eléctrica.

—Venga a mi coche —dijo el gangster suavemente.

Clayton Landow accedió. «Chistera» puso un pie en el estribo. Empuñó el revólver. Habló con suavidad.

—Yo era un asesino —dijo—. Ahora estoy por encima de la ley. Quizá estaría bien ser un asesino otra vez. ¡Me gustaría matarle, Clayton!

El hijo del gobernador observó el aire siniestro del rostro de «Chistera». Fue a alejarse. EL gangster le asió del brazo.

«Chistera» sacó su revólver. Miró a Landow, luego giró la vista a su alrededor para ver si alguien le observaba.

En aquel breve instante, «Chistera» vio a otro par de ojos. ¡Eran las órbitas ardientes de unos ojos que miraban con fijeza desde la ventanilla del coupé, a menos de dos metros de distancia!

¿Un asesinato?

«Chistera» miró a Landow. Sí, asesinaría al joven; pero este otro enemigo —estaba seguro de que el dueño de aquellos ojos lo era— ¡moriría primero!

De nuevo «Chistera» vió la mirada ardiente. Su revólver estaba fuera del alcance de la vista de aquellos ojos.

De pronto, en un instante, «Chistera» se dio cuenta de que se enfrentaba con un ser de la oscuridad. Lo inexplicable quedaba explicado. Los factores que contribuyeron al fracaso del azote de plata eran evidentes. Mil hechos fantásticos acaecidos en los bajos fondos sociales, en las regiones del hampa, cruzaron por el cerebro de «Chistera».

¡La Sombra!

¡Él era el misterioso personaje que luchara contra el crimen en Nueva Avalon! ¡Su poder envió a “Chistera” Elverton a la silla eléctrica, anuló el perdón y condujo a la Policía Federal a la guarida de los monederos falsos!

¡La Sombra!

Mirando con fijeza hacia los ojos fulgurantes, el gangster arrimó

su revólver al cuerpo de Clayton tan hábilmente, que no se produjo en el coupé ningún movimiento, que indicase que La Sombra le había visto.

Con un movimiento súbito, puso a Clayton Landow delante de él. AL mismo tiempo «Chistera» levantó su brazo derecho por encima del hombro de Clayton y apuntó hacia los ojos que chispeaban en el coupé.

Un estruendo ensordecedor hendió el aire de la noche. Partió de la ventanilla del automóvil estacionado. El cañón de la pistola del calibre 45, de La Sombra, subió al borde de la ventanilla antes de que «Chistera» pudiese disparar.

La bala hirió el hombro del gangster, una herida rasante en un blanco difícil.

«Chistera» retrocedió tambaleándose, todavía a cubierto; luego, gruñendo con desdén, volvió a levantar su revólver indiferente a su herida.

Clayton Landow se desasíó de la presa del gangster. «Chistera» Elverton no pensó, más en el hijo del gobernador. Landow después; La Sombra ahora.

Actuó con rapidez la noche que mató a Duffy Bagland, como también la noche que asesinó a Donald Cady. Y ahora obraba con igual velocidad. Ya tenía el dedo en el gatillo y se disponía a disparar el tiro con toda seguridad del éxito.

De nuevo, La Sombra intervino. La pistola automática había retrocedido; luego, había vuelto a subir, con certera puntería: El mensaje tronó a través de la noche. El blanco esta vez era el corazón de “Chistera” Elverton.

EL gangster cayó de bruces en el pavimento. Su frente chocó fuertemente con el suelo, y «Chistera» Elverton no sintió el golpe. El malhechor estaba muerto antes de que su cuerpo llegase al final de su caída.

Clayton Landow contempló el cuerpo retorcido. Recogió el revólver que cayera a la acera. Varios testigos del episodio dirigieron la vista hacía el coche, cuyo interior era una masa de negrura.

Un hombre avanzó cautelosamente y titubeó delante de la portezuela del coche. Clayton Landow le vió. El hijo del gobernador aprobó con la cabeza.

—Muy bien —dijo—. Este hombre —señaló el cuerpo de Elverton— era el bandido. Vean quién lo mató.

El testigo abrió la portezuela del coupé. La luz del rótulo del teatro mostró el coche.

¡El automóvil estaba vacío!

Clayton Landow y el testigo se contemplaron mudos de asombro. Miraron hacia el otro lado de la calle y no vieron a nadie. Parecía que los estruendosos ecos de la pistola automática repercutían aun; en realidad, habían transcurrido varios segundos. ¡En aquellos brevísimos instantes, La Sombra había desaparecido!

Un gentío se congregó en torno del cadáver de «Chistera» Elverton. Varios policías lo cuidaban. Un automóvil llegó raudo y se detuvo en seco junto a la acera.

Vic Marquette saltó del vehículo. AL entrar con velocidad vertiginosa en la ciudad, había visto a la multitud apelotonada. Exhibía su insignia y un agente movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Este era uno de ellos —declaró Marquette—. EL último de la banda de Foulkrod Kendall. Los hemos cazado á todos. Kendall está muerto.

Se oyeron varias exclamaciones de asombro entre la multitud. Clayton Landow adivinó muchas cosas en ese momento. Supo entonces el móvil que inspirara a “Chistera” Elverton para falsificar las cuentas. Comprendió vagamente que ahora estaba a salvo de acusaciones injustas.

Desde la ventana ennegrecida de una habitación del hotel Nueva Avalon, dos ojos fulgurantes contemplaban la escena que se desarrollaba abajo, en la calle.

Eran los ojos extraordinarios que “Chistera” Elverton viera; los ojos llameantes que guiaran la puntería de la pistola automática y mortífera.

El azote de plata había sido aniquilado. Los siniestros malhechores estaban muertos. Su gigantesco plan de inundar de moneda falsa el país estaba descubierto. La Sombra merecía todos los honores.

Sin embargo, la victoria final había sido mayor aun. Trabajando sobre una pista intuitiva, La Sombra siguió el rastro de “Chistera” Elverton, a tiempo de terminar la carrera del gangster aristocrático,

antes de que el asesino pudiese matar a una nueva víctima.

Una carcajada escalofriante flotó desde la ventana. Su burla estridente llegó a los oídos del gentío congregado abajo, en la calle. Los hombres se contemplaron los unos a los otros, estremeciéndose al oír los tonos sardónicos que parecían provenir de un lugar invisible.

¡La risa de La Sombra!

Representaba el triunfo de la justicia sobre las hordas del hampa. Era la señal del golpe final de La Sombra contra los bandidos que trazaron el plan del azote de plata; el gigantesco proyecto que La Sombra frustró.

Una persona no oyó los ecos de aquella risa burlona. El cadáver de «Chistera» Elverton yacía silencioso al lado de la acera. El hombre que resucitara de entre los muertos había regresado al lado de sus compañeros.

El hombre que se jactara de estar por encima de la ley —el individuo que legalmente estaba libre— no volvería a proyectar otros crímenes nunca más.

¡La mano de La Sombra había cumplido la sentencia de la ley de La Sombra!

¡Muerto de nombre, “Chistera” Elverton estaba muerto de hecho!

¡La Sombra había triunfado!

¡La Sombra volvería!

¡La Sombra reía!

FIN

Título original: *The Silver Scourge*